



AÑO VII

NÚM. LXXXI

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

SETIEMBRE 1895

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIL

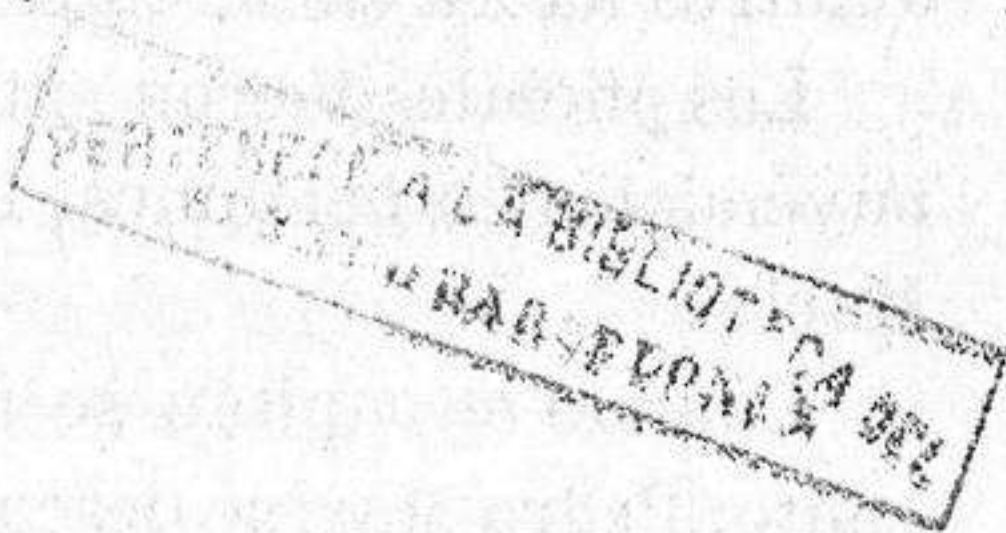
1.293.—*San Bernardo, 92.*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

PEDRO MARI

(CONCLUSIÓN)

VI



La encerrona duró la mayor parte del día siguiente. La atmósfera espesa de la cuadra provocaba náuseas. A Pedro Mari le dolía la cabeza, cual si una barra de hierro se la traspasase de sien á sien. En vano la leva se quedó ronca, pidiendo rancho y oreo : las puertas continuaron herméticamente cerradas. En los momentos de silencio se percibía claramente el paseo de los centinelas. Las sobras del rancho fueron devoradas entre disputas. A Pedro Mari le producían asco el alimento y la manera de comerlo : antes morir de hambre que probar bocado; pero no tenía ganas, á Dios gracias. Le atormentaba la sed, y, por fin, se resolvió á beber del botijo una agua nauseabunda, caliente y que sabía á tierra. A las cuatro de la tarde se abrió la puerta zaguera, y como manada de toros salieron los presos buscando luz y aire.

Estaban en un patio de altísimas paredes lisas, sin huecos; al pie de ellas y formando cuadro, dos filas de soldados, calada la bayoneta; en el centro un grupo de oficiales, de diferentes uniformes, que charlaban, reían y fumaban.

Alinearon á los levados, y comenzaron á recorrer la fila los oficiales.

—¡Caramba! ¡Esta es morralla pura!—exclamó un oficial de caballería, de brillante uniforme y aire aristocrático, haciendo un gesto desdeñoso.—¡Parece la leva un capítulo de *Rinconete y Cortadillo*! ¡Ni un lugareño! Esta es gente de la hampa.

—Hay excepciones, Pepito—contestó un compañero, capitán de infantería;—allá veo un mocetón, más alto y recio que una torre. Me lo llevo á granaderos. Tiene cara de hombre de bien; su traje no es de esta tierra. ¡A bizcaino me huele! ¿Cómo diantres habrá caído en esta redada?

Los oficiales fueron entresacando á los de la leva, y distribuyéndolos en pelotones. El menos numeroso era el de Pedro Mari.

Cuando el capitán se acercó á comunicar órdenes al sargento, Pedro Mari se descubrió respetuosamente, y según supo y pudo, que fué á trancos y barrancos, expuso humildemente sus reclamaciones.

El capitán le escuchó pacientemente, no sin cierta simpatía.

—¿A quién se lo cuentas, hijo? El Rey manda—y saludó militarmente.—De estar en tu tierra, tendrías que servir... porque supongo que los nabarritos no pensarán vivir á la sopa boba, mientras los demás españoles nos descrismamos con los franceses. Aquí ó allí, igual da.

Quiso insistir Pedro Mari, pero el capitán le cortó la palabra con aire severo:

—¡A callar! De lo contrario, te doy un baqueteo.

Y le volvió la espalda. Los demás oficiales que observaron la conversación, le preguntaron acerca del caso, y una vez enterados, exclamó un teniente coronel de artillería:

—Esos perros siempre llevan los fueros en la boca para no servir al Rey. ¡Cualquiera diría que son de otra casta! ¡Puesto que cayó uno en nuestras uñas, á ver cómo me lo doma, señor capitán! Eso sí, son hombres valientes, y á ninguno ceden en funciones de guerra.

VII

Resultaba inútil, absoluta y perfectamente inútil, y además de inútil contraproducente, rebelarse. De esta verdad viva se enteró pronto Pedro Mari. Cogido por el dentaje de la maquinaria ordenancista, no había otra salida que pasar bajo el implacable cilindro. Acomodóse, pasivamente, á las circunstancias, con alguna vaga esperanza de mejorar: ¿cómo, por qué? El hombre, aun cuando desespera, espera.

A España, como de costumbre, le sorprendía la guerra sin elementos militares. Diariamente, de una y otra parte, llegaban reclutas á Alcalá para que apresuradamente los instruyesen. Desde las seis de la mañana hasta las once, y desde las tres de la tarde á las seis y media, permanecían Pedro Mari y sus compañeros sobre el campo de maniobras, aprendiendo el ejercicio á la prusiana. ¡Qué de nimiedades, complicaciones y artificios! ¡Cuántas recetas para dificultar los actos más espontáneos del cuerpo humano: mover los brazos y andar! Qué de arcanidades en un simple, «¡vista á la derecha!» Aún es más rica en cosas la táctica que el *minué*.

Pedro Mari ponía los cinco sentidos, pero tropezaba y caía en el obstáculo del idioma castellano que entendía poco, y casi nada al salir de la boca ceceante del sargento instructor, que era andaluz cerrado. Como interpretara mal las primeras voces de mando al comenzar la instrucción, azorábase y no había movimiento que no trastrocara, paso ordinario que no fuese ligero, ni vuelta á la derecha que no diese á la izquierda. Era un errar continuo, una acumulación inconcebible de torpezas. Soltaba el sargento la nacional majadería de:—¿Cómo es eso?

¿Acaso no hablo yo castellano?—Y el día acababa con pan negro y calabozo, amén del correspondiente baqueteo sobre la marcha. Los demás reclutas lo creían tonto, y se lo llamaban, burlándose despiadadamente.

Cohibido por preceptos tantos y achicado por el temor, su cuerpo ágil de montañés, hecho á brincar piedras y correr vericuetos, á moverse libremente, era ya cuerpo de palo, rígido, anguloso, de articulaciones anquilosadas. A lo cual contribuía el uniforme: sus prendas estrechas, el correaje, las mangas y botones que oprimían, el corbatín con hebilla que le agarrotaba, los zapatos que le enardecían los pies, habituados á la flexible alpargata y á andar descalzos sobre la húmeda hierba.

Invadióle una profunda tristeza, una nostalgia que con nada se podían distraer ó amenguar. En las espléndidas puestas de sol de los cielos castellanos, cuando el azul intenso de las montañas alcarreñas resaltaba bajo el azul pálido del firmamento y los pardos terrones de la anchísima llanura se teñían con matices de oro y grana, llenábansele de lágrimas los ojos, y seguía con envidia, con honda envidia, con envidia de pobre, el libre vuelo de las grullas peregrinas al Norte.

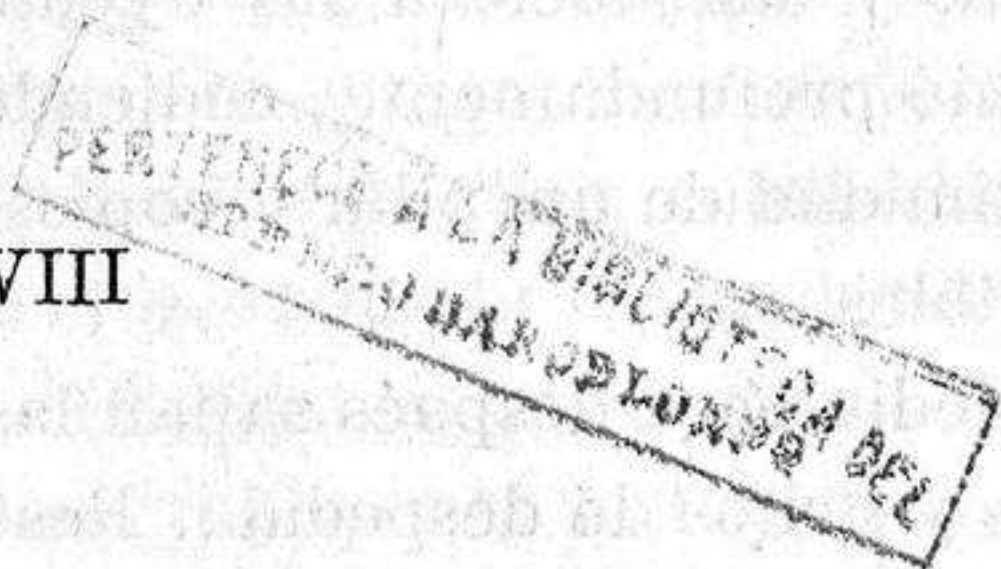
Solo, aislado, sin amigos, sin compañeros: siempre la indiferencia, más cruel aún que la frecuente burla. Entre los reclutas, el único que le daba muestras de afecto era Gregorio, el montañés de Burgos, rayano de Bizcaya.

A menudo hablaba de sus excursiones al Señorío en tiempo de ferias y mercados, de los bailes en la campa, al son del tamboril.

—Son muy guapas y muy alegres las bizcainas—decía.— ¡Ah, si yo hubiese sabido su parla! Como hay Dios, diera entonces gustoso la mejor novilla del corral por saber bascuence.

—¡Ojalá si no lo supiese yo!—exclamaba Pedro Mari renegando de su lengua á fuerza de desdichado.

VIII



Bien ó mal, y en todo caso pronto, instruyéronse los reclutas y llegó el día de incorporarse al regimiento de Córdoba, el cual, destinado al ejército de Cataluña, llegó de víspera. Con esto se arruinaron totalmente las esperanzas de Pedro Mari, cebadas en las voces de que los llevarían al ejército de Navarra.

Amaneció la mañana de la partida sin una nube que empañase el cielo. Desde sus primeras horas las calles y plazas de Alcalá eran estrechas para la gente que rebullía. Bandeaban las campanas, rasgaban el espacio estrepitosamente cohetes y voladores; ondeaban al aire, desde las ventanas de las casas, las colgaduras; por todas partes resonaban aclamaciones á la Religión, al Rey y á España.

Las fuerzas prevenidas á emprender la jornada eran: un batallón de guardias españolas, los regimientos de Saboya y Córdoba y un regimiento de dragones. El estado mayor era lucidísimo; componíanlo el teniente general príncipe de Montforte, el conde de la Unión, el duque de Osuna, el mariscal de campo D. Rafael Vasco, el brigadier D. Eugenio Navarro. Las tropas oyeron Misa á las ocho en diferentes iglesias; al regimiento de Córdoba le tocó oír en la de los santos mártires Justo y Pastor, donde predicó el capuchino P. Ambrosio Orgiva, que proclamó la indisoluble unión del trono y el altar, y la necesidad de raer del suelo los hombres y los principios nefandos de la Revolución francesa, empleando palabras de fuego, realzadas por su figura de semita. Tez morenísima, cuerpo enjuto, cara escuálida, ojos negríssimos centellantes,

barbaza del mismo color y cabos canosos. El sermón entusiasmó y enardeció á los oyentes; no á Pedro Mari, que se durmió profundamente, cediendo al influjo del lugar sombrío, proximidad de un pilar y copioso sonsonete de palabras ininteligibles.

Media hora después salían las tropas de Alcalá oyendo vítores y gritos de despedida. Restallaban las blancas banderas coronelas, luciendo la cruz de Borgoña, castillos y leones en los huecos y las cuatro coronas que cierran las puntas de las aspas. El agudo clarín dominaba al sordo redoble de los tambores; el sol prendía ramos de oro sobre las bruñidas armas; pintaban el aire los vivos colores de los uniformes, los bordados y plumas de los generales... Pronto el polvo extendió sobre ellos la uniformidad de su capa gris; cesaron poco á poco los cantos y carcajadas de la tropa, y prosiguió silenciosa la columna á través de la parda llanura. ¡Ancha es Castilla!

Y, no obstante, el corazón de Pedro Mari se achicaba en ella. A marchas forzadas la atraviesan de día bajo un sol que irradia por adelantado los ardores estivales, durmiendo de noche bajo las tiendas de lienzo húmedas de rocío. No le espanta á Pedro Mari el andar; pero le embarazan y abruman la cargada mochila, la estrecha chupa, el ceñido correaje, los torpes zapatos y además el fusil rayado, la espada, la bayoneta, el frasco, el cordón...

En Zaragoza se les unió el regimiento de Navarra. Pedro Mari experimentó un momento de alegría. Creyó que lo formarían nabarros; no había ni uno solo. Con ese nombre afirmaba el rey de España sus pretensiones de que el Reino pirinéico le prestase el servicio militar, no según los fueros, sino según los mandatos de su voluntad soberana. Con todo, le servía de consuelo ver á la cabeza del segundo batallón la bandera roja y las cadenas resplandecientes bajo el azul de los cielos. Y no apartaba de ellos la vista, al igual del niño que mira á su madre.

Recorrían un país aún más triste que Castilla, entre Zara-

goza y Lérida: inmensas soledades, campos, ó yermos, ó de trigo mal nacido; tierra árida, gris, agrietada; álveos de riachuelos exhaustos; torrenteras con guijas en vez de agua; colinitas terrosas; matas de aliaga y hortiga recubiertas de dos dedos de polvo; aire seco; luz deslumbradora, brutal; sol implacable, agostándolo todo. Ni pájaros, ni sombra, ni fuenteillas do humedecer las fauces y despegar la lengua del paladar. Lejos, muy lejos, entre brumas, las nieves del Pirineo.

Pedro Mari pensaba que no habría en los prados baztaneses hierbecita que no adornase su tallo y corola con una sarta de gotas cristalinas; ¡y les tenía envidia!

IX

El ejército de Ricardos ocupa sus posiciones, dispuesto á tomar la ofensiva sobre las líneas del Tech. El regimiento de Córdoba acampa al pie del Pertus, punto avanzado de la división que se aloja en los pueblos del valle.

Su rápida correría á través de Cataluña, dejó á Pedro Mari la impresión de un sueño; sus ojos conservan, á modo de estela deslumbradora, el recuerdo de feraces campiñas, de flores y árboles peregrinos, de extensiones de mar celeste descubiertas al subir las montañas.

El regimiento aguarda la orden de romper la frontera. Puestas las armas en pabellón delante de las tiendas, los soldados hablan y juegan. Las cantineras recorren los grupos bulliciosos. Pedro Mari, sobre un tronco de árbol caído, contempla la corriente espumosa del Llobregat que le salpica la cara; la austeridad del paisaje montañoso aumenta la tristeza de su corazón.

A media tarde las trompetas y tambores tocaron generala, y el regimiento salió á ocupar el coll de Pertus.

A Pedro Mari le correspondió prestar el servicio de avanzada, sobre la misma frontera francesa.

Solitario en la elevada meseta, sus manos, hechas á manejar el pacífico cayado, empuñan el fusil, cuya bayoneta amenaza á la tierra de Francia.

Hundíase el sol, y unas en pos de otras iban apagándose las enhiestas cumbres. Al Oeste, desde su aislado cono, el fuerte de Bellegarde, á intermitentes cañonazos, hablaba de esa cosa terrible, desconocida y próxima: la guerra. Pedro Mari no la teme, no. Se siente capaz de afrontar los mayores peligros con impavidez absoluta. Al arma, virgen aún, que le entregaron, él sabría obligarla á contraer sangrientas nupcias... Pero es que la lucha inminente le deja frío: ni le interesa, ni le importa. Ignora por qué y para qué se ha de batir. Ni odia á los que están frente á él, ni ama á los que están con él. Aquella bandera tricolor que ondea sobre las baterías de Bellegarde... es el enemigo. ¡Ah! el enemigo, á quien no conoce, de quien no ha recibido agravios, con quien le obligan á pelear, porque para eso le cazaron inicuamente á él, como á una fiera. La ordenanza le oprime, le humilla y convierte en autómata. Aborrece hasta los colores del uniforme. El uniforme es el sudario de su albedrío: sudario de plomo, cuyos pliegues nadie puede mover. Ve su porvenir frustrado. Recuerda la hacienda que vendió, el dinero que le robaron, los castigos que le impusieron, las burlas con que le mortificaron, su aislamiento en el cuartel, su desesperación en el calabozo...

Estas ideas, en su mayor parte bajo la forma de sentimientos, y de sentimientos inconscientes, le agitan, mientras se pasea arma al brazo por la elevada meseta, límite de las dos naciones, sin que sus ojos aciertan á marcar con un levísimo signo, sea una flor de color diferente ó una piedra de diferente forma, dónde acaba España y empieza Francia. El

ignorante Pedro Mari no descubre los mojones sangrientos de la historia.

Sube la noche desde los hondos valles, y la ondulación de las montañas traza la línea divisoria entre las sombras de la tierra y la azul amplitud de los cielos. Noche transparente, serena, que encanta con el centelleo de los luceros y embriaga con el perfume de los pinares. Profundo el silencio; ni voces humanas, ni ruidos de la naturaleza le turba. Es un silencio de misterio, de ceremonia augusta, de invisibles comuniones; silencio que anonada el ánimo afligido del pobre expatriado y le predispone á recibir la lección que envían con sus titilantes rayos los astros lejanos: resignarse, aceptar lo inevitable, conformarse á las leyes que están sobre nosotros, sacrificar la individualidad, admitir la ordenación suprema... Pedro Mari, con la pasividad del labrador ante la piedra que arrasa sus cosechas, inclinó la cabeza, y una lágrima rodó por la solapa de su casaca. En el seno de aquella lágrima cuajóse la luz que descendía del cielo.

¿Qué rumor rompe, de pronto, el silencio? ¿Es el susurro de los pinos? ¿El murmullo de los torrentes? ¿El aleteo de los genios pirenaicos? No... es un rumor, un susurro, un murmullo, un aleteo más suave, más tenue y vagoroso que resuena lejos, muy lejos. Un coro de voces humanas, cuyas palabras se pierden, pero cuya melodía se percibe alegre y juguetona, y se apaga luego en larga cadencia melancólica, cual la estela de niebla sobre los montes que baña el sol... Pedro Mari levanta la cabeza, aguza el oído... las pulsaciones de las arterias le impiden oír bien... ¿Sueña acaso? Con mano temblorosa se palpa el cuerpo; examina lo que le rodea para cerciorarse de que no ha cambiado de lugar. Ni sueña ni delira; está despierto; sus pies pisan tierra catalana, y no obstante... El canto lejano y dulcísimo que le transporta es, sin que le quepa duda, la canción de las muchachas de Baigorri. Su lengua trémula pone las palabras que no llegan: *iruten ari nuzu—khiloga gerriyan*; canta como un loco notas que son suspiros, y su pecho sellado

se abre en flor y bebe el fresco rocío de las montañas euskaras.

Cáesele el fusil; da unos cuantos pasos... misteriosa é irresistible atracción lo arrastra. Ya atravesó la frontera; ya está en Francia. Monte abajo, corre por el sombrío pinar. Llega al valle, y á la luz trémula de las estrellas, divisa un grupo de hombres que, al sentir pasos, interrumpen la canción.

—¿Quién vive?—pregunta una voz en bascuence.

Y otra, irónica, exclama, dominando el murmullo de las risas:

—Soberbia idea, Joanis; ¿á que no te contesta derechamente?

Pedro Mari, con la alegría del preso que rompe su cadena, grita el nombre milenario y fraternal de la raza, consciente de sí propia, por encima de naciones y fronteras:

—¡*Euskalduna!*

X

Ocho eran los contradizos. Vestían traje semimilitar: chaquetilla azul, pantalón gris, boina encarnada, faja tricolor de punto. Consérvales el tipo de gañanes recién destetados de la labranza. Todos ellos del valle de Baigorri, y alguno conocido de Pedro Mari por vivir en el collado de Izpegi.

Estaban muy alegres, y el olor á vino publicaba la causa. Pedro Mari quería hablar, contar su historia, saber la de ellos; diéronle á beber de una bota, afirmándole que era «nabarro clarete», aplazando la conversación para cuando llegasen al campamento, que pintaban cercano. Y en efecto, llegaron pronto.

Extendíase éste por el llano, alrededor de una aldea que le servía de núcleo. El barullo era grande. Pedro Mari, habituado á la rígida disciplina del ejército español, no volvía de su asombro. Las casas estaban llenas de bote en bote. Los uniformes diferían mucho entre sí y eran de poco aire militar. Por las ventanas abiertas salían bocanadas de ruido: gritos, carcajadas, cánticos, chocar de vasos y botellas, como en la trasnochada de una feria.

Pedro Mari y sus paisanos entraron en una de las casas. Al rededor de la mesa otros muchos bascos comen y beben, acompañando con puñetazos que hacen saltar á los platos las melancólicas canciones de su tierra. La entrada de Pedro Mari provoca una explosión de entusiasmo; todos le rodean y estrujan, ofreciéndole á porfía tragos de vino. Pregúntanle, y cuenta su historia. Sus manos se muelen de recibir apretones.

El á su vez pregunta. Dícenle que el campamento está formado exclusivamente de tropas voluntarias: un batallón de Narbona y tres compañías de cazadores bajo-nabarros; la tropa regular se aloja más adentro, en Ceret, cuartel general de la división Desflers.

—¿De modo que vosotros sois voluntarios?—preguntó sorprendido Pedro Mari.

Ellos se callaron un momento.

—Anda, Churío—dijo Joanis;—contéstale.

—Voluntarios nos llaman, y respondemos—replicó el interpelado sonriéndose picarescamente.—Así lo publica la canción que nos enseñaron poco antes de salir... ¿Era salir ó sacar, muchachos? No me acuerdo... poco antes de salir de Baigorri:

« *Viva Nafarroako
Volontariyoak...* »

Pero á mí los gendarmes me agarraron del pescuezo á tres varas de la frontera. Soy voluntario, ¿verdad?

Una carcajada general siguió á la pregunta.

—¡Que explique el caso Barneche, el sabio de Banka!

—¡Que hable, que hable!—pidieron muchos;—no le faltará una razón, como siempre.

El sabio de Banka era un mocetón que casi tocaba el techo con la cabeza, tan delgado como alto. Sus descomunales orejas salían por debajo de la boina, como las asas de un botijo. Caíasele el narigón sobre la boca, poniendo un rasgo grotesco en su cara, de frente muy ancha y muy puntiaguda barba. Después de hacerse de rogar, contestó con mucha calma:

—El perro guarda la casa atado de una cadena. ¿Está allí por su voluntad? No obstante, ladra y muerde porque quiere. Así nosotros.

—Pues yo oí que de vuestra tierra salieron voluntarios...

—Hubo bastantes, al principio: liga para cazar pájaros. Esos se han quedado allá. Alguien receló que nuestros fusiles no harían blanco en carne bascongada y nos han traído á estas lejanas tierras...

—A fe de Istebe Arrechea—exclamó otro—esos castellanos negros me revientan. Los del resguardo, que nos roban vacas y paquetes, son todos de Castilla: ¡malditos!

—¿Y los gendarmes rubios que agarran del pescuezo, Churrio?—preguntó Joanis volviéndose hacia éste.

—¡Como si de Castilla, *arrayo!* Para verdades los refranes viejos: «dijo la sartén al cazo...»

—Mátense, si les place, rubios y morenos: ¿á nosotros qué? Aunque se quejen, no les hemos de entender... Dios crió la montaña libre para el basco.

—Cierto—replicó el sentencioso de Banka:—pero era la hora de la siesta y se le resbaló de las manos, cayendo entre Francia y España. ¡Por eso nos aprieta la tenaza, mal pecado! Nos cogen en medio, y hay que ser enemigos de una, por no serlo de las dos. En fin, muchachos, puesto que aquí estamos, estemos.

—¡Y viva la nación!—gritó, remedando el tono y el acento de los franceses un rapaz de doce años que llevaba cruzada

sobre el pecho la correa del tambor, cuyos palilleros de metal relucían.

Pedro Mari fijó su atención por primera vez en aquel chucuelo de cara fina de mujer, y preguntó con la mirada á los circunstantes.

El sentencioso de Banka acarició con su enorme mano la rubia cabeza ensortijada del muchacho, cubriéndosela entera:

—Este es el tambor de la compañía, Pello Larralde; un pobre huérfano de Irulegi, á quien queremos mucho: es el hijo de todos.

El chico se sonrió, y apoyando su cara sobre las piernas del gigantón de Banka, le dijo con tono zalamero de niño que pide dulces:

—Acuérdate de tu promesa.

—¡Basta de machaqueo; no lo olvido!—Figuraos—añadió dirigiéndose á los demás—que me ha pedido mil y mil veces, que en el primer combate le deje disparar mi fusil. ¡Por supuesto, no lo pesa!

—¡Pero me lo sostendrás tú, tonto! ¿Estará cargado con bala, verdad?—preguntó Pello.

Y en sus ojos, cándidos como las violetas montañesas, brilló una llama que les hizo parecer aún más azules.

XI

De pronto álzase de la calle ruido extraordinario. Suenan portazos, ladran los perros, chillan los niños y las mujeres, cuájanse de cabezas las ventanas... Voces humanas se acercan, cantando, y á paso ligero atraviesa el pueblo una muchedumbre de hombres, en formación incorrecta, despechugados,

de tez morena, vestidos de modo análogo, pero sin uniforme, las cintas tricolor al viento. Una caterva de chicuelos medio desnudos les alumbra con teas, á cuyas humosas llamas saltan chispazos de los sables y bayonetas. Las bocas de los fusiles llevan ramos de flores marchitas. Detrás ruedan cuatro cañones, arrastrados por un grupo de hombres harapientos, vestidos con carmañolas rojas; en los armones, retozando con los artilleros, van mujeres, pegadas las greñas á la cara por el sudor. Cierra la marcha un jinete, de fisonomía marmórea, vestido con casaca larga y cerrada azul oscuro, cuello y solapas descomunales, pantalón blanco, botas de vueltas amarillas, sombrero alto de alas anchas y recogidas, plumero y fagín tricolores, pistolas al cinto y sable de largos tirantes. Hombres y mujeres se agolpan en torno de su caballo, y roncós, le aclaman: ¡Viva el ciudadano representante! ¡Viva Fabre! ¡Viva la Convención nacional! Pero á los vítores los cubre el himno que el batallón entona en formidable unísono: acentos que se elevan al cielo henchidos de varonil confianza, gemidos de angustia y amor ante la patria invadida, ante las madres y esposas asesinadas... y á lo último, después de solemne silencio, dos gritos vibrantes, dos rugidos leoninos que congregan y dan la consigna, el paso heroico de una columna de ataque.

Los bascos, en racimo, procuraban sacar la cabeza fuera de las ventanas. Hijos de la raza milenaria que ha visto desfilar por delante de sus montañas á todos los conquistadores, no ya sin miedo, pero aun sin asombro, deponen ahora su añeja imperturbabilidad. ¿Adivinan confusamente la *trascendencia* de aquella hora histórica? ¿Pulsan los llenos latidos de aquella fuerza que iba á dar otra forma al mundo? ¿Presienten la creación de nuevas sociedades, incompatibles con la suya propia? ¿Vislumbran su sangrienta epopeya á favor de lo pasado? Seguramente, no. Más es lo cierto que, sin saber por qué, escuchan tristes y sobrecogidos, el himno grandioso é infame que va apagándose paulatinamente en la noche estrellada.

XII



Una voz rajante que resonó á sus espaldas les hizo volver las cabezas.

—Es el capitán—dijo en voz baja Joanis á Pedro Mari—el estudiante de Azkárate que colgó los manteos.

El capitán era menudo de cuerpo; su frente, de fanático, estrecha y cejijunta. Los arreos militares no disfrazaban ni su aire de seminarista, ni su empaque de preceptor.

—Ciudadanos—dijo con voz hueca—imitad la virtud de los marseleses. El más puro amor patrio arde dentro de sus pechos. La Vestal del patriotismo lo alimenta sin reposo. ¡Baskos, pueblo sensible y primitivo, que á la sombra de los árboles sagrados dictáis leyes inspiradas por la sabiduría patriarcal! Mostraos dignos de vuestros progenitores, cuyas frentes nunca se humillaron á la monarquía, ya la encarnase César, Carlomagno ó Luis XIV. Vosotros, que rendís culto á la libertad natural, rendidlo, igualmente á la civil y republicana. Unidos á los descendientes de los ilustes Foceos, convertid cada una de esas salvajes montañas en otras tantas Termópilas, donde sucumban los satélites del déspota borbónico español, los horrendos sicarios de la Inquisición. Nuevo Plutarco relatará vuestras hazañas; el representante Fabre llevará á la Convención nacional el testimonio de vuestro civismo, y el Areópago ilustre de la libre nación francesa, inscribirá con letras de oro vuestros nombres virtuosos en el altar sagrado de la Patria.

Escuchaban Pedro Mari y sus amigos sin pestañear, por respeto, las palabras del capitán Mendiri; pero el discurso,

aunque dicho en bascuence, por sus neologismos y reminiscencias clásicas no lo entendían. Al concluir, el orador esperaba un aplauso, un signo de asentimiento siquiera. Reinó breve silencio, y fijando su mirada dura en Pedro Mari, exclamó:

—¡Ah! ¿Tú eres el que ha roto las cadenas que te unían á la causa de la superstición y el despotismo? Pronto comprenderán los demás españoles que la república hace la guerra á los reyes y no á los pueblos. Libre de sus Borbones, de sus frailes é inquisidores, la generosa España profesará á Francia eterna gratitud. Tu tendrás la gloria de haberte adelantado á tus compatriotas, cautivos aún en las mallas de la superstición. ¿Qué hacen ahora? ¿Tiemblan? ¿Huyen despavoridos, antes que el francés vengador de la humanidad y la razón rompa las puertas del altivo Pirene?

Repetida la pregunta con términos más llanos, pudo contestar Pedro Mari, que, lejos de huir, los españoles se disponían á invadir á Francia.

—¿Y crees eso?—preguntó irónico el capitán Mendiri.— ¡Necedad insuperable! Apenas los viles satélites del Rey Católico pisen esta tierra republicana, se desharán, sin más, como los fétidos vapores de los pantanos bajo las flechas del sol.

Carraspeó brevemente, y apoyando su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Pedro Mari, le dijo en tono que quería ser cariñoso:

—¿Tú te vienes con nosotros, eh? Mandaré que te pongan en lugar preferente, como premio á tu espontánea emancipación. ¡Desde hoy eres un hombre libre!

—Pues si soy libre—replicó candorosa y alegremente Pedro Mari—mañana mismo me despediré de estos amigos. Ni la herrería, ni la carbonería...

El capitán Mendiri le cortó la palabra con enojo.

—¿Crees que la libertad es el egoísmo? ¿Que no te liga el pacto social? Tu castigo será presenciar nuestras inmortales hazañas, sin tomar parte en ellas, dedicado á las más viles

faenas: el esclavo desde la ergástula contemplaba los hechos de los ciudadanos.

Y moviendo despreciativamente los hombros, salió arrastrando el sable.

—Todas las noches—dijo Churío—nos mete su predica, cuando no le da por leernos de un librico que siempre lleva consigo, escrito por Juan Jacobo. No sé quién era ese; lo que es yo, por de contado, no le he conocido.

—¡Cuánta embustería!—murmuró filosóficamente el de Banka.

—¡Vaya, chicos, á bailar, que aún es temprano!—gritó Istebete Arrechea.

Y sacando del bolsillo una *chirola* (1) de hojalata, comenzó á modular silbidos.

Momentos después, alrededor de la mesa, bailaban los bascos, ejecutando las piruetas y brincos historiados del *mutil-dantza* (2).

XIII

Pedro Mari se despertó con una sacudida nerviosa. Su sueño había sido profundo. Incorporóse sobre el saco de paja, y escuchó. La luz del día penetraba por la buharda del cobertizo, situado al extremo de la puerta. Oíase mucho ruido en la calle: gentes que gritaban y corrían llamándose, disparos de fusil lejanos.

Pedro Mari quiso subir á la casa; la puerta estaba atran-

(1) *Chirola*, «silvo»; la basca tibia.

(2) *Mutil-dantza*, «baile de los mozos».

cada. Forcejeó inútilmente, sin conseguir forzarla. Retrocedió á lo largo de la tapia deslumbradora de blancura; daban golpes sobre ella, y notó que se desprendían trocitos de cascari-lla; silbidos pasaban, al parecer, rozándole las orejas; sonó un choque á pocos pasos de él, saltaron piedrecitas y levantóse polvo; examinó el suelo y recogió una bala. Sacó del cobertizo un banco, y, encaramándose á la tapia, saltó á la calle.

Estaba desierta; en medio de ella había un charco y un rastro de sangre. El estampido de los cañones cubrió los demás estrépitos, y comenzaron á caer sobre el pueblo los primeros proyectiles, haciendo volar tejas y horadando paredes. Pedro Mari dobló la esquina y entró en la plaza; varios cadáveres de voluntarios narboneses, en diversas y airadas posturas caídos, le causaron siniestra impresión. En medio, solo entre los muertos, Pello el tamborcillo tocaba llamada. Hería el parche con verdadera furia, arrancándole presurosos redobles que repetía el eco.

—¡Bien tocas, muchacho!—exclamó Pedro Mari, sonriéndose.—¿Pero qué haces aquí? ¿Dónde están los demás?

—No lo sé; el capitán me dió orden de venir aquí y tocar llamada. Ninguno acude; no me oyen, sin duda... Toco con toda mi alma; los muertos se van á levantar, pero lo que es los vivos...

Parecía que el pergamino iba á estallar; tal era la violencia con que caían los palillos, movidos por las manos nerviosas del muchacho; los rubios mechones de su cabellera estaban pegados á la frente por el sudor. De súbito cesó el redoble; Pello dió media vuelta y cayó de espaldas, produciendo un ruido seco el tumbo de su cabeza sobre la losa; su ojo izquierdo se había convertido en agujero horrendo, de donde salían sangre y fragmentos de masa encefálica.

—¡Bandidos!—gritó Pedro Mari, rabioso ante el cadáver del niño.

En aquel momento, por las bocacalles de la plaza, entra-

ban soldados á paso de carga. Pedro Mari se inclinó al suelo, recogió un fusil y apuntó á los que entraban, fuesen quienes fuesen, que él ya no veía. Antes de disparar le rodearon y desarmaron los asaltantes.

Miró á los uniformes: había caído prisionero de los españoles.

XIV

Evacuado el pueblecillo por los franceses, los vecinos acudían con vituallas y bebidas á obsequiar á los invasores, cuyos oficiales severamente reprimían los desmanes que algunos procuraban cometer. Sonó el toque de alto, y ocupadas militarmente las posiciones, comenzó á servirse en la plaza el rancho á las tropas, que eran del regimiento de Soria. Por la izquierda sonaba vivo fuego de fusilería y cañón: el mariscal de campo Escofet, con el resto de la vanguardia, proseguía el ataque de San Lorenzo de Cerdá, vigorosamente defendido.

Recibió Pedro Mari algunos culatazos que le molieron espalda y pecho. Sujeto de pies y manos, permanecía silencioso, tético, sentado en medio de un corro, junto al cadáver de Pello, contemplando la rápida alteración de sus facciones de femenil delicadeza y el reguero de sangre que, lento, se escurría por la losa. Hubiese querido tener las manos libres para auyentar á las moscas que zumbando se sumían por la dislacerada herida y oscurecían con su negro hormigueo los rojos cuajarones. Los soldados miraban torvamente á Pedro Mari y le insultaban; algunos le arrojaban cortezas de pan que le arañaban la cara; él bajaba la cabeza: se veía irremisiblemente perdido.

Notó que los soldados, dejando de comer y hablar, se cuadraban y saludaban militarmente á un grupo de alta graduación, del cual se destacaron dos personajes. Era uno de ellos un viejecito con peluca á la federica, pulcro y atildado como si estuviese en las antecámaras de Aranjuez, vestido de general; el otro, joven, alto, apuesto, recio de cuerpo, de fisonomía marcial y bondadosa á un tiempo, patillas cortas y rubias, llevaba con mucho donaire el uniforme de coronel.

—¿Es verdad—preguntó el general bruscamente, encarándose con Pedro Mari,—es verdad que eres nabarro?

¡Pedro Mari creyó volverse loco! ¡El general le hablaba en bascuence! Descendió un resplandor de la gloria á su infierno y levantó su frente abatida, transfigurada por júbilo infinito; demasiado profundo, sí, porque le disolvió las energías renacientes en un vaho de enternecimiento.

Aunque Pedro Mari se quedó sin poder contestar, el general interpretó la actitud emocionada de él como respuesta afirmativa. Saltaron chispas de sus ojos; su cuerpo estaba agitado por un temblor nervioso, únicamente perceptible en los bucles de la peluca; hirió el suelo con el bastón de mando, y dijo :

—¡Nabarro, nabarro! ¡Mentira! ¡Tenías miedo á morir! ¡Ignoras que la mayor honra y la satisfacción mayor es verter su sangre por el rey? ¡Voto á Cristo! ¡Nabarro y desertor! ¡Nabarro y volviendo la cara al enemigo! Me han dicho que perteneces al regimiento de Córdoba; tus hermanos de armas están ahora cubriéndose de gloria sobre las posiciones de San Lorenzo de Cerdá; y tú aquí, maniatado por criminal... Voy á dar orden que en cuanto cese el combate, te entreguen á tu regimiento, para que te fusilen. No, tú no eres nabarro; tú madre, sin duda, se fué con algún advenedizo... ¡Canalla!

Pedro Mari, que esperaba palabras de consuelo ó de compasión, al ver que la lengua nativa servía para denostarle tan despiadadamente, recibió en mitad del corazón el golpe más cruel de cuantos había recibido hasta entonces. Cerráronse los cielos, y abrióse, de nuevo, el cráter del infierno; en

vez de fresco rocío cayeron sobre él abrasadores tizones... Fué su desengaño amargo cual la muerte; parecióle que las palabras del general vibraban sobre él la maldición de Nabarra, el anatema de sus conterráneos... Experimentó la tortura del réprobo de quien todos son enemigos, y se echó de bruces, ocultando la cara y mordiéndose el brazo por no gritar.

Una voz llena y armoniosa llegó á sus oídos, pronunciando en bascuence palabras consoladoras. ¡Quién lo dijera! ¡Aún había en el mundo simpatía y piedad! Incorporóse, no sin recelo de ilusión ó burla. El general se había unido al grupo. El coronel, solo ya, le preguntaba por su nombre, pueblo de naturaleza y razón de su estancia en Cataluña.

Pedro Mari rompió el silencio; á borbotones saltaron sus comprimidos afectos, y contó su historia; repitiendo cien veces el mismo hecho, según hábito de los hombres del pueblo, á quienes las ideas entran por repetición y por repetición las explican.

El coronel escuchaba sin interrumpirle ni impacientarse. La tristeza iba empañando su bondadosa fisonomía á compás de la narración.

—¡Han cometido una infamia contigo! ¡Han violado los fueros inicuamente! ¡Yo denunciaré el atropello á las Cortes, al reino! ¡Por mi nombre, hemos de obtener la reparación debida! Pero...

El coronel se calló un instante; apagáronse los timbres coléricos de su voz, y con aire tan triste, que sobrecogió á Pedro Mari, le preguntó:

—¿Tienes familia?

—Sí; hermanas casadas.

—¿Quieres que les diga ó dé algo de tu parte, y aun de la mía?

—¿Para qué, señor?... Mejor es que no sepan...

Pedro Mari bajó la cabeza, queriendo ocultar una lágrima... Había entendido el alcance de la pregunta. El coronel sin poderse dominar, le apretó afectuosamente las manos agarrotadas.

—¡Infeliz, infeliz! ¿Cómo has cometido este imperdonable crimen? ¿Como renegaste de la Patria y el Rey?

Su reconvención era cariñosa ; propia de quien se lamenta y no acusa.

—Señor—dijo Pedro Mari, procurando comunicar firmeza á su voz;—*eso* no estaba en mi alma! *Ellos* eran *euskaldunas*... yo también...

Fué tan intensa, tan intensamente profunda la expresión que Pedro Mari dió á las palabras *eso*, *ellos* y *euskaldunas*, que el coronel se estremeció... Al grito de la naturaleza se tambaleaban, sin cimiento firme, ideas, convicciones y hábitos que á él, hasta entonces, le parecían la verdad misma. ¡Por primera vez en su vida notó que *euskalduna* significa «el que habla bascuence»!

—¡Adiós!—exclamó de súbito, como avergonzado de sí propio, con el arranque del que se sustrae á sugestión mágica.

—¡Señor, una merced!

—Pide—respondió secamente.

—¿Su nombre?

—Soy el marqués del Socorro, D. Francisco Solano.

—Yo pediré á Dios le conceda larga vida y muerte dichosa... más que la que me espera.

Conmovióse el marqués de nuevo, y acercándose á Pedro Mari, volvió á estrecharle las manos en señal de despedida.

—Gracias por tus preces, Pedro Mari; te encomendaré á la Virgen, de quien soy muy devoto...

Y fundieron sus sentimientos en un mutuo afecto de confianza. ¡Ay! Lo por venir piadosamente ocultaba las calles de Cádiz, por donde fué arrastrado, tirando de la cuerda manos españolas, el cuerpo del marqués del Socorro, al comenzar la guerra de la Independencia.

XV

.....
.....
.....
.....
Sintióse ruido de pasos, voces y armas; la puerta del calabozo se abrió violentamente, despertando á Pedro Mari, que dormía el sueño horroroso del sentenciado á muerte; sueño sin descanso, de puro enervamiento físico, perturbado por las imágenes de las escenas sucedidas durante treinta y seis horas: la entrega del preso al regimiento de Córdoba, la sumaria instruída por el sargento mayor, el consejo de guerra, la lectura de la sentencia, la capilla...

Por la ventana penetraba á raudales la luz limpia y perfumada de la mañana, palpitante de gorjeos. ¡Cuán hermosa, y, sin embargo, la última!

La última; esta idea traspasó como un clavo candente el cerebro de Pedro Mari.

—¡Venís á matarme!—exclamó en su lengua;—¿quién os dió ese poder?...

Y agarrado á los barrotes, tendió la mirada por la alegre campiña rosellonesa, saturando sus pulmones de aire libre, de ese aire que era la vida que le iban á quitar.

Interpretada su actitud y sus palabras, que no entendieron, como actos de resistencia, el jefe del piquete ordenó que le atasen los brazos; mientras le pasaban las cuerdas, el capellán le mostró el crucifijo, incitándole á tomar ejemplo. Pedro Mari, llorando, besó fervorosamente los pies ensangrentados de Jesús.

Momentos después salían á la calle. Doquiera, los estragos de la guerra: escombros, casas humeantes y arruinadas; en medio de un charco de sangre una boina roja, de la que no pudo apartar los ojos Pedro Mari, hasta que la perdió de vista.

Llegaron á una llanura; las tropas formaban en batalla; á la derecha el regimiento de Córdoba, con su bandera al frente. Tocarón los tambores y se leyó el bando, prohibiendo, en nombre del Rey, á cualquier soldado, de cualquiera calidad ó condición que fuese, dar voces por la gracia, so pena de la vida. ¡Prevencción inútil! A nadie le hubiese ocurrido entonces semejante súplica: las miradas asestadas á Pedro Mari eran de odio.

Mandáronle que se arrodillase; leyó, en voz alta, el escribano la sentencia, y conducido el reo al sitio de la ejecución, se reconcilió con el capellán por breves momentos. Atáronle al madero, quisieron sentarle en una silla baja, pero él la tiró al suelo desdeñosamente de un puntapié, diciendo:

—No tiemblo.

Vendáronle los ojos, hizo la seña el sargento, y aproximándose la primera hilera del piquete á seis pasos, le fusiló por la espalda.

Una bandada de pinzones voló del árbol cercano, piando lastimeramente. Cuando soltaron el cadáver, éste dió media vuelta y cayó de espaldas, pero con la honrada cara mirando hacia Navarra.

Redoblaron otra vez los tambores, y desfilaron las tropas delante del cadáver, de cuatro en fondo, gritando: ¡Viva el Rey! ¡Viva España!

¡Oh, cuán roja era la mancha de sangre esukara!

ARTURO CAMPION

TREINTA AÑOS DESPUÉS

I

Veinte años después lleva por título la segunda parte de la famosa novela *Los Tres Mosqueteros*; una de las que más popularidad dieron á su fecundo autor, cuya gloria—muy discutida y bastante regateada por la crítica moderna—quisieron compartir, aun en vida de Alejandro Dumas, padre, muchos literatos que se jactaban de haber sido sus colaboradores. Cuando los que hoy somos viejos éramos muy niños, la celebridad del autor de *Ascanio*, *Amaury*, *La Reina Margarita*, *Ricardo Darlington*, *Catalina Howard*, *La Torre de Nesle*, y de muchas otras, se hallaba en su apogeo; los numerosos apasionados que, entre la gente estudiantil, contaba Dumas, devorábamos á hurtadillas las novelas interminables, que á muchos sabios de aquella generación sirvieran como únicas obras de texto para estudiar la historia de Francia.

Recuerdo que al tropezar, en el primer tomo de *Veinte años después*, con mis antiguos amigos *Artagnan*, *Athos*, *Porthos* y *Aramis*, y al verlos un tanto envejecidos, pero valientes y vigorosos todavía, y con alientos y fuerzas para concebir y

realizar las hazañas que allí puntualmente se describen, me preguntaba yo á mí mismo, con la candidez propia de mi niñez y de mi inexperiencia: «¿Pero tan poco se cambia en veinte años? ¡Veinte años! Si eso es casi una eternidad. Pocas personas habrá que guarden memoria de lo que les sucedió hace veinte años.» ¡Qué lejos, qué lejos estaba yo entonces de sospechar que veinte años—en el transcurso de los cuales hay horas de angustia y de dolor que parecen siglos, y horas de bienestar y de regocijo que parecen segundos—son un soplo en nuestra existencia; y que se deslizarían, para mí, no ya veinte, sino treinta y cuarenta y aun más años, y se conservarían frescos en mi memoria sucesos que en la infancia me impresionaron.

Por aquel tiempo precisamente y cuando yo leía, con gran contentamiento de mi ánimo, las interesantes aventuras de *Los Tres Mosqueteros*, ocurrió en Madrid la revuelta popular de 26 de Marzo de 1848. Más de cuarenta y siete años han transcurrido desde aquel día, ¡cerca de medio siglo!, y cuanto en él me impresionó se halla tan fresco y tan visible en mi espíritu como si estuviese ocurriendo ahora.

Historiadores y cronistas, vociferadores de club y oradores de Parlamento, polemistas del periodismo y políticos del Ateneo, desde D. Antonio Pirala hasta D. Francisco Vila (1), han historiado, en cuadros más ó menos aceptables, aquellos acontecimientos, concebidos y preparados por Mendizábal y Olózaga, llevados á cabo principalmente por Orense, Nicolás Rivero, Ordax AVECILLA y Gándara. Muchos los han comentado; por mi parte puedo decir en este sitio, que ni supe lo que sucedía, ni me enteré por entonces de lo que había ocurrido. Sí recuerdo que la tarde fué hermosísima, que el sol brilló durante todo el día en un cielo sin nubes, ni *crespones*, protes-

(1) *Sesenta años en un tomo*; apuntes para la historia política, social, literaria y artística de España, desde 1808 á 1868, por D. Francisco Vila. Madrid, 1888.

tando contra lo que mucho tiempo después había de escribir Marcos Zapata:

¿Ni qué cielo azul se mira
sin el crespón de una nube?

Aquel, aquel cielo azul de Madrid, en la tarde del 26 de Marzo de 1848, no presentaba el crespón de la más ligera nubecilla; era el hermoso cielo de España que tanto nos envidian los franceses, y aparecía en toda su resplandeciente hermosura.

Esto en el mes de Marzo no es frecuente ahora, ni entonces lo era; y los pacíficos vecinos de la villa salieron á bandadas de sus domicilios, menos *confortables* (ó digamos menos cómodos) entonces que hogaño—por regla general,—para no perder ocasión tan buena de tomar el sol. Salí también con el mismo propósito, y es claro que salí con personas de mi familia. Contento como unas castañuelas iba yo, por aquel histórico *Salón del Prado*, dando saltos y brincos á que me impulsaban el exceso de vida y el gozo de verme en libertad fuera de las cuatro paredes del colegio en que se arrastraban para mí tristes é interminables muchas horas del día; arriba, cielo muy azul y sol muy brillante; en mi rededor, aire embalsamado y puro; en el paseo, árboles frondosos y cristalinas fuentes; por delante campo sin límites... aquello era la gloria. En una de varias atrevidas excursiones, en que, mostrando con deliberada satisfacción mi valentía y mi arrojo, me separé mucho del lado de mi madre, á quien hacían sonreír bondadosamente mis alardes de aventurero intrépido, me hallé de pronto frente á frente con D. Wenceslao.—¡D. Wenceslao!, he olvidado ya su apellido; me inclino á creer que no lo supe nunca.—Era á la sazón *mi maestro* (así los nombraban entonces), quiero decir, el *profesor* encargado de la clase de instrucción primaria en el colegio en que yo estudiaba. Era D. Wenceslao—que de seguro si vive todavía no conservará ni el

más ligero recuerdo de uno de sus discípulos menos crecidos en 1848—joven, buen mozo, serio, pero muy cariñoso para sus alumnos, á los cuales no castigaba nunca y reprendía muy raras veces. Todos sus discípulos, sin excepción, lo queríamos entrañablemente, y bastaba que él nos dirigiese una mirada de disgusto ó de enojo, para que buscásemos, por todos los medios posibles, ocasión de desenojarlo; bien entrando en razón, si habíamos cometido una falta de disciplina; bien estudiando con afán, si nuestra desaplicación había motivado aquella mirada expresiva y triste.

Fuera de clase, D. Wenceslao más que el maestro, parecía á todos nosotros el compañero, el condiscípulo; un hermano mayor que nos quería con afecto entrañable.

Hacia él me fui derecho, no bien alcancé á verlo, con el propósito de saludarlo y aun darle un abrazo, cuando advertí con sorpresa dolorosa que D. Wenceslao, lejos de corresponder, lo mismo que hacía siempre, á mis cariñosas manifestaciones, se apresuraba á contenerme con la mano izquierda, como si quisiera evitar que yo me acercase demasiado ó temiese que pudieran mis abrazos estropear algo que ocultase él debajo de la capa. Aquel recibimiento frío, hasta duro, que estaba yo tan lejos de esperar, me impresionó tan dolorosamente, que sentí en la garganta ese *nudo* con el cual se anuncian los sollozos, y en los párpados ese cosquilleo precursor de las lágrimas. D. Wenceslao comprendió indudablemente mis infantiles dolores, y poniéndome la mano en el hombro, me preguntó con mucha dulzura, pero sin ocultarme su contrariedad:

—¿Qué haces aquí, niño?

¡Qué haces aquí! ¡Peregrina pregunta! Pues ¿qué había yo de hacer sino pasearme, y correr, y brincar, y...? No he olvidado nunca, y ya no me parece fácil olvidarla, la extrañeza producida en mí por aquella inesperada y, á mi ver, inexplicable pregunta. Siempre había yo mirado á D. Wenceslao como persona de mucho talento y de muchísimo saber

y muy buena, y aquella ocurrencia suya me hizo vacilar un instante en mis arraigadas creencias. Como pude y cuando pude le respondí que estaba paseándome con *mamá*.

—Bueno—contestó él;—pues vete á casa en seguida, porque... porque puede cambiar el tiempo. Adiós. Y dándome dos palmaditas cariñosas en la espalda, pero sin permitirme que me acercase á él un paso más, prosiguió su camino.

No he vuelto á verlo. Fué aquel adiós, verdadera y última despedida del maestro al discípulo.

Comuniqué á mi madre, que me seguía á larga distancia y que me había visto saludar al *maestro*, el consejo que éste me había dado, y mi madre, que echó de ver entonces cómo en el paseo, de ordinario tan concurrido á tales horas, había muy poca gente y apenas se veía por casualidad alguna señora, consideró muy sano el consejo, y determinada á seguirlo, dispuso inmediatamente que regresáramos á casa.

Desde el Salón del Prado hasta el Pretil de Santisteban, donde se hallaba nuestra casa, el trayecto no es corto, y en todo él advertimos, si bien yo no me daba cuenta de ello, movimiento desusado.

Numerosos grupos de paisanos cruzaban en diferentes direcciones ó se detenían para hablar un instante en voz baja; patrullas de agentes de orden público, á los que el populacho en su lenguaje pintoresco llamaba *quindillas* (denominación que ha durado hasta hace poco tiempo, aun después de suprimido el extravagante adorno que motivó aquel popular apodo), patrullas de orden público, repito, ó de *salvaguardia*, como era su denominación oficial, iban ocupando las bocacalles próximas á la Puerta del Sol. Mi pobre madre estaba alarmadísima y procuraba acelerar el paso; nosotros, mis hermanos y yo, sin comprender lo que pasaba, conocíamos que sucedía algo desagradable, y sin separarnos de nuestra madre, andábamos cuanto permitían nuestras piernas, algo cansadas en el largo paseo. Así llegamos sin tropiezo de gravedad hasta la plaza famosa de *Puerta Cerrada*, célebre por su an-

tigua cruz de piedra, y entonces también por su fuente, que ahora no existe; cuando, muy contentos por hallarnos cerca de casa, penetramos en la tortuosa y sombría calle del Nuncio, oímos muy próximas á nosotros dos descargas de fusilería, las cuales, según pude colegir en mi aturdimiento, debían de partir de la calle de Toledo ó de la Plaza Mayor; y aquellas descargas, que por entonces no continuaron, produjeron pánico horrible en los pocos transeuntes que, como nosotros, entraban en la calle del Nuncio, y, sobre todo, en los infelices aguadores, que, bien llenando sus cubas, bien sentados en ellas y esperando vez, rodeaban el pilón. Espantados los susodichos aguadores,—en su mayor parte hijos de Pelayo, pero menos animosos que su padre,—emprendieron fuga precipitada, lanzando alaridos de terror y produciendo al correr el ruido que hubiera producido al galopar un escuadrón de caballería, cosa que no sorprenderá á nadie si tiene en cuenta el resistente calzado que suelen usar esos honrados trabajadores.

Los gritos de alarma de los aguadores, el violento cerrar de balcones y puertas, las voces de terror de madres que llamaban á sus hijos y de hijos que lloraban buscando á sus padres, causaron en pocos segundos tal confusión, que juzgamos todos había llegado nuestra última hora; guarecerse en los portales era imposible, todos estaban cerrados, y si alguno por casualidad había quedado abierto, hallábase materialmente atestado de seres humanos, á quienes el miedo hacía crueles y que rechazaban brutalmente á todo el que pretendía buscar en ellos salvación ó abrigo. El espanto nos dió alas; por fortuna las descargas de fusilería no continuaron por entonces, y—sin que yo acierte ahora á decir cómo—nos vimos sanos y salvos en nuestro hogar, que fué como si nos hubieran transportado de pronto al paraíso.

Anocheció muy pronto, y entonces empezaron á oirse nuevas descargas, que ya no cesaron en toda la noche, y que dejaron de oirse al amanecer del día siguiente. Noche de horror fué aquella para muchas familias, ajenas por completo á las lu-

chas políticas, y que nada sabían de lo que en aquel combate se ventilaba entre las fuerzas populares y las tropas del gobierno. Después he conocido circunstanciadamente la historia de aquellos sucesos, y he sabido sus causas, y me han explicado sus consecuencias; pero ninguna narración, ni aun las más admirablemente escritas por literatos famosos, adquirió en mi alma la vida, que tiene el recuerdo de lo que vi y sentí aquella tarde.

De D. Wenceslao, que no volvió al colegio, contaron en casa (algunos meses después) que había tomado parte muy activa en la lucha de aquella noche, que peleó al lado de Orense y á las órdenes de D. Joaquín de la Gándara, y que logró salir con vida del combate. Pero que, denunciado al poco tiempo, á la policía, fué preso y deportado á Filipinas en una de *aquellas cuerdas*, con que Narvaez llevó el dolor y la ruina y la desesperación á tantos hogares españoles.

Ignoro lo que fué de él; pero cuando, en el silencio y en la oscuridad de la noche, evoco recuerdos de entonces, lo veo tal cual lo vi en el Prado aquella tarde, grave, aunque afectuoso; ocultando algo bajo la capa, con que á medias se embozaba; muy bien peinadas sus pobladas patillas negras; contrariado al verme—contrariedad hija del cariño que me tenía, y que no pude estimar ni agradecer hasta que transcurridas algunas horas, me lo expliqué con toda claridad,—y diciéndome: «Vete á casa en seguida, porque puede cambiar el tiempo... Adiós.»

¡Pobre D. Wenceslao! Era muy bueno. No podía yo juzgar entonces (ni puedo ahora) de sus conocimientos, ni de su aptitud para la enseñanza; pero que tenía condiciones de pedagogo lo dice el hecho de que á chiquillos de siete á diez años, nos hacía agradable el estudio y nos inspiraba cariñoso respeto.

BIBLIOTECA DEL
CONGRESO

II

No ha sido del todo impertinente esta visita á los polvorientos desvanes de mi memoria, porque aquellos sucesos del 26 de Marzo de 1848, que tuvieron segunda parte no menos dolorosa, y quizá más cruenta, en la madrugada del 7 de Mayo del mismo año, fueron á manera de prólogo de una historia de perturbaciones hondas y de graves trastornos, cuyo epílogo escribieron con sus bayonetas los soldados que invadieron el Palacio del Congreso en la memorable mañana del 3 de Enero de 1874.

Relación, y relación muy íntima, existe entre aquella sublevación popular, vencida y sofocada por el general Narvaez, y la borrascosa sesión de las Constituyentes republicanas, interrumpidas por la soldadesca veintiséis años después; suceso con el cual, según opina un estadista ilustre, con cuya opinión no estoy conforme, se puso definitivo y absoluto acabamiento á la era de los motines y de las insurrecciones en España.

No me atrevería yo á decir tanto; comprendo, no obstante, que un país como el nuestro, perturbado por espacio de tres cuartos de siglo con no interrumpidas luchas civiles y simultáneamente con varias guerras extranjeras, ha menester descanso; y que es bien que se lo conceda á sí mismo todo lo más duradero que le sea posible.

En esos períodos de descanso place precisamente volver un punto la vista hacia atrás para contemplar desde lejos el camino andado y recordar episodios del viaje. Y esas ojeadas de puro esparcimiento, y esas contemplaciones de paisajes que

acaso nos impidieron ver y admirar el humo de la pólvora y el ardor de la pelea, no pueden ser lecturas graves de páginas de historia, ni hondas meditaciones sobre acontecimientos y cambios políticos, merecedores, por sus trascendentales consecuencias, de estudio detenido.

Recuerdos, anécdotas, semblanzas de personajes, reminiscencias del tiempo y del lugar en que sobrevinieron tales ó cuales incidentes, esas materias, á las cuales, sin mucha impropiedad, podríamos dar la denominación de abalorios ó fruslerías de la historia, son las que evoca y reproduce el espíritu en los momentos de reposo durante los que reconstituye casi inconscientemente lo pasado. Cómo y por qué se abisma la imaginación en ese revuelto mar de la memoria triste ó alegre, pero lleno siempre de melancolía, casi nunca puede explicarse. A ese estado de ánimo se llega sin pretenderlo, sin pensarlo, cuando menos se espera. Una pieza musical oída desde lejos, los ecos de una canción que llega á nosotros en el silencio de la noche, la lectura de una noticia relacionada con tal ó cual hombre político á quien conocimos en otros tiempos, ... cualquier cosa, lo más inesperado, lo más ilógico tal vez, cuando halla el ánimo predispuesto, nos traslada á ese país encantado de los ensueños, en el cual agrada descansar un punto de cuando en cuando.

Dirigíame yo, por ejemplo, no hace muchos días (con el propósito de charlar un rato con algunos muy buenos y muy queridos amigos míos) á un establecimiento sito en la Carrera de San Jerónimo, y que, para mí, era, como lo ha sido hasta su última reforma, *Cervecería Suiza*, el cual, si no estoy equivocado, se nombró antes *Café de Ayala* (café, en cuya existencia, que fué por cierto efímera, se registra un suceso memorable en los fastos de nuestra historia literaria; los banquetes dados en un mismo día—almuerzo y comida,—por los admiradores de Pérez Galdós, al insigne novelista). Digo, pues, que me encaminaba á la *Cervecería Suiza*, y sin que sepa yo por qué lo hice, miré, al cruzar la calle, la muestra del establecimien-

to. Allí no estaba escrito, como antes, *Cervecería Suiza*; había un rótulo en el que leí *La Iberia... La Iberia*, el café de *La Iberia*, ¡qué de hechos, qué de nombres, qué de cuadros surgieron repentinamente en mi memoria, como si aquellas dos palabras los hubieran evocado por arte mágica!

Entré en *La Iberia*; mis amigos, mis contertulios, no estaban ya, dos de ellos tenían un drama en ensayo y habían salido para ir al teatro; los demás abandonaron poco á poco aquel sitio en que sin duda la discusión animada otras veces languidecía. Me hallé solo, y comencé á recordar. Cuanto había en rededor mío desaparecía, y se presentaba á mis ojos, *La Iberia*, el famoso café de la Iberia, tal cual lo encontraba yo todas las noches allá por los años 1863 y 1864. ¡Hace ya más de treinta años!

El café, aunque llevaba el mismo nombre, no era el de ahora; como que ni la casa en que *La Nueva Iberia* se hallaba existe. LA NUEVA IBERIA, sí; porque en la acera de enfrente y próximo á la calle de Echegaray (antes del Lobo), estaba situado el primitivo café de *La Iberia*, el antiguo, como si dijésemos, aceptando una locución muy usada entre el vulgacho, el de la verdadera Tía Javiera. El café de *La Iberia*, sombrío, húmedo, estrecho, de techos muy bajos, pobremente amueblado y alumbrado más pobremente todavía, era de esos establecimientos en uno de los cuales pensó Moratín cuando imaginaba su obra famosa *La Comedia Nueva*, y juzgo muy difícil que ninguno de los madrileños vivos hoy recuerde haber concurrido á él asiduamente.

Frente á ese café (ó á esa botillería) se estableció con suma pompa y con todo lujo *La Nueva Iberia*, que fué pronto café predilecto de las personas elegantes, y que se convirtió muy luego en centro de reunión de las gentes políticas, las cuales dieron carácter á su café, *La Iberia (tout court)*. La distribución del establecimiento denunciaba, con toda evidencia, que el café había servido antes de casa habitación á un inquilino. Algunas ventanas del piso bajo convertidas en puertas, unos

cuantos tabiques derribados, bastaron para transformar en café aquel domicilio.

La puerta de la izquierda (entiéndase á la izquierda del que entraba) daba á lo que indudablemente había servido para lo que nuestros abuelos llamaban el estrado, y que los parroquianos del café llamaron, desde el principio, *la sala pequeña*; en el fondo de ésta había otra habitación más reducida,—que sirvió, según la traza, para dormitorio principal,—y que venía á ser como una ampliación de *la sala pequeña*. La puerta de la derecha daba entrada al *salón*; el cual había sido formado con la unión de todas las piezas interiores de la casa, y que llegaba hasta un patio del tamaño de una *servilleta*, que se honró siempre con el pomposo título de *Jardín*. Una parra tísica, cuyos sarmientos se enroscaban en un armatoste de pino toscamente labrado y unas cuantas macetas en que languidecían algunas plantas desmedradas, justificaban, por mutuo acuerdo tácitamente pactado entre el amo del café y el público, el nombre de jardín; en el cual, así que llegaba el verano, solían refrescar las más distinguidas y más hermosas damas de la villa y corte. Para que la ilusión fuese completa, no faltaba allí, en el centro del patio, un surtidor enano que suspendía el ánimo y lo alegraba con el poético ruido de algunas gotas de agua cayendo sobre el mármol de su piloncito de muñecas.

Pero no era *La Iberia* del verano lo que yo recordaba; en mi memoria se reproducían fiel y exactamente las tertulias del invierno.

Allí, en uno de los primeros veladores del salón, parecíame ver un hombre alto, seco, avellanado, de color moreno y en el vestir algo descuidado: se llamaba D. Eugenio García Ruiz, y era fundador y director del periódico democrático—entonces no se podía llamar republicano—titulado *El Pueblo*. En rededor de García Ruiz, que todas las noches ponía cátedra en el café, sentábanse muchos amigos, discípulos y admiradores.

Los discursos de García Ruiz, á quien algunos amigos muy íntimos solían nombrar en son de chanza *Don Perrondo*,—y

eso que D. Eugenio tenía cara de pocos amigos y no parecía dispuesto á tolerar bromitas,—los discursos del director de *El Pueblo*, repito, tenían un carácter especial: eran, en su esencia, de una sinceridad de castellano viejo que agradaba, y en su forma de un *naturalismo* á lo carretero que sorprendía. Quería desenvolver, por ejemplo, el bueno de García Ruiz, su tema predilecto: «Libertad igual para todos, porque si no es igual para todos no es tal libertad», y desenvolvía el tema y lo explicaba con suma lucidez y con gran copia de sólidos razonamientos; pero exornando su argumentación con tales interjecciones y tan desusadas palabrotas intercaladas al texto, que, en muchas ocasiones, escandalizaba á los parroquianos y consumidores sentados á las mesas contiguas.

Entre los que oían á García Ruiz y aprobaban cuanto él decía, porque discutir no era lícito, había un demócrata, cuyo nombre no he de decir, ni hace ahora al caso; el cual demócrata, aunque á la sazón era periodista, había sido cómico en sus buenos tiempos; ó, para hablar más exactamente, en los tiempos en que el susodicho demócrata era todavía joven; pues fuera de las ventajas indiscutibles de la juventud, parece que tan malos fueron para el ciudadano de referencia aquellos tiempos, como los otros.

Contábase del tal que allá por los años de gracia de 1854 se hallaba al frente de una compañía de cómicos trashumanes ó digamos de la legua; compañía que, con fortuna varia, porque unas veces era mala y otras era peor, recorría poblaciones de la comarca manchega, cuando O'Donnell se alzó en armas contra el ministerio Sartorius.

Sobradamente conocida es la historia de aquellos sucesos para que trate yo de referirla ahora; todos sabemos que la acción de Vicálvaro, si fué un descalabro moral para las fuerzas del gobierno constituido, no llegó á ser una victoria para las tropas insurrectas. Sabemos asimismo que en aquel ejército sublevado por el general Dulce,—director general del arma de caballería, quien, con pretexto de pasar revista de monturas,

sacó al Campo de Guardias casi todos los escuadrones de la guarnición de Madrid—faltaba infantería; circunstancia que tenía muy preocupado al general en jefe. Descansando se hallaba una noche dicho general, que había dado órdenes terminantes de que no lo molestasen para nada, cuando se presentó en el campo el comediante de la legua solicitando ser recibido sin tardanza por O'Donnell. Opusieron los ayudantes rotunda negativa á tal solicitud, escudándose con las órdenes recibidas; pero el recién llegado insistió en que se despertase al general, diciéndole que deseaba presentarse á él *Fulano de Tal* con su compañía, y al decir esto entregó á uno de sus interlocutores una tarjeta.

Los ayudantes sabían perfectamente lo que interesaba á su general la llegada de refuerzo de infantes, y temerosos de perder, por exagerada obediencia, una ocasión tan anhelada, se decidieron á penetrar en la estancia del jefe.

—Mi general, mi general—dijo el que gozaba de más predicamento con D. Lepoldo—está ahí un caballero que me ha parecido militar y que pretende ver á V.; porque, según él dice, desea unirse á nosotros con su compañía. He creído conveniente no dejarle marchar.

—Y ha hecho V. muy bien; habría sido una imprudencia—contestó O'Donnell:—que pase, que pase en seguida.

Y pasó, en efecto, y saludó militarmente al general, y éste le rogó que se sentara, y le preguntó con interés dónde estaba su compañía.

—Pues ahí la tengo—respondió muy satisfecho el interpe-lado;—á legua y media de aquí, en Manzanares; sólo espera mi aviso para agregarse á las fuerzas sublevadas.

—Perfectamente—replicó O'Donnell;—nada, pues avísela V. en seguida. Y qué, ¿viene completa? ¿No se ha quedado ningún individuo?

—No, ninguno; todos me siguen como corderos. Donde yo vaya, irán ellos.

—¿Y son muchas plazas efectivas?

—Pues diré á V., general; muchas plazas no son, porque los tiempos andan mal para hacer estas expediciones con mucha gente; pero vamos es una compañía bastante cabal: un barba, un galán joven, la primera dama, la característi...

No pudo terminar; D. Leopoldo le interrumpió de pronto con una de las más enérgicas interjecciones del vocabulario de... campaña.

No es necesario referir lo que pareció á O'Donnell de tales auxiliares, ni lo que dijo al jefe de la compañía, que estuvo muy expuesto á salir por la ventana del dormitorio.

Los fueros, que jamás desconozco, de la verdad, exigen de mí una confesión: no fui testigo presencial de la escena, no respondo, por consiguiente, de su exactitud; pero como cierta y auténtica la referían amigos y compañeros del periodista de 1863, y en ningún caso oí á nadie que la desmintiera, ni aun la pusiese en duda.

En torno de García Ruiz se agrupaban muchos demócratas, algunos de los cuales dejaron de serlo pocos años después; en la llamada sala pequeña, y no lejos del mostrador, solían reunirse algunos progresistas: D. Santiago Olózaga, Galdo y muchos otros cedían siempre la presidencia á un viejecito desmedrado y asmático, de andar algo vacilante y de voz apagada, que era, no obstante, escuchado por todos con grandes muestras de consideración y de respeto: era el famoso jurisconsulto, gloria del foro español contemporáneo, D. Cirilo Alvarez, que ocupó, algunos años después, triunfante la revolución de Setiembre, el elevado sitio de la Presidencia del Tribunal Supremo. Y por allí, repartidos en otros grupos, veía yo siempre á redactores de *La Discusión*, á redactores de *La Democracia*, que discutían acaloradamente sobre las polémicas sostenidas: ya entre demócratas y progresistas, cuya voz llevaban, respectivamente, Emilio Castelar y Carlos Rubio; ya entre individualistas y socialistas, defendidos éstos por Pi y Margall en *La Discusión*, patrocinados aquéllos por Castelar en *La Democracia*.

III

No era, sin embargo, el café de *La Iberia* el centro en que á última hora de la noche convergían los llamados entonces *hombres de acción*. Estos se daban cita todas las noches en el café del Siglo. Que todavía existe, con el mismo nombre, si no estoy equivocado, en la calle Mayor.

Allí, rodeando muchas mesas de las colocadas cerca de la ventana que está á la derecha de la puerta, hallábanse casi todas las noches el entonces popularísimo D. Manuel Becerra, ídolo de la gente *del bronce* de la calle de Toledo y la plaza de la Cebada; D. Manuel Aguilar, acaudalado propietario de Antequera, que prestó á la causa de la democracia muchos y muy valiosos servicios, con desinterés de que hay poco ejemplo; el conocidísimo D. Rafael Fernández de las Cuevas y los hermanos Escobar, muy influyentes en las masas revolucionarias; y en torno de éstos, y casi disputándose la honra de cruzar con ellos la palabra, algunas docenas de soldados de fila, viejos los unos, casi niños los otros, todos entusiastas y decididos...

Y cuando digo todos, quiero decir, no que todos lo eran, sino que todos lo parecían. Porque, cuando llegaba la ocasión, había que quitar mucho *jierro* de aquellos entusiasmos. Y ocurría siempre que los más voceadores, los más jactanciosos, los que se impacientaban porque no llegaba la hora de *echarse á la calle* para comerse crudos á los tiranos, sólo se comían, y para eso no cruda, sino asada, alguna chuleta de ternera, con que cualquier revolucionario novel é inexperto los obsequiaba, para lograr, en caso necesario, la protección de aquellos Cides de guardarropía.

Allí se conspiraba á voces; allí se fraguaban conjuraciones tremendas, anunciándolas con bombo y platillos; allí se giraban contra el trono letras á plazo fijo; allí, en fin, se perdía lastimosamente el tiempo por la mayor parte de los que manoteaban y reñían y hasta denostaban á los jefes porque no se apresuraban á dar el golpe decisivo. Claro está que ni las autoridades, ni sus agentes, ni la policía secreta, concedían importancia á tales desahogos. Sabían de sobra que esas conspiraciones, amañadas á gritos alrededor de la mesa de un café, ni son serias, ni son temibles. Pero justamente por eso, y en las barbas mismas de los inspectores, que no recuerdo si entonces se llamaban de este modo, se conspiraba allí, y se conspiraba mucho, por los que eran de verdad conspiradores.

Más de una vez y más de dos veces, mientras aquellos infelices gritaban como energúmenos y daban en el mármol de la mesa puñadas, que hacían bailar vasos y tazas y platillos, levantábase con disimulo alguno de los oyentes, y sin ser notado se separaba del grupo y se dirigía á la escalera de caracol, por la que se subía á los billares; poco después hacía la misma evolución otro, y luego la repetían con idénticas precauciones algunos más. ¡Cuán lejos estaban de figurarse muchos de aquellos revolucionarios impacientes, á quienes todo aplazamiento parecía criminal, que en alguna ocasión faltó muy poco, casi no faltó nada, para que allí mismo, aun por algunos de los que estaban callados, se diese la voz de salir del café é ir á levantar barricadas!

En aquella tertulia del café del Siglo se inició, y en casa de Becerra acabó de organizarse, la reunión que los demócratas (ya unidos en un solo partido por haberse declarado libre la cuestión social) celebraron en el teatro del Circo el día 5 de Noviembre de 1865. Hubo en la reunión lo que desde entonces llamó *La Correspondencia*: «orden democrático». Porque, en efecto, la reunión fué numerosísima y ordenada; verdad es que para lograr este fin se había puesto empeño por todos los hombres más influyentes de la democracia. El fin princi-

pal y casi exclusivo de aquella reunión fué nombrar, como efectivamente se nombró, *comité* del partido. Pero llevada á cabo la votación, y terminado el escrutinio, llegó el caso de que los elegidos, casi todos oradores notables, pronunciaran sendos discursos. Y los pronunciaron y fueron muy aplaudidos, y hubo en todos ellos notas muy altas y toques muy revolucionarios. Si hablaron Castelar y Martos, Orense y Salmerón y Pi y Figueras, no necesito decir que hubo derroche de elocuencia arrebatadora ó profunda; si hablaron después de ellos algunos otros que padecían de intemperancia de palabra y hambre y sed de notoriedad, pero que carecían de condiciones para hablar en público, dicho está asimismo que oyeron los concurrentes muchas majaderías. Ni de éstas ni de aquéllos quiero hacer mención; pero me parece del caso recordar dos frases que pronunciaron respectivamente Becerra y el presbítero Tristán Medina, á quien por entonces le tocaba de turno estar ante los demócratas. Becerra terminó su discurso con estas palabras, que parecieron una profecía; profecía que tuvo cumplimiento á los pocos años: «Que somos muchos, ya lo habéis visto; que sabemos discutir y organizarnos, lo estáis viendo; que podemos gobernar, lo veréis pronto.»

Así terminó Becerra su discurso; y Tristán Medina, orador sagrado que en aquella época disfrutaba de gran fama, empezó así el suyo:

«Señores: aquí me tenéis entre los demócratas; porque lo soy como vosotros. Y soy demócrata desde la punta de los pies hasta la punta de los cabellos; y más arriba y más abajo.»

Y aquella declaración tan original y tan expresiva del sacerdote fué acogida con una ruidosa y prolongada salva de aplausos.

No por su importancia ni por su trascendencia, pues ni trascendencia ni importancia tienen, sino porque son curiosos, he reproducido esos dos párrafos, que conservo perfectamente grabados en la memoria, y que de seguro no están in-

cluidos en ningún libro, ni quizá lo fueron en las reseñas que los periódicos publicaron de aquella sesión magna.

Cuando hubo terminado, disolviéronse tranquila y silenciosamente los allí reunidos, y un grupo no muy numeroso de los organizadores de la reunión—todavía no las nombraban *meetings*—encontró al general O'Donnell, á la sazón presidente del Consejo, y que regresaba al ministerio de la Guerra después de haber dado, según antigua costumbre suya, un paseo á pie por el Prado. Como casi todos los que formaban el grupo tenían con el primer duque de Tetuán esas relaciones que nacen inevitablemente en la vida política, aun entre los más irreconciliables adversarios, detuviéronse algunos minutos para saludar al jefe del gobierno, y le dieron noticia de lo sucedido en el teatro.

—Muy bien—les contestó el general, sonriéndose de aquella manera que tanto molestaba á los moderados en los seis años de mando de la unión liberal,—muy bien; ese es el camino. Mientras Vds. no salgan de él, les dejaré en absoluta libertad, como ahora lo he hecho; pero si pasan Vds. á vías de violencia, cuenten Vds. con que los fusilo.

¡Oh! Y lo hubiera hecho como lo decía..., si hubiese podido hacerlo.

La organización del *comité* central, á la que siguió inmediatamente la de los *comités* provinciales y locales y de distrito, etc., etc., no fué sino un pretexto para proseguir los trabajos revolucionarios.

Transcurridos dos meses, en la mañana del 3 de Enero de 1866, se levantó Prim contra el gobierno en Villarejo de Salvanés, al frente de los regimientos de caballería de Calatrava y Borbón. Los tertulianos ó contertulianos del café del Siglo, los que aquella noche misma deploraban que la cobardía y la indecisión de los jefes los obligasen á permanecer en la inacción, ignoraban aquella noche—y acaso lo ignoran todavía—que mientras ellos saboreaban el humeante café ó paladeaban el rom de Jamaica—ó de donde fuere,—exponía Lagunero su vida

para sacar las fuerzas militares acuarteladas en Alcalá, y que el desventurado D. José Espinosa, fusilado poco tiempo después, arriesgaba también su existencia al peligroso juego de las sublevaciones militares.

Como á las once de la noche, y cuando las controversias y las disputas acaloradas de aquella alborotadora clientela estaban en su apogeo, los que sobre no tomar parte en la discusión estábamos sobre aviso, pudimos observar que un transeunte, embozado hasta las cejas, como lo crudo de la temperatura exigía, se aproximaba á la ventana (como si pretendiese ver, á través de los cristales, cubiertos por la parte interior del vapor de agua que los empañaba, lo que dentro del café sucedía). La presencia de aquel curioso no llamó la atención á nadie; muchos ni lo vieron siquiera; y otros, aunque lo viesan, no hallaron en la cosa nada de particular, pues aunque la noche no estaba en verdad para curiosear al aire libre lo que en el café ocurriese, no era aquel el primer caprichoso que al pasar se detenía un poco. Pues bien; el curioso era un sargento del batallón de Figueras, quien, según lo convenido, venía á recibir instrucciones que había de darle uno de los que entre nosotros estaban. Y éste vió al sargento, y efectuando la disimulada evolución de que antes he hablado, subió al billar, bajó por la escalera de la casa y salió por el portal, y dijo al sargento que Prim estaba ya en el campo; que en el cuartel de San Gil se hallaban en aquel momento mismo los encargados de sacar éstas; que una vez las fuerzas allí acuarteladas, en la calle, de aquel mismo café partirían las órdenes para poner en movimiento á los paisanos, y que, por lo tanto, el sargento podía regresar á Alcalá y sublevar el batallón cazadores de Figueras.

El sargento, enterado de todo, volvió á su cuartel. No habían transcurrido veinte minutos, cuando uno de los mozos se acercó al parroquiano que había dado aquella noticia y que estaba ya entre nosotros, y le dijo: «D. Fulano, arriba está el señor... (*tal*, el que fuese) y dice que si quiere V. *echar* treinta carambolas.»

El retado aceptó aquel reto con tal precipitación, que no parecía sino que se trataba de una cosa urgentísima. Y era urgente, en efecto; el que esperaba arriba venía á comunicar á su compañero que nada podía hacerse por aquella noche. El relevo de un centinela, la enfermedad de un cabo, la indecisión, á última hora, de un sargento, ¿qué sé yo?, algo muy pequeño y muy insignificante, había hecho fracasar aquellos proyectos, en los cuales todo parecía admirablemente calculado y medido. Era necesario dar contraórdenes, y era ya tarde para darlas. El sargento de Figueras estaba ya camino de Alcalá; en seguimiento suyo salieron, en distintas direcciones, varios emisarios, pero ninguno consiguió darle alcance; también se trató entonces de avisar al general Prim, pero aquello era todavía más difícil que alcanzar al sargento. Este pagaba, poco tiempo después, con su vida el conato de sedición; aquél, esperando ser secundado, dió el grito de Villarejo, y después de aguardar inútilmente algunos días los auxilios que se le habían ofrecido, hubo de refugiarse en Portugal con los soldados que le habían seguido en aquella aventura.

Entretanto, los revolucionarios del café del Siglo continuaban discutiendo todas la noches acerca del medio infalible que cada uno de ellos poseía para determinar en unas cuantas horas un cambio radical y definitivo en todo lo existente, y enterándose, siempre con retraso, de cuanto en España sucedía.

¡Oh! ¡Los conspiradores de café! Ni siquiera necesitan, como los de Espronceda, mudar de trajes para andar por esas calles de Dios,

Creyéndose terribles personajes...

IV

Varias veces me he visto obligado, cuando evocaba estos recuerdos, á mencionar los nombres de *D. José María Orense* y de *D. Nicolás Rivero*. En un trabajo periodístico de otra índole aprovecharía yo esta oportunidad para tributar á la memoria de esos hombres políticos el homenaje de respeto y de admiración que, en España, les debe todo buen demócrata y todo republicano sincero. En este sitio, y para poner término á estas líneas, solamente quiero referir de ellos algunos hechos no muy conocidos, acaso desconocidos del todo, y que, sin embargo, los pintan y caracterizan por completo.

En el despacho del marqués de Albaida me encontraba yo al anochecer de un día muy triste y muy frío y muy oscuro del mes de Diciembre—no recuerdo ahora el año ni creo necesario decir el motivo de mi visita;—con mucho sosiego departíamos como dos camaradas el venerable anciano y yo, adolescente, casi niño, que escuchaba al patriarca de la democracia como escuchaban los antiguos á sus oráculos. El marqués de Albaida, *D. José María Orense*, era en su trato íntimo de una bondad y de una llaneza que á nada puede compararse. Sabía ponerse siempre á la altura de su interlocutor, para lo cual necesitaba casi siempre descender, y nunca humillaba á nadie con aires de superioridad, ni dejos de dómine. Discutía conmigo como si él fuese uno de mis discípulos ó yo uno de sus colegas del Directorio, cuando le anunciaron la visita de algunos correligionarios. Quise retirarme, y no lo permitió.

—No se vaya V.—dijo;—es conveniente que se acostumbre V. á estas cosas.

Penetraron en el despacho misteriosa, sigilosamente, tres hombres, mal encarados todos,

«de rostro fiero y de mirada torva»,

y señalándome con un ademán algo hostil, dijeron al bueno de Orense:

—¿Podemos hablar?

—Sí—replicó Orense, remedando con cierta malicia infantil aquellos ademanes,—sí, es de los nuestros, es de casa.

—Corriente—dijo el peor encarado de los tres.

Y tomando la palabra en nombre de sus acompañantes, expuso que él y sus dos *compañeros*, cansados ya de sufrir el yugo ominoso de la tiranía, habían decidido echarse al campo aquella misma noche y organizar algunas partidas; pero que, antes de hacerlo, habían acudido á consultar la cosa con *Don José* para oír sus consejos...

—¡Oh!—les contestó en seguida Orense—me parece bien, me parece muy bien; sí, señor... Conviene mucho en estos momentos que se levanten unas partiditas, para tener ocupada la atención del gobierno. Aplaudo la determinación esa, y me alegro de verlos tan decididos. A ello, á ello.

Los futuros jefes de la partida hubieron de retirarse, al parecer muy satisfechos, con la misma parsimonia y las mismas aparatosas precauciones con que habían entrado.

Cuando años después vi representar en el teatro *La Hija de Mad. Angot*, y oí el coro de

«Peluca rubia
y trenza gris»,

me figuré estar viendo á los revolucionarios de la consulta.

Terminada ésta, no pude menos de preguntar á Orense, que me miraba sonriéndose irónicamente:

—Pero ¿estamos ya en el caso de levantar partidas?

—¡Ca!—me contestó;—ni estamos en el caso de levantarlas; ni éstos las levantarían aunque el caso hubiese llegado. Estos

bravucones, con quienes no cuento nunca para nada, han venido á consultarme, muy seguros de que yo iba á oponerme resueltamente á sus propósitos; á disuadirlos de llevar á cabo su intento. Así que yo hubiera hecho eso, habrían propalado por todas partes que ellos querían hacer y acontecer, pero que yo no los dejaba, y que la disciplina del partido les imponía esa dolorosa obediencia. Les he dicho que armen las partidas: no las armarán; pero no podrán echarme á mí la culpa.

Sí, amiguito, sí; los que se baten de verdad; los que de veras arman partidas, como saben que esas son cosas serias, ó esperan las órdenes de los jefes para salir al campo, ó salen espontáneamente sin consultarlo con ninguno. Todo lo demás son pamemas, y ya irá V. viendo, joven demócrata, que entre nosotros abundan también, por desgracia, los pamemeros.

V

Cuando, ante el Congreso y el Senado reunidos, á manera de improvisada *Convención española*, en 11 de Febrero de 1873, pronunció *Cristino Martos*, el orador correctísimo de los períodos esculturales (como solía nombrarlo Castelar), estas palabras memorables: «Porque no está bien, señores representantes de la *Nación española*, que contra la voluntad de nadie parece que empiezan las formas de la tiranía el día que la monarquía acaba (1)»; cuando *Cristino Martos*, repito, pronunció esas palabras, hallárase muy ajeno de imaginar que con ellas había torcido, sin proponérselo, el curso de los acontecimientos políticos.

(1) Así aparecen textualmente en el *Diario de las Sesiones*.

Público fué que D. Nicolás María Rivero, presidente de la asamblea mixta, abandonó el sillón presidencial luego que Martos hubo lanzado contra él aquellas frases, que fueron acogidas con aplausos prolongados y ruidosísimos; pero lo público y notorio no pasó de ahí. Otro presidente sustituyó á Rivero, originándose las solemnes deliberaciones á que la renuncia de Don Amadeo había dado motivo. *Estanislao Figueras*, el jefe de aquella brillante minoría republicana, dirigiéndose á las masas populares que rodeaban el Congreso, les había dicho, hablándolas desde una de las ventanas del edificio: «Calma, tranquilidad y confianza en vuestros diputados, que están ahora trabajando en pro de vuestra causa, y *que no saldrán de aquí sino con la república ó muertos*. Y la muchedumbre, sosegada con tan formal ofrecimiento, cesó en su actitud amenazadora, dispersóse alegre y se entregó á espontáneas muestras de regocijo.

No sería aquí del caso relatar lo acontecido en aquella sesión famosa; sabido es por todos que, en efecto, de la discusión, no muy reñida por cierto, salió la aceptación de la renuncia del monarca, y la proclamación de la República española, y el nombramiento del primer ministerio republicano, constituido por cuatro ministros de los que formaban parte del último gobierno de D. Amadeo y por los diputados de la minoría republicana, Pi y Margall, Castelar, Salmerón y Figueras, este último con el carácter de presidente. Pues bien; no son muchos los que conocen la historia secreta de aquella combinación, muy distinta en verdad de la que ya estaba acordada y convenida, cuando Nicolás Rivero, á pesar del encargo que le hiciera, al dirigirse á Palacio para disuadir al rey, el presidente del Consejo, Sr. Ruiz Zorrilla, abrió la sesión del 11 de Febrero é hizo dar cuenta del gravísimo acontecimiento, que, desde las primeras horas de la mañana, era asunto de animados comentarios en todas partes.

Nicolás María Rivero, esto no es secreto para nadie, fué siempre republicano en el fuero interno de su conciencia. Si

el fundador del periódico *La Discusión* transigió con la monarquía después de la revolución de Setiembre, fué porque entendió que, procediendo de ese modo, servía mejor á su patria, en la cual deseaba él que arraigara y se consolidara la democracia. «Transijamos, había dicho á sus amigos, en la cuestión de forma, que es lo accidental, para que transijan nuestros aliados en la cuestión de principios, que es lo esencial. Poco importa que tengamos durante algunos años monarquía, si esa monarquía es democrática y si á su sombra prosperan y arraigan las ideas de libertad y de progreso.»

No trato ahora de discutir esas opiniones, ni de juzgar los actos de aquel insigne hombre público; me limito á repetir lo que él dijo y á exponer lo que se propuso. A lo que parece, el ensayo de monarquía democrática, que no satisfizo al monarca mismo, tampoco satisfacía á Rivero; y éste, que presidió las últimas Cortes convocadas por D. Amadeo, mantenía cordialísimas relaciones con sus antiguos amigos, con sus correligionarios de siempre, con sus compañeros de conspiraciones y de barricadas, los diputados republicanos.

De sobra sabía D. Nicolás (así lo nombraban sus adictos) que Amadeo de Saboya no retiraría su renuncia. Rivero, hombre de maravillosa perspicacia, gran conocedor de los hombres y observador profundo de los hechos y de sus leyes, no sospechó nunca que el monarca retrocediese; pero sí temió que sus consejeros responsables trataran de disuadirlo, prolongando indefinidamente aquella situación dificultosa, insostenible. Por eso, pasados algunos minutos después de la hora reglamentaria, abrió la sesión y envió al presidente del Consejo, que se hallaba en Palacio, aviso de que la había abierto. Esto, á juicio de algunos, decidió á D. Amadeo, que ya vacilaba, á mantener su renuncia, puesto que de todas maneras la habría mantenido. También él comprendía que el ensayo de la monarquía democrática había sido un fracaso.

Pero antes de comenzar la sesión habíase convenido, previendo los incidentes de la misma, en que, llegado el momento

de nombrar gobierno de la República, *Nicolás María Rivero* sería el presidente de aquel gobierno, y D. Estanislao Figueras, cuya pericia parlamentaria era universalmente reconocida, se encargaría de la presidencia del Congreso.

Así las cosas, sobrevino el incidente inesperado que motivó las palabras de Martos; esas palabras, y más que las palabras los aplausos con que fueron acogidas, indignaron á Rivero, que, figurándose tal vez desautorizado por aquella manifestación de la Cámara, se retiró resueltamente á su casa, negándose en absoluto á intervenir para nada en lo que las Cortes determinasen.

Inútiles fueron las súplicas, vanos los ruegos, infructuosas las gestiones de todas clases que para persuadirle á desistir de sus propósitos, evidentemente funestos para la causa de la República, hicieron sus amigos y muchos que no eran amigos suyos; *Don Nicolás* era una voluntad de hierro; carácter inflexible y tenaz, perseveró en su determinación inquebrantable. Alejóse por completo de la política activa y alejado de ella permaneció hasta su muerte.

Aquel apartamiento, si le permitió no aceptar puestos oficiales en la situación republicana, si le vedó ejercer legítima influencia en los acontecimientos de aquel borrascoso periodo de nuestra historia, no fué parte á extinguir en su noble espíritu el amor á las ideas democráticas y á los principios de libertad, á cuya propaganda y arraigo en España tan poderosamente había contribuido.

Lo mismo que el ensayo de monarquía democrática había fracasado, fracasó el conato de república.

Entonces D. Nicolás Rivero ayudó con todas sus fuerzas á cuantos quisieron trabajar por el restablecimiento de la República; pero los ayudó con su consejo si se lo pedían, con su dinero si lo necesitaban, no con su prestigio personal ni con su nombre, que en ningún caso volvió á prestar.

Recuerdo ahora, entre algunas otras, las circunstancias en que un periodista, cuyo nombre no hace al caso, pretendió

por primera vez realizar la *unión republicana* (tantas veces intentada después, siempre con resultados contraproducentes).

El periodista aludido, que tenía convicciones arraigadísimas y fe inquebrantable en sus propósitos, fué á París, celebró allí entrevistas con los españoles emigrados en aquella capital; se trasladó á Suiza, conferenció con Ruiz Zorrilla, residente á la sazón en Ginebra; tornó á España, deteniéndose un día en Hendaya, donde habló también con algunos republicanos españoles que se habían establecido en aquella población francesa, y acudió, por último, á D. Nicolás, que se entusiasmó con la idea, la aplaudió sinceramente y prometió coadyuvar á su realización, manifestándole por de pronto que tomaría unas cuantas acciones del periódico que iba á fundarse, para llevar á cabo esa unión anhelada. «Pero le advierto á V., amigo mío—dijo al poner término á la entrevista—que esas acciones mías serán puestas á nombre de mi pasante Sr. Núñez de Velasco.»

Y, en efecto, se fundó el diario (que murió á mano airada, víctima de enconadas persecuciones, de repetidas denuncias, con la supresión por contera), y su fundador, orgulloso por el satisfactorio resultado de sus gestiones, resultado que realmente llegó entonces adonde nunca ha llegado después, se apresuró á publicar la lista de accionistas, en la que figuraban desde Figueras hasta Montero Ríos, desde Ruiz Zorrilla hasta Salmerón, desde Pi y Margall hasta Fernández de los Ríos.

A las dos horas de haber publicado aquella lista recibió el director del periódico un volante en el que había escrito don Nicolás de su puño y letra: «Ya he dicho á V. que no figuro como accionista, elimine V. mi nombre de esa lista. Las acciones que yo pague han de ser suscritas por Núñez de Velasco.» Y no hubo manera de convencerlo. «Ayudar á mis amigos de siempre, sí; contribuir á que reconquisten la República, corriente; figurar públicamente en el partido, ocupar en él puestos oficiales, nunca.» Ningún razonamiento fué bastante poderoso para sacarle de sus determinaciones, que cumplió, como he dicho, hasta el fin de su vida.

Cierto es que D. Nicolás María Rivero, cuyo nombre y cuyos hechos, pertenecen ya de hecho y de derecho al historiador, fué de una entereza y de un tesón de que han dado en todas ocasiones pocos ejemplos nuestros personajes políticos.

No era ciertamente gallarda su persona, ni agraciado su rostro; bajo de estatura, ancho de hombros y abultado de abdómen, redondo de cara, reunía D. Nicolás prendas personales que, á tratarse de cualquier otro, podrían haberle dado parecido con Sancho Panza. Se necesitaba ser lo que era Rivero, poseer aquella frente espaciosa que revelaba grandes concepciones, aquella mirada atrevida y al par animadísima, expresiva y escudriñadora que demostraba al mismo tiempo arrojo sin límites, desprecio del peligro, energía indomable y y perspicacia asombrosa, para inspirar, como en efecto inspiraba á primera vista, simpatía y respeto, con aquella figura rechoncha y casi apaisada.

Sin pretensiones de biógrafo, pretensiones cuya impertinencia sería imperdonable, y sólo como complemento y confirmación de lo que acerca del propagandista de la democracia llevo dicho, voy á referir algunos hechos, si no completamente desconocidos, de su vida, ignorados por la mayor parte de sus correligionarios.

Su carácter era violentísimo, y lo mismo los compañeros que los subordinados de Rivero, temían el primer arranque de su enojo. Pasado este, D. Nicolás, que parecía un soldado español de esos cuyo patrón nos han conservado nuestros dramaturgos del siglo de oro, era todo desinterés, abnegación y bondad. Su valor personal era admirable; más que valiente temerario.

Director era de *La Discusión* cuando Caballero de Rodas, coronel á la sazón de un regimiento de infantería de guarnición en Madrid, se presentó á pedir que se rectificara una noticia que, referente al susodicho regimiento, se había publicado en el periódico. D. Nicolás no quiso oírlo siquiera. *Aquí, con-*

testó, *no se rectifica nunca*; y aquella negativa motivó un lance personal en el que Rivero resultó gravemente herido. Cuando, conducido á su casa en una camilla, era objeto de cariñosos cuidados de todos, preguntó él con ese *ceceo* de la tierra andaluza, que prestaba cierto encanto á su palabra:

—Bueno; y *¿pué zaberse* quién escribió *eza* noticia y qué decía en ella?

Hasta entonces no había pensado en enterarse de lo que la noticia era, ni de quién la había dado. ¿Para qué? De cuanto se publicaba en el periódico salía él responsable.

Siendo D. Nicolás alcalde de Madrid,—puesto en el cual prestó muy importantes servicios en circunstancias azarosas y difíciles, en los primeros días de la revolución de Setiembre,—surgió inopinadamente uno de aquellos motines, que á cada momento sobrevenían entonces. Las turbas pretendían agredir, ó por lo menos insultar, al Nuncio. Esa agresión, cuando el nuevo estado de cosas, explicado pocos días antes á las naciones extranjeras en el notable documento redactado por Lorenzana, el insigne periodista, ministro de Estado en el gobierno provisional, tal agresión, repito, habría sido de tristísimo efecto fuera de España, y aun hubiera podido producir un conflicto internacional. Convencido de esto el gobierno, se apercibía para evitarlo á toda costa; quiso adoptar precauciones; sacar á la calle la fuerza pública.—No hace falta eso, dijo Rivero, este es un motín puramente local y á mí, como alcalde, me corresponde disolverlo.—Y allá se fué al encuentro de los amotinados, sin más armas que su bastón de alcalde, ni otros auxiliares que un par de guardias del ayuntamiento.

Arengando estaba á las masas, sobre las cuales tenía mucho prestigio, cuando un ciudadano, más vehemente que los demás, ó acaso más bebido que otros, apuntando con su fusil al pecho de Rivero, gritó: «Traidor; déjanos pasar, ó te hago polvo.»

D. Nicolás sin inmutarse, sin dar un paso atrás, sin mo-

verse una línea del sitio en que se hallaba, separó tranquilamente con la mano el cañón del fusil que estaba á dos dedos de su pecho, y le dijo: *No zeas majadero, hombre; y no juegues con esto, que ze te puede disparar*, y prosiguió tranquilamente su arenga, mientras la bala del fusil que su poseedor había disparado, se perdía en el aire. Aquella serenidad admirable conmovió á la muchedumbre, que es siempre admiradora de la *guapeza*, y el conflicto quedó conjurado.

Aunque no del mismo carácter, es también muy característica otra ocurrencia de que fué testigo presencial (lo mismo que de la anterior), el que ahora, si bien bastante á la ligera, coordina estos recuerdos.

Achaque fué siempre de todos los revolucionarios, en los períodos de activa propaganda, y sobre todo si veían muy lejano el triunfo de sus ideales, el de ser largos en prometer; y achaque ha sido también, en todos tiempos, de los que prometen mucho, revolucionarios ó no, el de cumplir poco.

Una de las cosas que los revolucionarios españoles habían prometido con más eficacia, en la época de su apostolado, fué la *abolición de las quintas y de las matrículas de mar*; como que ésta era una de las promesas que figuraban en el programa que *La Discusión* ostentaba á la cabeza de todos sus números.

Llegó el triunfo de la democracia, y, por razones que no he de explicar ahora, pues no cabe el tema en los límites de mi trabajo, aquella promesa, que á tantos padres — ¡y sobre todo á tantas madres! — había seducido, no pudo tener cumplimiento.

Para exigirlo se organizaron varias manifestaciones; pero la más imponente fue la que, iniciada y organizada por un joven que ha fallecido ya, el Sr. Rivero Delgado, comenzó en la fábrica de cigarros y acabó de formarse con el contingente que enviaron todos los mercados de Madrid. Cigarreras, verduleras, vendedoras ambulantes, vociferando por las calles de la corte y capitaneadas por el orador popular, formaba un

conjunto pintoresco y al mismo tiempo aterrador. Dando voces que eran cada vez más espantosas, profiriendo amenazas, se encaminaron las manifestantes al palacio del Congreso, y cuando hubieron llegado á sus puertas pretendieron penetrar á viva fuerza en el edificio.

Hablábase ya de rechazar la agresión violentamente, cuando Rivero, que era entonces presidente de las Cortes, exclamó: —«¿Cómo? ¿Emplear la fuerza contra las mujeres? Puez no faltaba más. *Ezo yo zolo lo arreglo.*»

Y solo lo arregló. Salió al encuentro de las turbas de amotinadas y las preguntó qué deseaban, diciéndolas que él estaba allí para hacer en su obsequio lo que pudiera.

—¡Abajo las quintas! ¡Que no nos lleven á nuestros hijos! ¡Fuera el sorteo!—gritaban todas como furias, mientras decían otras:—¡Queremos entrar!

—*Zi* habláis todas, no os entenderé—les dijo en son de broma el presidente.

—Pues que nos dejen entrar ahí.

—Aquí no cabéis tantas—replicó Rivero; y después de un rato de pausa, continuó:—Que entren unas cuantas: las primeras.

Hízose así, penetraron como veinte, unas cuantas, y cuando Rivero se halló con veinte mujeres, de las cuales casi todas tenían de veinte á treinta años, les dijo:

—*Pero quidá, ninguna de vosotras puede tener todavía hijos que entren en quintas. Decid á vuestras compañeras que os he dicho yo que ya lo arreglaremos todo, y que se vayan de aquí, pues con ese ruido no nos dejan trabajar; y vosotras, idos también, porque yo estoy muy ocupado, y además... ¿lo veis?, ya me habéis estropeado la alfombra.*

Las comisionadas se echaron á reir y no supieron qué contestar; salieron convencidas y convencieron á sus compañeras, y aquella manifestación, que se había anunciado imponente y amenazadora, se disolvía entre risas y ocurrencias graciosas. Durante muchos días no se habló en los barrios bajos de Ma-

drid de otra cosa que de las *salidas* de Rivero y de que D. Nicolás tenía muy buena sombra.

De su desprendimiento inverosímil, del desdén y la indiferencia con que solía mirar los asuntos llamados de *intereses*, es buena prueba, entre otros muchos que podría citar, el siguiente:

Cuando era al mismo tiempo director y propietario de *La Discusión*, hallábase en cierta ocasión algo apurado (pues los apuros de las empresas periodísticas eran entonces, y siguen siendo ahora y todo, el pan de cada día) para pagar varias cuentas de papel, imprenta, etc., que ascendían á cantidad respetable. Negociando letras á cargo de suscritores morosos, que siempre los hubo, logró reunir lo necesario para saldar las dichas cuentas. A realizar el cobro de la negociación, envió D. Nicolás á ***, no debo decir aquí el nombre, pues aunque aquella persona de la confianza de Rivero ya no existe, no veo razón para que se ofenda su memoria; fuera de que tampoco es necesario á mi objeto el nombre de este personaje episódico. El cual personaje episódico cobró, efectivamente, la liquidación en casa del banquero. Pero apenas cobrada, fuese con ella á una casa de juego, y como D. Luis Mejía;

«Toda su hacienda perdió,
dobla á dobla; una por una.»

Rivero, como trasnochador que era, madrugaba muy poco; aquel día, sin embargo, la intranquilidad misma, sin duda, lo desveló, y antes de las diez de la mañana hizo entrar en el dormitorio, donde él se hallaba aún en cama, al encargado del cobro.

—¿Ze hizo ya aquella operación?—le dijo así que lo vió entrar.

—¡Ay!—contestó el otro muy compungido;—sí, señor: se hizo.

—Entonce, ya estarán pagás ezas cuentas.

—¡Ay, D. Nicolás!—gritó el otro poniéndose de rodillas y cruzando las manos.—¡Mátame V.! He cobrado, lo he jugado y... lo he perdido...

—Pero, hombre, ¿todo?—gritó D. Nicolás.

—Todo, D. Nicolás, todo: mátame V.

—¿Yo que voy á matarlo á V.; si es V. el que me ha matado á mí?—respondió Rivero, y dando media vuelta en su cama, volvió á quedarse profundamente dormido.

Y no se habló nunca más del asunto.

Tal era Rivero: gran inteligencia, gran corazón, y una de las figuras más salientes de la política española contemporánea.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

ESTADO ACTUAL
DE
LA MUJER EN ESPAÑA ⁽¹⁾

Si el elemento moral es el más importante en toda sociedad, crece aún su importancia cuando de la mujer se trata, por ser la moralidad de ésta causa preponderante y medida segura de la del pueblo de que forma parte. Parece, pues, que debería empezar este informe apreciando á la mujer española por su moral; pero como ésta es un compuesto de varios elementos, me parece preferible examinarlos, aunque sea brevemente, porque, según la mujer trabaje, *crea*, sepa y sea *considerada* por la opinión y *tratada* por la ley, así serán sus sentimientos, sus procederes, sus costumbres. Por esta razón, en vez de ordenar las partes de este informe según su importancia, lo hago del modo siguiente:

Trabajo.
Religión.
Instrucción.
Legislación... { Civil.
 { Administrativa.
 { Criminal.
Opinión pública.
Moral.
Condición social.
Progreso.

(1) De América nos remiten el presente notabilísimo estudio, que fué enviado por su ilustre autora, días antes de morir, á la Exposición de Chicago.

Creemos que no ha visto aún la luz pública en inglés, y ahora se imprime por primera vez en castellano.—(N. DEL D.)

TRABAJO

La mujer española es una trabajadora imperfecta; por esta y otras causas su trabajo se aprecia y se retribuye poco.

La falta de instrucción industrial hace que sólo se dedique á trabajos que no la exigen, es decir, á los poco delicados, de fuerza bruta, para los que ya se sabe cuán inferior es al hombre. Aun en las labores que se llaman *del sexo*, coser, bordar, hacer vestidos, sombreros, adornos, etc., se nota su escasa destreza, su mal gusto y una inferioridad respecto á las mujeres de otros países, de donde se introducen en grande escala bordados, vestidos hechos, corbatas, adornos, etc. En las grandes poblaciones hay, además, modistas y floristas extranjeras que visten y adornan á las damas más elegantes. No es posible saber, ni aun aproximadamente, el valor de las ropas hechas y adornos que vienen del extranjero; pero puede asegurarse que sube á millones. Entre tanto, nuestras mujeres carecen de trabajo y se hacen una concurrencia mortal en los pocos de que no las arroja la superioridad extranjera y el exclusivismo del otro sexo. En efecto, es tanta la afluencia de obreras á los trabajos de aguja, que su precio desciende á límites con frecuencia increíbles, y es siempre insuficiente para proveer á las necesidades *fisiológicas* de la trabajadora. Por eso con desdichada propiedad he podido llamar *mortal* á la concurrencia que se hacen, porque arruina la salud y apresura la muerte un trabajo incesante que no produce para comer lo necesario y proporcionarse una vivienda habitable. La condición de las costureras que no tienen máquina es aún peor bajo el punto de vista de la ganancia; en cuanto á la salud no me atrevo á decirlo. La estadística no toma nota de las víctimas oscuras del trabajo que mueren lentamente; mas por

lo que he visto creo que la mujer no puede ser *motor* de máquina sin gran detrimento de su salud.

Salvo algunas raras excepciones, puede decirse que la mujer española que se dedica á coser y bordar no gana para vivir, en el sentido recto y absoluto de la frase; porque, aunque tenga trabajo, que no siempre, ni acaso las más veces, suele tenerlo, no le da para reponer las pérdidas naturales.

En las fábricas, por regla general, las mujeres no ganan lo necesario *fisiológico*, ya porque se las paga como á los muchachos, ya porque acuden en número superior al necesario y carecen de labor una gran parte del tiempo.

Respecto á los trabajos de fuerza en la industria agrícola, en las minas, en las obras públicas, etc. (1), la mujer se equipara al muchacho, y aunque en ocasiones haga tanto ó más que el hombre, gana mucho menos.

Si la mujer española carece de oficio ó el que ejerce está muy mal retribuido, tampoco tiene profesión, porque no puede darse este nombre á la última escala del magisterio, que ocupa con una retribución insuficiente para vivir. Excepcionalmente unas cuantas plazas que hay en las grandes poblaciones, las maestras carecen de lo necesario si no tienen más recursos que la retribución que por enseñar reciben.

Como artista tampoco tiene recursos la mujer española. La costumbre y su falta de conocimientos le cierran las puertas de la arquitectura y la escultura; como pintora, hace algunas copias, pinta abanicos, cajas ó loza; pero sus obras, de escaso mérito, puede decirse que son una rara excepción, porque la regla general es que las de esta clase las hacen los hombres. Lo mismo puede decirse de la música; sólo en las grandes poblaciones hay alguna mujer que puede vivir dando lecciones de piano.

En cuanto á la ciencia, no la posee; caso que por rarísima

(1) Sólo se emplean en los trabajos de minas y obras públicas en las provincias del Norte y Noroeste.

excepción posea algunos conocimientos científicos, no puede utilizarlos como medio de subsistencia, porque le presentan un obstáculo insuperable la opinión y la ley.

Semejante estado es efecto de muchas y variadas causas, que pueden reducirse á cuatro:

La falta de cultura.

La costumbre.

La desenfrenada concurrencia.

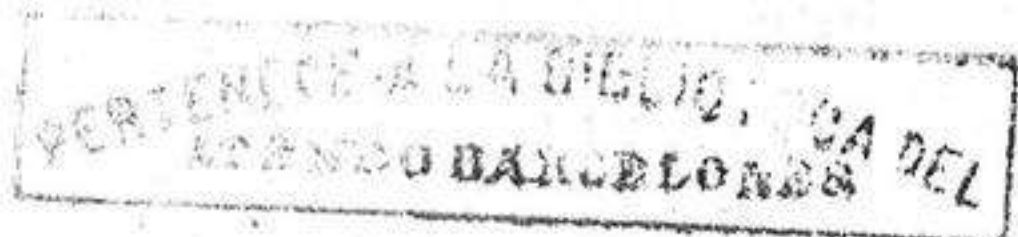
El desdén de la opinión.

Si se descuida la instrucción primaria de los niños, la de las niñas mucho más; ó no van á la escuela, ó si asisten es para aprender á coser mal, recibiendo sólo algunas nociones de las primeras letras, que apenas está en situación de darles la maestra, poco menos ignorante que las discípulas; esto en los pueblos de alguna importancia, que es donde hay maestra.

Como las niñas son más dóciles y útiles en casa para ayudar á su madre en el cuidado de ella; como ésta no ve gran ventaja en que vayan á la escuela, de donde salen mal instruidas en las primeras letras; como, respecto á labores, es raro que utilicen para ganar el sustento lo que allí aprenden, porque no les enseñan ni á coser á máquina ni á cortar una camisa de hombre, que, si ha de sentar bien, ha de encomendarse su corte á un camisero; como no reciben instrucción que pueda llamarse industrial, nada tiene de extraño que la escuela no se frecuente con asiduidad, sacando de ella tan poco fruto. La falta de cultura que deja á la mujer embrutecida, la priva de aptitud para dedicarse con fruto á todo trabajo que sea puramente material.

A los muchachos, en las poblaciones de alguna importancia al menos, se los suele dedicar á un oficio; á las muchachas no, por lo común, de donde resulta una completa falta de aptitud industrial y la inferioridad consiguiente.

La costumbre, sin ninguna razón, pero con mucho poder, arroja á las mujeres de las ocupaciones y trabajos más lucrativos, aun de aquellos que por su clase eran más propios para



ellas. Labores delicadas ó mecánicas, que no exigen fuerza ni inteligencia; muchas que sólo requieren exactitud, paciencia, asiduidad, están exclusivamente desempeñadas por hombres, sin que este exclusivismo pueda motivarse por la inferioridad intelectual de la mujer, porque, aun los que le conceden poca inteligencia, tienen que convenir en que le sobra para muchas labores que la costumbre le veda.

Resultado de cerrársele tantos caminos es la aglomeración en los pocos que le quedan y una consecuencia verdaderamente mortal. Como no hay espíritu de asociación, como la obrera no encuentra quien la proteja, como no puede vender directamente su trabajo á los consumidores, el especulador intermedio le impone la ley de la manera más cruel, y cuando trabaja *para tiendas* puede considerarse como una verdadera víctima de la concurrencia.

El desdén de la opinión es otra causa de lo poco que se paga el trabajo de la mujer, de lo que es buena prueba que muchas veces, siendo el mismo, se retribuye menos que el del hombre. Se han dado por leyes económicas muchas que no lo son, y está muy lejos de ser cierto que la concurrencia abarata siempre los productos, y en la proporción que la oferta excede á la demanda; en España tenemos varios ejemplos de lo contrario, que no cito en obsequio de la brevedad, limitándome á decir que, no estando neutralizados por el aprecio de la opinión los efectos de la concurrencia, cuando de mujeres trabajadoras se trata, llegan á trabajar por una mínima parte de lo que para el sustento necesitan; ¿y las otras de dónde vienen? De su familia, del vicio, del delito, ó de la salud y de la vida que sucumbe porque no pueden repararse las pérdidas naturales.

Así, pues, la condición de la mujer española en la esfera económica es deplorable, y, si no fuera triste, sería ridículo oír hablar de su *emancipación* cuando el estómago la sujeta á todo género de esclavitudes.

Bien sé que estas circunstancias no son exclusivas de la

trabajadora española; bien sé que muchas son comunes á la obrera europea; pero en países más cultos el trabajo de la mujer no es tan limitado y despreciado, y si el mal no es exclusivo de España, llega entre nosotros á más alto grado y tiene mayor gravedad.

RELIGION

¿La mujer española es religiosa? A esta pregunta se contestará sí ó no, según lo que se entienda por religión; conforme yo la entiendo, no vacilo en responder negativamente.

La mujer española es devota, beata, supersticiosa; el culto al rito superficial, la forma, lo son casi todo para ella, dejando muy poco lugar para el fondo, para lo profundo, para lo elevado, para lo íntimo, que constituye verdaderamente la religión.

La ignorancia, tan general en la mujer española, unida al ocio en que viven gran parte de las mujeres, unas porque no necesitan trabajar, ó no quieren, otras por que no tienen trabajo, predisponen á sustituir la credulidad á la creencia, y á tenerla y á tener (á sabiendas ó no) el culto como espectáculo que distrae el tedio de la ociosidad. Esta disposición aumenta los inconvenientes de la preponderancia autoritaria sobre la razón; de lo vulgar sobre lo sublime; de lo exterior sobre lo íntimo; de modo que la fe penetra apenas en el espíritu, y no sólo contribuye poco á la perfección, sino que en algunos casos *sirve de anestésico á la conciencia*, como dice con mucha propiedad Reville.

Seguramente nuestra fuerza para el cumplimiento del deber no es infinita, y la que empleamos en cosas perjudiciales ó indiferentes suele faltarnos para las útiles é importantes, y así se ve muchas veces á la mujer sacrificar lo esencial á lo

accesorio, preocuparse mucho de puerilidades devotas y poco de deberes sagrados. Cuando se considera que la predicación y enseñanza de Jesús fué enteramente moral, y la poca influencia moral que la religión tiene en la vida de la mujer, llega en ocasiones hasta á ocurrir la duda de si es cristiana.

La dictadura espiritual del catolicismo con la infalibilidad en el acierto y la minuciosidad de las reglas, disciplina las colectividades de modo que no deja espacio para que se mueva y señale la personalidad de los individuos: religiosos, hacen, dicen, piensan lo mismo, y parecen contorneados conforme á la misma plantilla: la invariabilidad de ésta aumenta con la ignorancia y sumisión de los que se amoldan á ella, y parece que llega á su máximo en la mujer española. Estudiándola en todos los grados de la escala social; en el vicio, en el delito, en la honradez y en la virtud, admira la semejanza religiosa (devota) en medio de tan esenciales diferencias, y cómo la pobre harapienta y la gran señora, la prostituta y la hermana de la caridad, creen que la religión es el culto, é igualan lo accesorio ó le dan la preferencia sobre lo esencial. Por encima ó por debajo de las creencias, hay en unas el pecado y en otras la virtud, pero como si en medio hubiese una zona religiosa neutral, moralmente hablando, criaturas perversas, no se tienen ni son consideradas como impías. La adúltera, en el hogar que mancha; la prostituta, en la casa infame; la delincuente, en la prisión, sin estar arrepentidas, son devotas, y esperan el cielo, no de la enmienda, sino de prácticas exteriores, fáciles por lo común y aun atractivas, de sufragios y oraciones é indulgencias que se aplican, y cuyo mérito exageran hasta que pueda suplir el que las falta.

Por estas y otras causas puede asegurarse que la religión ejerce escasa influencia moral en la mujer española, que contribuye poco á perfeccionarla, y que en muchos casos es un obstáculo, más bien que un auxiliar de su perfección. En las mujeres que se consagran á Dios, como ellas dicen, se ve que la tendencia á la exterioridad y á la devoción, prevalece so-

bre la moral íntima aún más en la clase media y elevada que en el pueblo. A él pertenecen las Hermanas de la Caridad con raras excepciones, mientras las señoritas se hacen monjas ó *adoratrices*, y si bien éstas procuran corregir mujeres extraviadas, la mayor parte de su vida la absorbe el culto y la contemplación, sistema, que dicho sea de paso, no es muy eficaz para regenerar las pecadoras que recogen. De aquí resultan dos males: que una gran parte de fuerza se inutiliza para la obra social, y que en las comunidades religiosas que contribuyen eficazmente á ella como las hijas de San Vicente de Paúl, las Terciarias, etc., se echa de menos la cultura que, siquiera en las formas, podría llevar á estos institutos muchas de las jóvenes que se encierran en los conventos.

El clero, en general muy ignorante, no quiere la mujer instruida, y por inclinación, por instinto ó por cálculo, es mejor auxiliar para mantenerla en la ignorancia que para instruirla.

No hablo más que de la mujer católica, porque las protestantes son en tan corto número, que ni como colectividad pueden constituir objeto de estudio, ni apreciarse su influencia social.

Lo dicho como regla tiene excepciones muy honrosas, y tanto más dignas de aprecio y aun de respeto, cuanto que en este asunto, lo que en otros países es sencillo y fácil, es difícil y meritorio en España.

INSTRUCCION

La instrucción tiene en España un nivel muy bajo, mucho más bajo de lo que pueden suponer los extranjeros que, fiándose en la estadística, juzgan por el número de alumnos que asisten á las escuelas de instrucción primaria, de segunda en-

señanza y de enseñanza superior, y no por los conocimientos que adquirieran en ellas. Si el saber es tan poco en los hombres, si, por regla general, un título académico representa un derecho, no la ciencia del que lo posee, ya se comprende la cultura que podrán tener las mujeres. En las escuelas de niñas, donde las hay, la mayor parte del tiempo se invierte en labores, y sólo por excepción la maestra sabe leer con sentido, escribir con ortografía y lo más elemental de la aritmética. En los colegios adonde asiste la clase más acomodada y la rica se da alguna más extensión á la enseñanza, añadiendo un poco de geografía, de historia, de francés, todo muy superficial, y que no constituye nada parecido á instrucción sólida; aun como es, suele olvidarse, porque las mujeres por lo común no leen más que novelas y libros devotos.

Entre las jóvenes va habiendo algunas que escriben regularmente y saben algo de aritmética elemental; pero todavía en las asociaciones benéficas suele haber dificultad para encontrar secretaria que escriba con claridad y exactitud las actas, y tesorera que lleve bien las cuentas.

En las oposiciones que ha habido últimamente para proveer la plaza de directora de la Escuela Normal, que por tener una dotación relativamente grande, debía ser muy codiciada y lo fué, la gran mayoría de las opositoras puso de manifiesto su escasa instrucción; como tienen títulos académicos, prueban la facilidad con que se conceden, y como muchas están al frente de escuelas, dan idea de cómo las regirán.

LA LEY

a) LEYES PENALES.

Las leyes penales en España, según poco más ó menos acontece en todos los pueblos del mundo, están en contradic-

ción con las civiles, políticas y administrativas, por lo que á la mujer se refiere, pues mientras éstas la incapacitan para los cargos públicos y el ejercicio de las profesiones para tomar parte en la gestión de la cosa pública, y la consideran á veces como menor, aquéllas le exigen siempre responsabilidad completa, sin que el sexo sea circunstancia atenuante que mitigue las severidades de la ley.

La única distinción que se hace es en la prisión, donde la mujer tiene cama, de que se priva al hombre, y no se le pone *cadena* aunque su crimen esté en la categoría de los que reciben este castigo que degrada á los que le sufren, y más todavía á los que le imponen y al pueblo que le tolera.

b) LEYES POLÍTICAS.

La ley política no reconoce á la mujer española derecho alguno.

c) Las LEYES ADMINISTRATIVAS Y DE ENSEÑANZA, excluyen á la mujer de todos los cargos públicos y del ejercicio de todas las profesiones, como no sea el magisterio en sus últimos grados, la venta de efectos timbrados y de tabaco que monopoliza el gobierno, algunas plazas de telégrafos y en el servicio del teléfono. Así, pues, los únicos puestos oficiales que la mujer puede ocupar son: maestra de niñas, telegrafista y telefonista y estanquera; reina puede ser también; en España no ha regido nunca la ley Sálica.

d) LEYES CIVILES.

La legislación no es uniforme en España, y hay provincias en que la mujer está más favorecida que en otras, especialmente cuando es viuda; pero en todas partes la ley incurre en una chocante contradicción cuando determina respecto á los derechos de las casadas y de las solteras. Estas, una vez llegada su mayor edad, disfrutan de los mismos derechos civiles que los hombres en cuanto á la propiedad se refiere, y como ellos heredan, legan, arriendan, enajenan y adquieren. Pero si se casan, vuelven á la condición de menores; el marido administra sin dar cuentas; puede gastar con mancebas las

rentas de su mujer, y ésta no dispone de lo suyo sin permiso de él. Si empleado ó militar la abandona con sus hijos aunque sean muchos y de corta edad, lo más que podrá conseguir, después de muchos obstáculos, que con frecuencia no vence, es que se le asigne una mínima parte de sueldo, dejándole la mayor para que escandalice con ella. Por otra contradicción de la ley, la mujer, que mientras está casada tiene en la esfera económica una condición tan desventajosa, al enviudar ó si muere, á ella ó sus herederos corresponden los *gananciales*, es decir, la mitad de lo que se haya aumentado el caudal durante el matrimonio. En estos últimos años se ha dado un paso hacia la igualdad civil de los dos sexos, la viuda tiene patria potestad sobre los hijos.

Para casarse, si es menor, necesita el consentimiento de sus padres ó tutores, y si éstos le niegan, después de ciertos trámites marcados por la ley, puede contraer matrimonio conforme á su voluntad. Existe, más de derecho que de hecho, el matrimonio civil, el religioso (si es católico, si no, no), tiene efectos civiles con sólo dar parte al registro civil: sin esta circunstancia no tiene valor legal, ó no debiera tenerlo, porque unido el poco respeto de la ley en general, á la hostilidad en unos verdadera, en otros fingida al matrimonio civil, resulta que la sanción penal en este punto es con mucha frecuencia ilusoria, y se condonan multas y se legitiman ilegalidades.

Las mujeres en España se casan por amor ó por cálculo, sin cuidarse de la religión de su marido, y sabiendo que no tiene ó no práctica ninguna, y siempre que éste se preste, que se presta, á hacer la farsa de que recibe el Sacramento. Si por casualidad, que es muy rara, tiene el novio alguna religión que no sea la católica y la honrada franqueza de decirlo, esta circunstancia no es un obstáculo, sino por los muchos que opone Roma; ni la muchacha, ni la familia, se retraen por eso, y sólo se duelen y se escandalizan las amigas viejas, que no veían en sus tiempos semejantes escándalos; y las jóvenes, que tal vez de buena gana tomarían para sí, al impío.

No hay divorcio con facilidad de nuevo matrimonio y la separación legal por las circunstancias que la dificultan y la falta de costumbre, apenas existe; en cambio *la de hecho* es muy fácil para el marido, que abandona con frecuencia á su mujer y á sus hijos sin incurrir en pena alguna.

LA OPINION

La opinión pública en España respecto á las mujeres podría compararse á esas poderosas corrientes que, después de haber arrastrado un cuerpo empujándolo en distintas direcciones y hécholo girar rápidamente, acaban por sumergirle. En efecto, ¡cuántas aptitudes, cuánta inteligencia, cuánta vida moral é intelectual de la mujer esteriliza y aniquila la opinión extraviada!

Al hablar de la *opinión*, no entendemos sólo la de los hombres, pero como es la que tiene influencia incomparablemente mayor, hablaremos de ella antes y con más detenimiento.

En España hay hombres que consideran y respetan á su madre, á su mujer, á su hermana, y en quienes el amor de padres influye favorablemente respecto á sus disposiciones para con el otro sexo; pero cuando el cariño no modifica las ideas, la que tienen de la mujer es harto menguada, puesto que la juzgan muy inferior á ellos en todo, y la miran con un desdén verdaderamente abrumador. Aunque en ocasiones, como digo, el afecto se sobreponga al desdén ó le neutralice, ó por acaso le temple alguna caballeresca reminiscencia, es lo cierto que el hombre no es excepción de la regla de despreciar al que cree muy inferior y oprimir al que se desprecia.

En un país en que la fuerza bruta tiene todavía una gran preponderancia, la debilidad muscular ha de ser considerada como una gran imperfección, y en la mayor y más ruda parte

del pueblo; tal es si bien se mira el origen de la superioridad que el hombre se atribuye en todo.

En las clases elevadas, como el hombre cultiva más sus facultades mentales y tiene más medios de formar su carácter; como la religión que en él influye poco y podría neutralizar las frivolidades á que se deja reducida la vida de la mujer, no las combate eficazmente y á veces les da pábulo, el hombre se encuentra con superioridades que exagera, y que, si no son naturales, son positivas. Armado con ellas, arroja á la mujer de casi todos los trabajos inteligentes y lucrativos, y degradada en la esfera económica y rebajada en la intelectual, puede inspirar cariño, interés, compasión, pero no respeto. Como tratándose de grandes colectividades no hay afecto, ni generosidad, ni nada que pueda suplir á la justicia, el que la niega de un modo permanente oprime, por más que barnice y dore y cubra de flores el yugo. Esto hace la opinión en España respecto á la mujer, é inspirándose (cuando más favorable) en la epístola de San Pablo (1): «El hombre por la paz cede de su derecho, pero no *reconoce* el de ella.

Ya se comprende en cuántas ocasiones preferirá su derecho á la paz, y no *cederá* nada, y en vez de armonía habrá lucha, desigual como las fuerzas que la sostienen, ya dentro del matrimonio, ya fuera de él.

Los afectos naturales, la delicadeza en los sentimientos que distinguen á cierto número de hombres y que no puede contentarse con la condescendencia de una esclava, estableciendo la igualdad en la esfera del sentimiento, influye en las otras, pero puede decirse que el hombre cuando no *ama* á la mujer y la

(1) No quisiera que nadie me aventajase en cariño y respeto y entusiasmo por el Apóstol de las Gentes, cuyos preceptos y consejos respecto á la mujer fueron un progreso en su época, pero se quedan atrás en la nuestra. El amor, la caridad, la benevolencia, constituyen un factor social poderoso indispensable, son un auxiliar de la justicia, pero no pueden suplirla. La paz permanente no puede resultar de *ceder* de su derecho, sino de reconocer el ajeno, de respetarle y de cumplir el deber.

protege, la oprime. Trabajador, la arroja de los trabajos más lucrativos; pensador, no le permite el cultivo de la inteligencia; amante, puede burlarse de ella, y marido, abandonarla impunemente. La opinión es la verdadera causante de todas estas injusticias, porque hace la ley ó porque la infringe.

¿Y los hombres ilustrados en España, no tienen mejor idea de la mujer? Para responder á esta pregunta hay que tener en cuenta tres circunstancias.

1.^a Que los hombres ilustrados son en muy corto número para que puedan influir eficazmente en la opinión.

2.^a Que aun siendo ilustrados en ciertos asuntos, son muy ignorantes en éste, y tienen inclinaciones de sultán y reminiscencias de salvaje, pretensiones de sacerdote, queriendo ser escuchados como oráculos, obedecidos como señores, y amados con una fidelidad á que se creen en el caso de corresponder, cosas todas que más veces pretenden que logran. Aunque acicalen su cuerpo y cultiven algo su espíritu, éste debe ser bastante grosero cuando no ven todavía en la mujer más que la *hembra*, alimentando la ilusión que frisa en locura, de pretender que sea razonable sin que ejercite la razón. Por extraño que parezca, es el caso de la mayoría de los hombres, aun de los que han recibido alguna instrucción.

3.^a Hay otros que difieren de los anteriores más en teoría que en la práctica; hacen un discurso ó un artículo sobre la necesidad de cultivar la inteligencia de la mujer, ó aplauden á los que la encomian, pero ni cuidan de instruir á sus hijas ni de que su mujer adquiriera algunos conocimientos con que todavía puede remediar en mucha parte el descuido de sus padres. ¿Cuáles son los elementos de esta contradicción? Tal vez entran por iguales partes la pereza, la dejadez, la complacencia, la superioridad, y la falta de convencimiento *íntimo* de que la mujer es susceptible de sólida instrucción y perfeccionable por medio de ella, porque suele pasar mucho tiempo desde que una verdad se admite como cierta hasta que se in-

corpora verdaderamente á la vida del espíritu é influye eficazmente en la conducta.

El convencimiento de la aptitud intelectual de la mujer parece estar no más que *bosquejado*, aun en muchos hombres que abogan porque se instruya y trabajan eficazmente para ello. El marido, que es el que *gana* y el que *sabe*, es natural que sea el que mande; no está mal visto que de la dominación se pase á la tiranía, si ésta no tiene caracteres muy brutales, y no suele notarse el abandono parcial y moral de la familia ni anatematizarse el material y total. Lo cual no se concibe sin una complicidad de la opinión, y determina la deficiencia en la ley ó la hace inútil.

El marido que pisotea sus deberes de esposo y de padre halla en la opinión todo género de complacencias, y se comprende las que dicha opinión tendrá con el amante, cuyos malos procederes antes son objetos de desdén para la víctima de ellos y de sonrisas maliciosas, que de indignación honrada. La joven honesta, al cabo de años de un amor puro es burlada por el indigno que se le inspiró, y mientras ella ve truncada su vida y desgarrado su corazón, el continuará siendo un caballero si va bien vestido, y puede ser hombre, no sólo de moda, sino de importancia, y aspirar á los más altos puestos en la política, en la milicia y en la magistratura. Que los hombres no cumplan entre sí su palabra está mal visto; pero faltar á la que se da á las mujeres es corriente, no censurable ni censurado. Si la mujer á quien se ha engañado y se abandona es madre; si en la imposibilidad de proveer al sustento de sus hijos, éstos perecen en la miseria, son plantel de vagos y criminales, y ella sucumbe á la desesperación bajo cualquiera de sus formas, aunque llegue hasta el suicidio, el causante de tal cúmulo de culpas y desdichas no es objeto de pública censura, y su mal proceder no será obstáculo para su buena fortuna. La mujer, á quien se debilita quitándole los medios de subsistencia con la privación de los trabajos lucrativos y oponiéndose á que cultive sus facultades intelectuales; la mujer, á

quien se desarma para la lucha, ha de ser fuerte en ella, ha de triunfar de sus afectos, de sus instintos, de la natural propensión de creer á quien se ama y de confiar en el que puede dar protección y la promete. El pecado en el ser fuerte se llama triunfo, en el débil *caída*; y la opinión, que le empuja para que caiga, le escupe y le pisa cuando está por tierra.

Debe notarse, que la opinión que abandona ó escarnece á mujeres débiles cuya falta tiene muchas circunstancias atenuantes, se muestra benévola con algunas que debería anatematizar. Hay adúlteras elegantes en círculos en que la mala conducta antes favorece que perjudica al buen tono; bien recibidas en todas partes y aun celebradas si son ricas, elegantes, hermosas, ó tienen algún título nobiliario. En estos círculos, la deshonestidad, á veces la más desenfrenada, desafía á la opinión, se ríe de ella, y el adulterio no es asunto trágico sino cómico (1).

Las mujeres, aunque se les niegue voto, no dejan de tener opinión é influir con ella en la sociedad. Aquel dicho de que los que nacen en la esclavitud nacen *para ella*, puede en parte aplicarse á las mujeres españolas, que, nacidas en la ignorancia, están más dispuestas á censurar que aplaudir á las que quieren instruirse. La superioridad intelectual de los hombres están acostumbradas á tolerarla, y la toleran, pero no así de las personas de su sexo, que niegan ó ponen en ridículo, viéndolo en ella graves inconvenientes para la paz del hogar doméstico y el arreglo y buen orden de la familia. Aun cuando esta opinión sea errónea, es sincera por lo común, y como se halla fortificada por la de la gran mayoría de los hombres, aumetan su fuerza y el obstáculo que opone á la instrucción de la mujer.

En cuanto á moral hay todavía mucho más que deplorar, porque en todo lo que se refiere á las relaciones de los sexos,

(1) En comprobación de esto puede citarse la exacta pintura hecha de una parte de la aristocracia en la novela llamada *Pequeñeces*, que, como escrita por un jesuita, tiene motivos para conocer á fondo esa clase.

la opinión de las mujeres es cómplice de las iniquidades de los hombres. La conducta de éstos, la más escandalosa, la más pervertida, no les perjudica, antes les favorece para hallar facilidad en galanteos y ventajas en el matrimonio. Un calavera cuyas aventuras con mujeres casadas haya pregonado el escándalo, agrada más, tiene más partido, se casa mejor, que un joven de buenas costumbres, que emplease en trabajar el tiempo que el otro dedicó á la disipación y á los vicios. La honda perturbación del sentido moral de la mujer que este hecho revela, es el resultado, el resumen, y como la quintaesencia de todos los elementos que concurren á extraviarla. Porque las que alientan así los vicios con sus preferencias, no son viciosas; su conducta puede ser intachable bajo otros conceptos, con lo que se pone más en relieve la perversión de su gusto y de su raciocinio. A esta complaciente tolerancia para los vicios de los hombres, va muchas veces unida maligna severidad respecto á las personas de su sexo, con lo cual completa el auxilio con que contribuye á su propio daño.

Además de las influencias que pueden llamarse especiales y directas, hay en la opinión otras generales que no dejan de contribuir á los extravíos y desgracias de la mujer. Contribuye á ellas la atmósfera en que vive saturada del afán de goces materiales, de las vanidades del lujo, del poco aprecio que inspira la pobreza por honrada que sea y de la consideración que se tiene al rico, sin investigar mucho, á veces ni poco, ¡cómo se enriqueció!

Aunque se haga pesado, es necesario repetir que todos los hechos é ideas que sentamos como regla tienen excepciones, y nadie que lo sea para honra suya debe considerar como ofensa la verdad. Por triste que sea, hay que reconocerlo; algunos centenares ó miles de personas ilustradas, rectas, que sólo aplauden lo que aplauso merece, y condenan lo que es digno de censura, no pueden guiar ni enfrenar los extravíos y desenfreno de la opinión, que, rodeando á la mujer de fuerzas que la empujan en sentidos contrarios y debilitan la suya,

de amagos tentadores y de reprobaciones crueles, de privilegios ilusorios y de vetos positivos, es cómplice de sus faltas y poco sensible á sus dolores.

MORAL

Si el lector ha reflexionado un poco sobre lo que queda dicho, sabe lo que voy á decirle: la mujer, tan rebajada en la esfera de la ciencia, del arte, de la industria y en la opinión, no es posible que tenga muy elevado su nivel moral.

Aunque la estadística en España no es de gran auxilio, y con su silencio ó su palabra incierta poco puede contribuir al esclarecimiento de la verdad, consignaremos, no obstante, algunos datos que suministra respecto á nuestro asunto.

La proporción de los nacimientos es de 5,55 hijos ilegítimos por 100 legítimos. Así consta oficialmente, aunque no respondo de la completa exactitud del dato.

Respecto á la criminalidad, no es posible dar más números exactos que el de las mujeres que extinguen su condena en la única penitenciaria que para ellas hay; pero debe tenerse en cuenta que las penas por delitos leves se sufren en las cárceles, y que quedan muchos, muchos, impunes. El número de penadas según la última relación oficial, es de 826.

No saben leer ni escribir, 520.

Saben leer y escribir, 215.

Saben solamente leer, 85.

Tienen instrucción superior, 6.

La clase de delitos, son:

Contra las cosas, 586; contra las personas, 240.

Para no sacar consecuencias erróneas de estas proporciones, debe recordarse lo dicho de que los delitos leves se expían en las cárceles.

Además, y esta observación es de mucha importancia, por los delitos contra las personas, muchos muy graves, se sufren muchos años de prisión, ó tal vez prisión perpetua; y por los ataques á las cosas, las condenas son, en general, relativamente breves, y si se añade que por indultos en ocasiones solemnes se abrevian más, resulta que una mujer penada por delito grave permanece en la prisión mientras entran y salen por delitos leves, no 2,50, como sin reflexionar podría inferirse de los números anteriores, sino 6 ú 8, ó tal vez 10, que no me atrevo á fijar la proporción, pudiendo sólo asegurar que no es lo que á primera vista aparece y pudiera dar una idea equivocada de la crueldad de la mujer española.

La proporción de penados de ambos sexos es de *una* mujer por cada *veinte* hombres.

Respecto á la población, hay en la penitenciaría una mujer por cada 21.000 habitantes; pero como están varios años, la criminalidad es mucho menor.

En cuanto á la prostitución, hay que renunciar á presentar datos estadísticos que merezcan algún crédito. Si no es posible saber con exactitud el número de mujeres inscritas en los registros infames, aún lo será menos calcular el de las que ejercen su execrable modo de vivir clandestinamente. Dicho sea de paso, al hablar de prostitución *clandestina* y *reglamentada*, más me acomodo al lenguaje usado en otros países que á los hechos; porque en España, la autorización de las casas públicas y el atentado á la moral es una realidad; las ventajas higiénicas una ilusión más completa que en parte alguna, y la libertad para el vicio tan licenciosa como él puede desear.

Si no hay medio de saber ni aun aproximadamente el número de mujeres de mal vivir, existe el fundado convencimiento de que es muy grande; los cálculos que se suelen hacer serán exagerados, pero no dejan de probar que el mal es de suma gravedad, y que habrá pocos países por donde esta llaga cancerosa se extienda más que en España. Entre nosotros, como en todas partes, se puede observar que la prostitución

no es una válvula de seguridad como algunos pretenden, sino un foco que da la medida del mal y contribuye á propagarle.

La perversión de costumbres, no sólo se prueba por el gran número de prostitutas, sino por otros síntomas significativos y muy conocidos, como las muchas mujeres que, sin ser públicas, pública y justamente son calificadas de livianas; el abandono de los hijos naturales y la inmensa dificultad (en los grandes centros sobre todo) de encontrar mujeres honradas para el servicio doméstico. Las relaciones de este servicio son esencialmente propias para desmoralizar á las que á él se dedican; ya se sabe que en todas partes la moralidad de las sirvientas es inferior á la media; pero en España desciende extraordinariamente, ya se considere la honestidad, ya la fidelidad en materia de intereses.

El gran número, muy grande, de malos matrimonios si bien en general arguye más contra la inmoralidad del hombre que de la mujer, no exime á ésta de su parte de culpa, especialmente en ciertas clases favorecidas de la fortuna y cuya elevación moral no está á su altura económica.

El lujo produce verdaderos estragos en la mujer española, y siendo alternativamente causa y efecto de inmoralidad, la determina y la aumenta; absorbe los recursos que faltan para necesidades verdaderas ú obras caritativas, turba la paz doméstica, incita á los hombres á pisar sus deberes, y con frecuencia sacrifica la honra y allana el camino de la prostitución. Como el lujo es cosa en gran parte relativa, se introduce en los hogares más modestos y hace alianza hasta con la miseria. Hay personas que resisten á su perniciosa influencia, no clases, porque en todas se le ve explotando la vanidad pueril que desde la niñez se excita en vez de procurar enfrenarla. Pesadas todas las circunstancias que rodean á la mujer española y su modo de ser, el afán del lujo se explica perfectamente, mas porque no sea un enigma, no deja de constituir una desgracia para ella y para su país.

El tipo de mujer tremenda, soñado ó inventado por algunos

viajeros, y que podría llamarse la *hembra del bandolero español*, no existe. Hay mujeres criminales, pero muy parecidas á las de otros países, sin mayor resolución ni maldad, *ni más poesía*. Es cierto (con vergüenza sea dicho) que un gran número de mujeres van á los toros, pero pertenecen á la plebe y á la aristocracia, al vulgo mal vestido ó el elegante.

Hay excepciones, pero la regla es ésta. Las mujeres de la familia real van también á los toros.

Cuando se trata de conocer la moralidad de un pueblo ó de una clase, suele procederse de un modo errado para apreciarla con alguna exactitud.

Por la estadística y por otros medios se investigan las infracciones de la ley y de la moral, los delitos y los vicios; y en razón inversa de esta suma, se dice que está la moralidad, lo cual no es exacto. Esta cuenta hay que llevarla por *partida doble*; tiene su *debe* que son las malas acciones, su *haber* que son las buenas, y prescindiendo de éstas, la liquidación no es exacta. La mujer española, aunque no por culpa suya, ni posee todo el *haber* que debía, ni puede presentar todo el que tiene porque es muy reducida su esfera de acción, y, por consiguiente, la suma de sus *virtudes sociales*. Los hombres en general, no sólo no se contentan con las *domésticas*, sino que no quieren que tengan otras, siendo bastante frecuente que una señora se niegue á cooperar á una buena obra porque su marido no quiere que pertenezca á ninguna asociación; tampoco es extraordinario criticar y ridiculizar á las señoras que se asocian para una obra benéfica, todo lo cual está muy en armonía con lo que dejo dicho, pero muy en oposición con las virtudes sociales de la mujer, cuya esfera limita. Aquí la culpa es del hombre, en su mayor parte al menos, porque en ocasiones no están exentas de ella ciertas mujeres que critican á las que se asocian para hacer el bien que, aisladas, no podrían; que califican de *récogimiento* su pereza y su egoísmo, y que no les parece mal recurrir á otras para murmurar y dejar la casa para divertirse. Repito que aquí la principalísima culpa es de los hom-

bres, y grande el vacío que deja y los daños que ocasiona la falta de virtudes sociales de la mujer. Esta falta, como se puede suponer, no es absoluta, y hay señoras que, á pesar de todo, se asocian para hacer bien, y hacen mucho.

A veces, al considerar cuánto se dificultan y esterilizan muchos generosos impulsos y buenos propósitos de la mujer; al deplorar la grandísima depravación de costumbres, me pregunto: ¿Cómo con ella puede vivir, y, aunque lentamente, progresar España? La explicación de esto parece inexplicable, se halla en la virtud sólida (estoy por decir á prueba de todo) de un fuerte núcleo de mujeres del pueblo y de la clase media, que, con un mérito que Dios sabe y ellas en su mayor parte ignoran, dan la precisa cohesión á una sociedad que parece desquiciarse, y contribuyen poderosamente á sanear la atmósfera moral, si no hasta hacerla salubre, que á tanto no llegan, al menos para que sea respirable.

PROGRESO

En este capítulo, que desgraciadamente será más breve de lo que desearía, seguiré el mismo orden de los anteriores por parecerme que en ello gana la claridad.

Trabajo.—Dadas las circunstancias en que se encuentra la obrera española, no creo que las máquinas de coser constituyen un progreso bajo el punto de vista de su bienestar, porque, además de no ser ella motor apropiado y de que su salud se resiente, si no siempre, con frecuencia, las costureras que tienen máquinas, ó absolutamente no pueden usarlas porque enferman, ó, siendo grande la competencia, quedan en condiciones más desfavorables de las que tenían antes de la invención.

El incremento de la industria, que aunque lentamente

progresas, proporciona á las mujeres en el trabajo de las fábricas algunos recursos de que antes carecían. También es mayor el número de las que se dedican á la enseñanza, y, según una disposición reciente, las escuelas de párvulos estarían en lo sucesivo á cargo de maestras: su retribución se ha aumentado.

Las mujeres que pertenecen á la familia de los telegrafistas, según lo dispuesto últimamente, pueden serlo en unión con sus parientes, y el Estado, previo examen, las reconoce como empleados, pero las paga menos que á los hombres, aunque hagan el mismo trabajo. También prestan servicio en casi todas las redes telefónicas.

Si bien en pequeña escala y grado muy inferior, ha aumentado el número de las mujeres que se dedican al comercio, ya por sí mismas, ya como dependientes.

Hace años, si había alguna maestra de música era extranjera; hoy son muchas las señoras que se dedican á dar lecciones de música, con ventajas pecuniarias grandes relativamente á lo que podían ganar con las labores que se llaman *propias del sexo*.

Religión.—El que quiera sostener que la mujer española está respecto á religión como en tiempos de Felipe II, podría alegar su asistencia á la iglesia, donde oye sermones, hace novenas y frecuenta los sacramentos; podría tomar nota de la consideración que tiene al cura, del dinero que le da para misas, del respeto con que recibe al padre de la Compañía de Jesús, á quien proporciona medios de vivir holgadamente y de hacer casas y templos; podría decir que compra las bulas de Cruzada y de Carne, y que no la come cuando la Iglesia lo prohíbe; estas y otras muchas cosas alegará en apoyo de su afirmación, que, sin embargo, no es cierta, no porque haya faltado á la verdad en lo que vió, sino porque ha visto la cuestión *por encima y por un lado*, en vez de considerarla por todos y penetrar en ella.

Es un hecho que han bajado *mucho* los fondos de cruzada,

y cuando *aumentando* la población y la riqueza *disminuye* el *producto* del indulto cuadregesimal, es evidente que ha disminuido la *creencia* de su necesidad en los hombres y en las mujeres, porque si éstas se persuadieran de que la compra de aquellos papeles era condición de salud eterna, á escondidas de sus padres, de sus maridos ó de sus hermanos los comprarían, y puesto que aparece la venta tanto menor, es evidente que ha menguado la fe en la necesidad de comprar. Dicen que hay curas que se abstienen de preguntar á sus confesados si han comprado la Bula, y creo que es cierto, y no raro el caso de esta prudente reserva. El hecho tiene mayor importancia de lo que se inclinaria á suponer el que no considerarse que el mandato procede de un poder absoluto, de una autoridad infalible para el católico, de una sabiduría y una justicia que es la del mismo á quien se ofende desobedeciendo á la Iglesia bajo pena de pecado mortal, es decir, de condenación eterna.

No tengo noticia de que ningún matrimonio haya dejado de hacerse porque él tenga otra religión que la dama, ó no tenga ninguna: el último caso es bastante frecuente. La mujer lo sabe, y si el marido es bueno, no cree que se condena aunque no vaya á misa, ni se confiese y coma carne cuando ella coma pescado.

Es cierto que han vuelto los frailes y los jesuitas, y que éstos tienen todavía bastante influencia entre las mujeres ricas ó bien acomodadas, pero yo, que soy vieja, recuerdo que esta influencia ha disminuido, y respecto á los frailes muchísimo; y cuando se dice que están en *tal* ó *cual* población, sería más propio decir *en el convento que en ella hay*, porque, en general, no se mezclan y confunden con los habitantes, no entran en todas las casas é intervienen en los asuntos de las familias como recuerdo que antes sucedía.

Si no fuera por alargar estos apuntes, que van teniendo ya demasiada extensión, podría citar hechos en que personalmente he intervenido, en prueba de que la intolerancia de las mujeres españolas no es lo que era, ni lo que algunos creen, y

que, aunque se juzgan unidas absolutamente á la Iglesia católica, muchas no creen *todo* lo que manda creer, como que no hay salvación fuera de ella y la infalibilidad del Papa; no es raro que obedezcan unos mandamientos (de la Iglesia) y prescindan de otros.

Se dirá que esto (y mucho más que pudiera añadir) es contradictorio y absurdo y falta de lógica, que la sumisión á los preceptos del catolicismo no puede ser parcial ni condicional, y que el que no se somete *en todo* es como si no accediese á *nada*. No diré que haya consecuencia y lógica en lo que refiero, pero aseguro que hay verdad, y que el mayor número de españolas inteligentes, en materias religiosas viven de contradicciones é inconsecuencias, y que el progreso en ellas indudable tiene hoy apariencias de caos. La culpa de todo esto los hombres, que de una ignorancia increíble en materia religiosa, de una indiferencia proporcionada á su ignorancia, y de un desconocimiento grande del corazón de la mujer, no saben sus necesidades religiosas, ni se cuidan de *purificar* el manantial donde *necesariamente* tienen que beber.

Instrucción.—Aunque se deplora la ignorancia de la mujer española comparando la instrucción que tiene con la que debiera tener, no por eso puede desconocerse que ha progresado en ella, cualquiera que sea la clase á que pertenezca, ya se tome nota del número de mujeres penadas por la ley que leen y escriben, ya del de las señoras que saben francés, geografía y gramática.

No se puede desconocer el progreso aun en los pueblos de poca importancia; en las grandes poblaciones se nota más, y en Madrid se pone en evidencia, sobre todo con el establecimiento que sostiene *La Asociación para la enseñanza de la mujer*, y en que hay las escuelas de Institutrices, de Comercio y de Telegrafía. El número de alumnas es bastante grande y cursan las asignaturas siguientes:

Escuela de Institutrices.—Primer grupo, 62; segundo grupo, 20; tercer grupo, 12.

Escuela de Comercio.—Primer año, 56; segundo año, 21.

Escuela de Telegrafía.—Primero y segundo años, 43.

Asignaturas de adorno.—Matriculadas en tres, 45; idem en dos, 84; idem en una sola, 96; idem orales para Institutrices, 58: idem en varias para la Escuela de Comercio, 37.

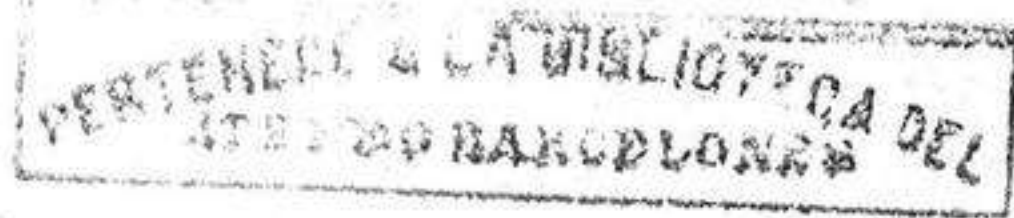
Inglés.—Primer año, 11; segundo año, 6.

Alemán.—Primer año, 6; segundo año, 4.

Armonium, 8.

Pintura, 12.

Yeso, 26.



La enseñanza de estas escuelas es en su mayor parte gratuita, y dada por profesores que por el puro amor al bien hacen el sacrificio (que para la mayor parte lo es por sus muchas ocupaciones) de ir á enseñar sin ventaja pecuniaria, ni satisfacción de vanidad; dignos continuadores del fundador de la Escuela de Institutrices, D. Fernando de Castro, de bendita memoria. Aunque no escribo para su patria y la mía, séame permitido consagrar este recuerdo al hombre más humano que he conocido: quien amó tanto á todos los hombres bien merece no ser considerado como extranjero en ningún país.

En la *Escuela de Música y Declamación* ha aumentado el número de alumnas que en el último año de 92-93 han ascendido á 845, con 1.132 matrículas.

No ha mucho se ha establecido en Madrid una Escuela de Artes y Oficios para hombres, pero en la clase de dibujo se admiten mujeres, y hay matriculadas este año 345.

Un sacerdote ha escrito un buen libro explicando el proyecto de un *Centro protector de la mujer*; quería que se estableciera en Madrid, donde la idea no tuvo eco; hallóle en Valencia, pero no comprendiéndose bien por las religiosas encargadas de ponerle en practica, la empresa fracasó allí, pero el pensamiento no sucumbió con ella, y se ha realizado en Alcira, donde otro sacerdote, auxiliado por varias señoras y señoritas caritativas, dan protección á las mujeres que la soli-

citan, en escala modesta y con reducidos medios, pero con mucha caridad y amplitud y elevación de espíritu.

Dos publicaciones periódicas se han creado últimamente, dedicadas á la instrucción de la mujer.

Algunas señoras se han matriculado en los Institutos de segunda enseñanza, y algunas, en menor número, en las Universidades, terminando sus estudios con mucho aprovechamiento según dicen, y obteniendo *certificados* de ciencia, pero no *títulos* para aplicarla.

Además de estos hechos, que constan de datos oficiales ó son públicos, hay otros menos sabidos, pero no menos ciertos, y por los cuales se ve que hay algunas señoras verdaderamente estudiosas é instruídas y algunas escritoras apreciables.

La Ley.—Es un progreso; la patria potestad concedida no ha mucho á la madre, la exclusión de los hombres para la enseñanza de los párvulos, y el ingreso, aunque *limitado*, de las mujeres en el ramo de telégrafos.

La Opinión.—Es evidente que hay en ella algún progreso, porque de lo contrario no se notaría en la Ley, y sobre todo en la enseñanza, donde es visible, y obra exclusiva de los hombres. Que son pocos los que tienen ideas claras y firmes en la materia, es cierto; pero que hay muchos que vacilan no parece dudoso, y más después de lo sucedido en el

Consejo de Instrucción pública, cuerpo consultivo, en su mayor parte formado por personas poco avanzadas en ideas, y que al tener que resolver sobre la validez *legal* de los estudios de una mujer, y si habían de convertirse los certificados de suficiencia en título para aplicarla, ha disentido y vacilado mucho; ha tardado en resolver, y, por último, no ha resuelto nada claro y explícito: estas dudas y oscuridades denotan un gran progreso; hace algunos años, clara, pronta y resueltamente se hubiera dado la contestación en sentido negativo.

Menos perceptible es el progreso de la opinión respecto á las injusticias que sanciona en las relaciones de los sexos; pero

aun en esta materia infiero, de algunos hechos que por la brevedad suprimo, que algo se ha adelantado.

Moral.—El progreso en Moral es una opinión del observador, más bien que un *hecho* demostrable por los procedimientos ordinarios. Los escasos datos estadísticos que hay merecen poco crédito, y como faltan de épocas anteriores, bastante lejanas para establecer comparación, no son utilizables. Lo más que se puede decir es que *parece* que la criminalidad de la mujer ha disminuido, y que *parece* menor el número de hijos naturales, dado el incremento de la población.

Debo declarar que en este punto mi opinión no es aquel convencimiento profundo de la verdad, que como tal con firmeza se proclama, y para dudar si estoy en ella tengo presentes dos escollos de que pocos moralistas se han librado; la impresión que producen los males que se ven y que los hacen aparecer mayores; si á ella se agrega la *idea* de que todo estaba mejor en tiempos anteriores, resulta un juicio desfavorable é injusto de los presentes, de que hay abundantes muestras. Por otra parte, la fe en el progreso, el deseo de comprobarle en todas las esferas de la actividad humana, conducen también á exagerarle ó verle donde no existe. Comprendiendo el peligro de dar en este último escollo, opino, sin embargo, que algo ha progresado en moralidad la mujer española, á juzgar por ciertos rasgos bien marcados en la historia y por toda la literatura de los pasados tiempos. Además, conforme dejo indicado, no ha de juzgarse la moralidad por las acciones perversas, sino ver hasta qué punto están neutralizadas por las virtuosas; suponiendo que gran número de mujeres españolas hicieran tanto daño como sus progenitores, hay muchas más que hagan bien; es decir, que aunque las malas sean tan *malas*, las buenas *son mejores*. Esto lo tengo por seguro, por parecerme evidente que en los últimos cuarenta años, á que se extienden mis observaciones, las mujeres hacen más bien, á pesar del estrecho círculo en que se las encierra para practicar sus virtudes sociales.

Pongo término á estos apuntes, muy breves para que puedan ser otra cosa que un imperfecto bosquejo, y creo que gran parte de lo dicho de la mujer española podrá aplicarse á la mujer europea.

Acaso haya quien me acuse de dar una idea sobrado desfavorable de mis compatriotas, ó, cuando menos, de exceso de sinceridad. ¿Qué mal había en favorecer el retrato como el del tuerto que se pinta de perfil del lado del ojo sano? Contestaré que nunca he podido ni querido separar el patriotismo de la verdad y de la justicia; y que si estos informes, cuya colaboración es internacional, han de ser *útiles*, es necesario que sean *verdaderos*, que se haga historia, no novela, para que de la comparación de hechos *ciertos* resulten consecuencias *exactas* y lecciones *fecundas*. Si se observa bien y se dice con franqueza lo observado; si no tiembla la mano de ningún colaborador al dibujar defectos ó deformidades, con los datos de estos informes se podrá escribir una obra muy interesante y muy útil.

CONCEPCIÓN ARENAL.

APOSTOLADO DE LA IMPRENTA EN ESPAÑA

DURANTE EL PRIMER SIGLO DE SU INVENCION

(CONCLUSIÓN)

VIII

El entusiasmo que el noble arte despertaba en el ánimo de los Reyes Católicos, ponderado fué por Clemencin en el *Elogio de la Reina doña Isabel* (1), recordando la carta orden dirigida desde Sevilla en 25 de Diciembre de 1477 á la ciudad de Murcia, mandando que Theodorich, alemán, impresor de libros de molde, sea franco de pagar las alcabalas, almojarifazgo, ni otros derechos, por ser *uno de los principales inventores* y factores del arte de hacer libros de molde, exponiéndose á muchos peligros de la mar por traerlos á España y ennoblecer con ellos las librerías (2). Hay, además, la pragmática de franqueza absoluta de derechos concedida á la introducción de libros extranjeros en el reino, expedida en Toledo en 26 de Mayo de 1480, y conservada, según Clemencin, en el *Archivo de la ciudad de Murcia*.

Maestre Fadrique de Basilea era considerado como familiar de los mismos Reyes, y Mosén Diego de Valencia en el prólo-

(1) *Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo VI, pág. 244.

(2) ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS.—*Registro general del sello*.—Legajo núm. 5 provisional, folio 422.

go de su *Crónica* abreviada, dirigida á Doña Isabel, encomiaba la dichosa transformación que, bajo su reinado, experimentaban todas las cosas, formando contraste con la agitación desordenada de los tiempos pasados. «Agora, decía, serenísima señora, princesa de singular ingenio, adornada de toda doctrina, alumbrada de claro entendimiento manual, así como en socorro puestos ocurren con tan maravillosa arte de escreuir, do tornamos en las hedades aureas, restituyéndonos por multiplicados códices en cognoscimiento de lo passado, de lo presente é futuro, tanto quanto ingenio humano conseguir puede por nación, alemanos muy expertos é continuo inventores en esta arte de empremir, que sin error diuina dezir se puede, de los quales alemanos es uno Frederico de Basilea, de maravilloso ingenio e doctrina, muy experto, de copiosa memoria, *familiar de vuestra alteza*, á espensa del qual la presente istoria general en multiplicada copia por mandado de vuestra alteza fué empresa.»

Estos ó parecidos elogios, repetidos en 1499 en Zaragoza por el noble D. Manuel Díaz, criado y mayordomo del muy poderoso Sr. D. Alonso de Aragón, en su libro *De la albeitería*, y por otros ingenios y escritores, formaban al invento de Gutenberg aquella atmósfera de universal simpatía con que todas las clases se emulaban por encarecerle y honrarle.

El conde de Monterrey D. Diego de Acevedo, aquel tan valeroso varón que murió en 1496 en el asalto de Salsas por los franceses, dos años antes, en el de 1494, llevó á sus Estados de Galicia á los impresores Gonzalo Rodrigo de la Pesera y Juan de Porres, para que imprimieran en su residencia señorial el *Misal* para la Iglesia de la villa cuyo título llevaba. La condesa, doña Francisca de Zúñiga, mientras duró la impresión, no sabía separarse de las prensas y de las cajas.

El conde de Ureña, D. Juan Téllez Girón, fundó en la villa de Osuna, de su señorío, con Bulas pontificias de 10 de Octubre de 1548, la insigne Universidad y colegio que puso bajo el patrocinio de la Inmaculada Concepción. No sólo dotó al Ins-

tituto que fundaba de suficientes cátedras bien retribuidas, sacando sus maestros de lo más granado de las Universidades de Salamanca y Alcalá, sino que de Francia trajo al maestro de imprimir Juan de León ó de Lyon, al que dió por título el de *impresor de la Vniuersidad del Illustrisimo señor D. Ivan Tellez Giron, conde de Vrveña, etc.* Juan de Lyon, comenzó á imprimir en 1549. D. Iñigo López de Mendoza, cuarto duque del Infantado, escribió un *Memorial de cosas notables*, que quiso dar á la imprenta. Llamó para esto á toda costa á los maestros Francisco de Cormellas y Pedro de Robles, que á la sazón trabajaban asociados en Alcalá (1564), y en el prólogo que dirigió á su hijo el marqués de Cenete, D. Diego Hurtado de Mendoza y Aragón, le decía: «En tiempo de nuestros mayores, cuando nuestra nación tenía la guerra continua en casa contra valientes y recios advesarios enemigos nuestros y de nuestra religión, el ejercicio de los hombres de Estado era sólo el de las armas... Mas en aquel tiempo hubo, que fueron muy pocos, que se extendieron á juntar con el ejercicio de las armas el estudio de buenas letras, éstos, por cierto, como ganaron para sí honra y reputación, así doblaron la obligación á sus sucesores para procurar por ambas vías de igualar el lustre y resplandor de fama que les dejaron. Entre estos pocos me parece á mí que se puede contar de nuestros pasados, señores desta casa, tanto y más que de otra ninguna de los principales deste reino; sino que la fama de todos se llevó toda, y con mucha razón, sólo uno, que fué el marqués D. Iñigo López de Mendoza, vuestro agüelo: porque no contento con leer y entender muy bien obras y escripturas antiguas, extendió su ingenio á hacer y componer algunas propias que con loor suyo y provecho común leen nuestros naturales. Muéstrase este ejercicio de letras de nuestros pasados, no sólo por relaciones antiguas que de sus personas hay, sino también por la gran copia de libros curiosamente escriptos que en esta casa dejaron como apropiados y vinculados al señor della, los cuales en aquel tiempo, faltando esta nueva y admirable in-

vención de los moldes, no se pudieron juntar sin gran cuidado y no pequeña costa; especialmente las interpretaciones ó translaciones de muchas obras que de una lengua en otra por su mandado se traducían por varones señalados, á quien largamente se remuneraba su trabajo. Estos libros dejaron ellos por bastante testimonio de sus estudios, y por continuos despertadores de sus descendientes, para que en la misma ocupación se empleasen. Y estos son los que mucho tiempo ha despertaron mi memoria para no olvidar la obligación que, como he dicho, tenemos todos de imitar en esto la virtud de nuestros mayores.»

El duque del Infantado que á su hijo el marqués de Cenete proponía estos ejemplos é inspiraba estos estímulos, invitándole á ocupar noblemente con la pluma y *el molde* los ocios de la espada, fué uno de los más grandes magnates de su tiempo: asistió en Bolonia el 21 de Febrero de 1530 á la coronación imperial de Carlos V; obtuvo de Felipe II los poderes para conducir desde la frontera de Roncesvalles á la reina doña Isabel de Valois en 4 de Enero de 1560, de cuyo matrimonio con el rey fué padrino; y asistió al capítulo del Toisón en Utrecht en 1546.

También en su palacio de San Lúcar de Barrameda tuvo imprenta el duque de Medina Sidonia, D. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno en 1562; para imprimir la *Phisosophia de las armas y de su destreza y de la agresión y defensa*, del Comendador Jerónimo Sánchez de Carranza, caballero del hábito de Cristo, su criado y maestro en aquella profesión. Pero esta vez el escritor y el impresor se fundieron en una pieza, habiendo dirigido Carranza todos los trabajos para la estampación.

Estas aficiones las tuvieron muchos literatos, y algunos pasaron por ellas del culto de las musas á la profesión industrial de la imprenta, así como muchos impresores solieron promiscuar con el desempeño de su arte y la adoración á las Pimpeas. En el número de los primeros se destaca aquel poeta

extremeño aventurero Vasco Díaz Jamo de Frexenal, el autor del curioso libro de *Los veinte triunfos*, uno de los más raros, apetecidos y caros de toda la bibliografía española. Después de recorrer medio mundo con la espada al cinto, la lira en las manos y la mente en el vacío, al cabo de sus años dió en impresor de propias y ajenas obras en Oporto, Valladolid y Orense. En esta última ciudad imprimió en 1547 el *Libro entitulado Palinodia de la nefanda y fiera nación de los turcos*, y en 1552 el *Jardín del alma xpiana*. La primera la escribió traduciendo casi literalmente el *Comentario de las guerras contra los turcos*, que dirigido al César Carlos V, escribió en italiano Paulo Jovio, el famoso Obispo de Nocera; pero Vasco Díaz, por lo visto, ignoraba que dicho *Comentario* había sido publicado en castellano en Barcelona, en la imprenta de Charles Amorós el mismo año que apareció la edición italiana original en Florencia. De los libros que imprimió para el Obispo y la clerecía de Orense, y que él menudamente describe en el prólogo del *Jardín del alma xpiana*, pudiera hacerse una larga monografía.

Antes que á Vasco Díaz de Frejenal, dió la misma comisión de imprimirse sus obras en Alcalá al insigne gramático y maestro Antonio de Nebrija; pero no pudiendo enteramente realizarlo por sí, se satisfizo asociándose más literaria que industrialmente, con Brocar. Sus hijos y nietos tuvieron en esto más fortuna, pues en 1588 imprimían en Granada *in aedibus Artii Antonii Nebrixensis*, y en 1597 en Antequera *in aedibus Agustini Antonii Nebrixensis*. El impresor de Granada se llamaba Antonio de Lebrixa y García de Briones.

En 1572 otro gramático no menos notable, Pedro Simón Abril, maestro mayor del estudio de la ciudad de Tudela, dominado por idénticas aficiones, también estampaba los libros propios *imprensus ipsiusmet auctoris*. No debió prosperar con esto, porque al año siguiente hacía imprimir su *Arte gramática latina* en el mismo Tudela *per Thomam Porraris Allobregem*, y en 1574 por Pedro Sánchez Ezpeleta, *Typographus re-*

gius, en Zaragoza, las *Oraciones de Cicerón*, su traducción de *Las seis comedias de Terencio*; la primera edición Cesaraugustana de 1577 salió de las prensas de Juan Soler y de la Viuda de Juan de Villanova.

Más frecuente fué hallar impresores literatos. El más sabio é ilustre de todos fué aquel Juan de Brocar, hijo de Arnao, en cuya educación literaria, dirigida por el maestro Antonio de Nebrija, tanto se complació su padre en Alcalá. De éste y de su cuñado Miguel de Eguía heredó el título de *Impresor de la florentísima Universidad Complutense*, y de sus prensas salieron en número extraordinario obras de considerable mérito literario y artístico, casi rivales de las que su padre ejecutó bajo el mandato del Cardenal Ximénez de Cisneros, y que constituyen los monumentos más notables y perfectos de la bibliografía española.

Indudablemente, estos dos Brocar, padre é hijo, merecen el honor de que se les hagan académicas biografías que exalten perennemente el lustre de sus nombres. El primero fué un artista muy ilustrado, el segundo un literato muy artista. Las joyas de su ingenio, el mayor número en latín, pocas en castellano y escasísimas en verso latino, se encuentran dispersas en epístolas, advertencias y observaciones puestas en los principales libros que de su imprenta salieron. Al príncipe D. Felipe, después rey segundo de este nombre, así le recomendó en 1541 la *Rhetórica en lengua castellana*, de un fraile de la Orden de Sant Hieronymo, en 1541, y el mismo año dirigió Brocar otra carta al Cardenal Tavera, dedicándole las *Obras de San Dionisio Areopagita*. En 1542 ilustraba con una *Epístola proemial* suya las *Constituciones signodales del Abbadía de Alcalá la Real*; en 1547 recomendaba en otro prólogo análogo las *Contemplaciones devotas*, del célebre maestro Pedro Ciruelo, canónigo de Salamanca; y en 1548 las *Morales de Plutarco*, que había traducido Diego Gracián, secretario del Emperador.

Al Patriarca de las Indias D. Fernando Niño, dirigíase la

en 1548 en alabanza de las *Homilias* del P. Francisco Ortiz, de la Orden de Menores; al Obispo de Lugo, D. Juan Suárez de Carvajal, en las del libro *De ornatu animae*, escrito por el mismo prelado; en 1549 y 1550 al Arzobispo Siliceo, después Cardenal, en la introducción al *Missale secundum ordine Primatis ecclesiae Toletanae*, que el maestro de Felipe II había entregado á la primorosa ejecución de su industria. Todos estos escritos, de una sencillez atractiva y de una elegancia suprema, pudieran constituir la justa aureola de un hombre eminente en letras.

Sus coetáneos ya dejaron algo escrito para su elogio en lo por venir. Francisco Cervantes de Salazar, introductor después de la poesía castellana en Méjico, en el prólogo de sus *Obras*, impresas en Alcalá en 1546, decía:—«Y de aquí en adelante tengo esperanza que ha de mejorarse mucho el castellano con el ayuda de semejantes libros, y será para esto gran parte Juan de Brocar con su oficina de donde nunca ha consentido hasta ahora salir libro alguno ni en otra lengua ni en castellano de los vanos é inútiles que se usan; y la tiene siempre ocupada en imprimir los que para el buen uso de la vida y de nuestra lengua son mejores; que se puede bien fiar de él libro en castellano impreso en su casa que trae algún notable provecho.»—De modo que á la extensión de su cultura y á su refinado gusto artístico reunía además Juan de Brocar un alma honrada y patriótica é imbuida en el espíritu sano de transformación que España en su lengua, en sus ideas y en sus costumbres experimentaba en su tiempo.

De los Portonariis de Salamanca antes se ha hablado. De otros impresores, correctores de pruebas y aun oficiales de caja y prensa, que á la vez presumían de cierta cultura intelectual y de ingenio, podrían multiplicarse las citas.

En 1554 versificaba así en latín como en castellano el impresor de Sevilla Martín de Montesdoca. Se publicó en su casa *El libro de música para vihuela, intitulado Orphinicia lyra*, compuesto por Miguel de Fuenllana, en el cual el impresor

puso de su cosecha dos bien contruidos epigramas latinos de alabanza. Estos epigramas, que no copio, han sido reproducidos recientemente por el Sr. Hazañas y la Rua.

Dos obras poéticas de Francisco de Guzmán se publicaron en 1565 en Alcalá: los *Triunfos morales* y el *Decreto de sabios*. Dos sonetos castellanos en loor del primero, y uno en el del segundo escribió, y en los preliminares respectivos se publicaron, Simón de Ribera, corrector de pruebas de la imprenta de Andrés de Angulo, donde se estamparon uno y otro libro.

De todos estos impresores poetas el más ilustre fué Felipe Mey, de Valencia. Era hijo de Juan Mey Flandro, el cual se estableció en la ciudad del Turia hacia 1547. En 1553, habiendo muerto en Alcalá Juan de Brocar, vino á la antigua Complutum al olor de la imprenta titular de la Universidad de Cisneros, pero habiendo acordado el claustro que la viuda del ilustre tipógrafo continuase aquél honor y beneficio, Juan Mey, después de haber impreso un par de años en Alcalá, se volvió á Valencia.

En 1556 ya tampoco él vivía, pues en los libros de su casa se notaba: *Excudebat vidua Johannis Mey*. De sus hijos, Pedro Patricio continuó ejerciendo su profesión allí, habiendo libros de su nombre y marca hasta 1599. Felipe, sin abandonar tampoco el arte, pasó á establecerse en Tarragona, llamado por su docto metropolitano, el célebre D. Antonio Agustín. Muerto el Arzobispo, «porque su *impresión* (imprenta) no estuviese ociosa, entre tanto que acudía obra de más importancia», empezó á imprimir los siete libros *Del Metamorfosios de Ovidio*, que él había trasladado y puesto en octava rima. Para *el entre tanto* escogió también entre sus papeles «algunas cosillas hechas en la era de atrás sobre diversas ocasiones», y las añadió al fin del libro. Muchos de sus versos habían sido limados por el Arzobispo protector, y entre ellos publicó algunos que eran totalmente del sabio prelado, como los que empiezan: *Llorando Venus*, etc. y *Los cabellos de Venus*, etc. Así

lo confiesa el mismo Mey, el cual por estas obras ha merecido y conserva un puesto de honor en nuestro Parnaso, aunque no entre las constelaciones de primera magnitud.

IX

Antes que los grandes y aun que los reyes, los monasterios fueron los primeros en comprender el mérito y la importancia del nuevo invento. Ya hemos visto con el detallado cuadro del de Montserrat en 1499 y 1518 la fuente de riqueza y de trabajo que cada uno de estos institutos abría á la especulación de los impresores. Los primeros que dieron el ejemplo en 1487 de llevarse los nuevos artistas á trabajar en sus claustros fueron los monjes de la *casa de Trinitat, ó Miramar de la vila de Val de Musse en la maior illa Balear* (Mallorca). El impresor se llamaba Nicolau Calafat. *Apud sanctis Cucufatum Vallis Aretane* imprimióse en esta misma forma en 1489 el libro titulado *Abbat Isach*, de fray Bernal Boyl, dedicado al arcipreste de Daroca Mossen Pedro Çapata. El maestro tipógrafo es desconocido.

El privilegio de la impresión de la Bula, que los monjes del monasterio de Nuestra Señora del Prado de Valladolid, compartieron con los del de San Pedro Mártir de Toledo, obligó á establecer al primero imprenta propia en 1527. El primer impresor fué Micer Lázaro Saluago, genovés. En el de Guadalupe, cerca de Mérida, imprimió en 1545 y 1546 el alemán Francisco Díaz Román, impresor trashumante en Salamanca, Alcalá y Sevilla. Se publicó, entre otros libros, la *Triaca del alma*, de frey Marcelo de Lebrixa, caballero de Alcántara y comendador de la Puebla, é hijo primogénito del célebre gramático. Por último, Juan Bautista Escudero, impresor, dió á

sus prensas en 1566, dentro del monasterio y colegio de San Pablo de Córdoba *El tratado del Matrimonio*, de fray Vicente Mejía.

Ejemplos análogos pudieran multiplicarse hasta la saciedad; pero ¿quién ignora que el Mecenas más espléndido del orden eclesiástico que en España tuvo el arte naciente fué el eminentísimo Cardenal de Toledo, D. Fr. Francisco Ximénez de Cisneros? Comparado con el impulso que éste dió, principalmente en Alcalá de Henares, á la imprenta, todo otro favor y patrocinio se desvanece. Sin más que describir los libros impresos por su mandato, Pérez Pastor en *La Imprenta en Toledo* (1887) y Catalina García en el *Ensayo de una tipografía complutense* (1889), lábrase para el gran prelado propulsor del gran adelanto intelectual de su siglo la aureola más inmarcesible.

A la cabeza de toda la extensa bibliografía cisneroniana se halla el monumento imperecedero de su *Biblia políglota*, fruto de la liberalidad espléndida, mas que regia, de Cisneros, del concurso científico de los sabios más conspicuos que el ilustre prelado logró reunir para su colaboración y del esfuerzo artístico sumo de aquél y de todos los tiempos.

La bibliografía cisneroniana bastaría por sí sola para conquistar á perpetuidad á la imprenta española uno de los lugares más culminantes en toda la ya larga historia del arte. ¡Y sin embargo, todavía en el terreno histórico no representa sino el suspiro postrero del mundo que se extinguía!

X

En el resto del siglo que dominaron el emperador Carlos V y Felipe II, la bibliografía y la imprenta españolas, aunque en las luchas teológicas tomando el papel de la resistencia en

defensa de las verdades eternas, representa en toda su vasta extensión la evolución grandiosa que entraña la era del renacimiento. En ella se halla la lucha abierta entre el decadente latín y el romance innovador; en ella se halla el principio, el movimiento y la cúspide de una literatura nacional que camina desembarazada y resueltamente en carril paralelo á los avances y engrandecimiento del poder patrio á la realización de nuestros admirables destinos históricos: ella abraza el abatimiento de la media luna, acicate de Europa, desde la conquista de Granada hasta el ocaso del poder marítimo de los turcos en Lepanto: en ella se esculpen los anales del Nuevo Mundo, desde el descubrimiento de Cristóbal Colón y las conquistas de Cortés y Pizarro, hasta la organización de los gobiernos y de la administración regulares que unieran por tres siglos aquellos dominios á la patria: toda la ciencia nueva en ella desenvuelve sus principios esenciales sin caer en los escollos del error deliberado que ha producido en otras partes tantas sangrientas revoluciones y en muchas ha creado problemas aún sin resolver.

Verdad es que para lograr el beneficio del admirable invento, esquivando los males á que su mal empleo se prestó desde un principio, tan firme como en su apoyo se inició la protección, desde su primer licencia se impuso diligente el correctivo. Ya se ha hecho mención de las exenciones otorgadas por los Reyes Católicos, así al material en imprenta, en cabeza de Maestre Theodonis, como á los libros «que se truxiessen de otras partes para que con ellos se fiziesen los hombres letrados». Mas ya Lutero había nacido; su rebeldía contra el poder pontifical y sus protestas aproximaban el momento de la explosión de las contiendas que por cuatro siglos han traído en constante lucha á la humanidad, y el espíritu de propaganda y proselitismo de que vinieron imbuidos los sectarios del gran reformador pronto procuró infiltrarse en España, cuyos dominios eran tan varios y tan dilatados, á fin de sembrar en ellos el germen de la disensión.

Un Breve de León X de 1515 vino á dar en nuestro país la voz de alerta, prohibiendo la lectura de libros no examinados por el ordinario ó por la Inquisición. El cardenal Adriano, inquisidor general, expidió desde Tordesillas una provisión, en 7 de Abril de 1521, mandando recoger las obras de Lutero. Una carta circular dirigida dos años después por la Suprema á las inquisiciones y al gobernador de Guipúzcoa, les encargaba vigilar sobre el desembarco de libros, y que se recogieran las obras del gran heresiarca que se hallasen en poder de particulares. D. Fr. Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla y sucesor de Adriano en la inquisición general, mandó á Fray Francisco de Victoria, de la Orden de Santo Domingo, reunir en Valladolid una junta magna para examinar las obras de Erasmo. A esta junta asistieron Fr. Francisco del Castillo; el maestro Oropesa; el maestro Silicio; Fr. Alonso de Córdoba; el doctor Carrasco, el maestro Ciruelo y otros. Nuevas cartas acordadas se despacharon en 1530 y 1531 sobre las obras de Lutero, y al cabo, después de muchos ensayos y determinaciones, en 1549 se publicó el primer edicto prohibiendo los libros de perniciosa doctrina. Para la mayor eficacia de estas órdenes, se exhortó á las Universidades, colegios y doctores para celebrar frecuentes juntas de examen y censura sobre los libros que el comercio importaba de fuera; se instituyeron comisarios de visita de navíos para procurar evitar por todos los caminos la inoculación del contagio; se estableció activa policía para que diera avisos en los puntos de exportación, y, por último, se decretó la quema pública y solemne en Valladolid de todos los libros recogidos hasta 1558.

No tomaban en este punto únicamente la iniciativa el poder real y los tribunales de la fe; las Cortes del Reino y hasta los particulares acudieron á los poderes públicos clamando por remedios. En un memorial de D. Pedro López de Montoya, dirigido al rey Felipe II en 1555, no sólo se suplicaba que los libros antes de salir á la venta fueran esmeradamente censurados para preservar á los lectores del contagio de la herejía,

sino del que inducía los corazones ingenuos de la juventud á la disipación de sus costumbres. El mismo año se celebraron Cortes en Valladolid, y en la petición CVIJ se imploraba del rey el remedio de los mismos daños que López de Montoya le había representado. Las providencias reales estuvieron concordes con el clamor de los pueblos, y en 7 de Setiembre de 1558 apareció la Pragmática firmada por la princesa doña Juana que ocurría á estas necesidades. En cuanto á los tribunales religiosos ya habían redactado índices expurgatorios sobre las obras de reprobada doctrina que no era lícito leer á los fieles, y el primero de estos índices, en español, se formó de orden del emperador Carlos V por la Universidad de Lovaina en 1546, haciéndole allí imprimir y publicar el inquisidor general D. Fernando Valdés.

Una faz presenta en este momento la presencia de los impresores extranjeros en casi todos los puntos de la Península, donde había establecimientos tipográficos, por todo extremo curiosa. Entre aquellos hombres á quien durante medio siglo se había dispensado una acogida tan entusiasta y obsequiosa en España, había muchos que á la sombra de su industria no eran sino agentes de la revolución religiosa que la protesta de Lutero y sus secuaces había promovido. Nacieron de aquí denuncias y procesos de la Inquisición, en cuyos archivos todavía se encuentran interesantes vestigios de ellos; por ejemplo, en la Inquisición de Toledo, el proceso contra Pierre de Ruens (1); en la de Valencia, el proceso contra Hugo Celso (2). Estos documentos son tanto más preciosos, cuanto que con ellos en la mano y con el testimonio irrecusable de las consecuencias que tuvieron, se adquieren los argumentos más sólidos para impugnar á los extranjeros, que para tapar y cubrir las lacerías de la casa propia, tanto han vociferado desde el

(1) Archivo general Central.—*Inquisición de Toledo*. Leg. 112, número 60.

(2) Archivo General Central.—*Inquisición de Valencia*. Leg. 110, número 22.

siglo de los enciclopedistas sobre el espíritu cruel de intran-
sigencia y los terribles suplicios de la Inquisición de España.

La cuestión de la imprenta en lo que se relacionaba con las luchas nacientes religiosas, no se concretaba al círculo de nuestro país, donde la causa de la resistencia fué abrazada por todo el espíritu de la nación tan fervorosamente. Francia estaba infestada de estas disputas, y Francisco I, el Parlamento y la Sorbona se emulaban en el rencor con que condenaban aquella invención que en 9 de Abril de 1513 Luis XII había declarado en Blois más divina que humana. Francisco I adquiría el título de *persecuteur des libraires et des imprimeurs*, y el 13 de Diciembre de 1534 prohibió, así á libreros como á tipógrafos abrir sus tiendas ni talleres *sous peine de la hart*. En cuanto á la Sorbona, pretendía nada menos que el privilegio exclusivo del arte divino á fin que sus sabias producciones opuestas á *los libros funestos* de la reforma, acabaran con ella.

Tres procesos de imprenta, con carácter político-religioso, casi simultáneos se promovieron por aquel tiempo, contra tres nombres que la posteridad, á pesar de los errores de algunos de ellos, ha proclamado después ilustres: en Francia, el de Estienne Dolet (1532); en España, el de Hugo Celso (1532), y en Ginebra, el del español Miguel Servet (1553). Miguel Servet, acusado de hereje por Calvino, fué arrojado vivo á las llamas juntamente con su libro el 27 de Octubre de 1553, en aquella ciudad siempre libre y democrática de los esguizaros. Estienne Dolet, por quinta vez preso y encerrado en la Conserjería de París y sentenciado por las facultades de su Universidad, sufrió el mismo suplicio el 3 de Agosto de 1546; Hugo Celso, en manos de la Inquisición de España, abjuró sus errores, cumplió la penitencia que le fué impuesta, y devuelto á la eficacia de sus talentos y á la redentora ocupación del trabajo, en vez de volver á corregir pruebas de imprenta, se entregó á recopilar leyes de la que ya tuvo siempre por su patria, y en 1538 dió á la prensa de Valladolid el libro de *Las*

leyes de todos los reynos, aureuiadas y reducidas en forma de repertorio decissiuo, que en 1540 reprodujo en las de Alcalá, y en 1553 en las de Medina del Campo el Hugo de Celso: en el qual, allende de las addiciones hechas por los doctores Aguilera y Victoria y por el licenciado Hernando Díaz, fiscal del Consejo real. Agora nueuamente van añadidas de mil y trezientas leyes, y todas las premáticas y nuevas Cortes de Su Majestad.

El proceso inquisitorial de Hugo Celso es muy interesante por las noticias que dan los que declaran de muchos de sus compañeros de profesión en toda España. O citados en las declaraciones, ó testigos declarantes, por él pasan Steuan Gailler, imprimidor de libros, natural de Francia, habitante de presente en la ciudad de Zaragoza; Juan de Junta; Pedro Chasco, alias el burgunyón, «que viue en Valladolid en la emprenta en casa de maestro Nicolás»; Siluestre Pedro, alias Veneciano, que vive en Seuilla, y es maestro de la emprenta; otro que se dezía el Bell francés, que es muerto, y un otro que se dice Dionysio, bortador de historia, que viue en Çaragoça, y maestro Pedro el librero, que viue en la Cuchillería en esta ciudad (Valencia) (1).»

La imprenta de Sebastián Grypho, de Lyón, era por la parte de Levante una de las que mayor número de libros de propaganda se esforzaba por introducir en España. Por la parte del Norte he aquí un documento inédito que, aunque de fecha un poco posterior, nos parece oportuno y demostrativo de la necesidad de vigilancia que sobre los libros sospechosos hubo que ejercer en todo aquel siglo. «Por carta de Bruselas de 20 de Mayo de este año se a tenido auiso que los herejes de Olanda y Gelanda, de dos meses á aquélla se han metido en estos Reynos de España quinze mill cuerpos de libros heréticos en romance con títulos de impresión, licencia y autos tan disimulados, que si no se advierte mucho se engañará el que los visita, y que tienen aprestados otros treynta mill, lleuán-

(1) Archivo general Central.—*Inquisición de Valencia.*

dolos entre el vizcocho y mercadería y en las pipas de la cerueça y agua con arte que la humedad no les dañe; y ques indicio claro de que tienen acá muchos correspondientes; y porque conviene remediar el gran daño que desto puede resultar, consultando con el Rmo. Sr. Cardenal Inquisidor general ha parecido aduertiros dello pa que luego que reçibáis ésta, ordenéis muy encarecidamente á todos los comisarios de los puertos de ese distrito hagan las visitas de los nauíos que á ellos aportaren con mucho cuidado y vigilancia, no contentándose con ver los cofres, caxas, fardos y las otras cosas en que se traen mercaderías, pero también el viscocho y otros mantenimientos y las pipas de agua y cerueça y otras qualesquiera partes donde se presume pueden venir libros e papeles, y hallándose algunos heréticos ó sospechosos, los tomen y prendan los culpados y os den auiso dello para que contra ellos se proceda como fuese de justicia; que informen si del tiempo que de suso se haze mención á esta parte, an llegado allí de fuera destos Reynos, algunos libros en Romance, y de qué autores y Materias, y dónde fuera impresos, y cuándo y con cuya licencia, y á qué persona ó personas venían dirigidos y se entregaron, y en qué tiempo y dello y de todo lo demás que hiziéredes y resultase en esta razón, nos daréis auto. Dios os guarde: en Madrid x de Julio 1590.»

XI

Al acercarse el término del siglo XVI, aun con encontrarse nuestra literatura en el apogeo de su gloria, el arte tipográfico, que iba sufriendo todas las evoluciones del tiempo, no alcanzaba el esplendor del primer tercio de aquel siglo. Ha-

bían cambiado los tipos calcográficos, se habían modificado los instrumentos del arte, la condición del papel y de las tintas, la ornamentación, el tamaño, la composición del libro, y según las nuevas influencias locales que en la nueva industria se hacían sentir como las atmosféricas sobre un barómetro, hasta la geografía de la imprenta había experimentado trastornos de consideración. A estas causas y á las generales de nuestra historia fué debida la visible decadencia en que el arte entró, no á las leyes prohibitivas, á las fiscalizaciones políticas y al sistema político que sobre la imprenta pesó como sobre los demás organismos sociales, y que casi eran enteramente los mismos que en todas partes se observaban sin que dejaran por eso de sostener el brillo tradicional que los reputaba algunos de los establecimientos congéneres de otros países como la oficina plantinaria de Amberes.

El asentamiento de la corte en Madrid desde 1563, vino aquí concentrando casi toda la vida nacional, principalmente en los reinos de Castilla. Primero Burgos, después Toledo, últimamente Valladolid, sintieron lentamente el abatimiento de la fuerza vital que se les quitaba. Bajo Felipe III se instituyeron en la corte los Estudios de San Isidro que llamaron á sus aulas toda la juventud aristocrática de España y todos los capigorrones que formaban su comitiva. Este fué un golpe de muerte para nuestras florecientes Universidades, y ni aun Alcalá de Henares con hallarse tan próxima á los linderos de la capital, pudo resistir la ruda competencia. No sólo con esto Salamanca vino por los suelos, sino que su caída arrastró tras sí la de aquella Medina del Campo á cuyas ferias de tradición secular concurrían los libreros de toda Europa con las últimas obras del saber y del ingenio de todas partes.

La vida que las demás ciudades castellanas perdieron poco á poco la fué ganando Madrid: de modo que al segundo siglo de la imprenta, excepción hecha de las ciudades capitales de antiguos reinos, donde hasta el advenimiento de la casa de Borbón todavía se siguió disfrutando del privilegio y de la

inmunidad local, su actividad toda se concentró en la corte. Lejos de venir á fundirse en ella las aspiraciones y los latidos de todas las provincias de la Monarquía, de su centro partió el molde de lo que se había de pensar, saber y querer en toda la circunferencia, y así quedó del todo extinguida aquella múltiple y poética variedad que el cuadro de la imprenta misma ofrece en sus orígenes, al cumplir su primera misión propagandista el apostolado bienhechor que nos vino de Alemania. Pero estas son las leyes del tiempo y los designios de la historia: lo que es mejor y lo que es peor, nadie lo sabe ni acierta á definirlo. El hombre no es más que un instrumento inconsciente de una obra que ni entiende ni alcanza, y el tiempo es quien forma las sublimes síntesis de la historia.

El siglo XVI sumó, á pesar de todo, algunos centenares de impresores ilustres en las mismas ciudades, y en otras de que hemos hablado. Pero no cabe aquí él índice de todos estos insignes artistas de aquel tiempo.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

RECUERDOS

Escribo á gusto estos recuerdos, como he dicho varias veces, por la ilimitada libertad con que los escribo. Libertad en el plan; que más libertad no cabe, que no tener ninguno.

Libertad en el estilo; que es el de una conversación familiar, sin pretensiones de elegancia, ni alardes de corrección, ni miramientos casi con la gramática. Allá van las palabras, á compás del pensamiento, como espontáneamente brotan, sin elegir las más pulidas, ni rechazar las más vulgares, ni atildarlas con los perifollos de la retórica.

Libertad en las fechas; que el recuerdo salta sin orden cronológico de una á otra, avanzando, retrocediendo, retrocediendo más, para dar un nuevo salto hacia adelante de unos cuantos años.

Libertad en el asunto y tanta, que no hay asunto. Agitar el cerebro es lo que hago y coger al vuelo las ideas, que de él van desprendiéndose, si es que puedo cogerlas y no se pierden en el espacio; ni más ni menos que lo que sucede al agitar un árbol en que un enjambre de pájaros se prepara para la *dormida*: que al movimiento del ramaje todos ellos vuelan espantados en todas direcciones.

Esta libertad, mejor dicho, este desorden, que será tal vez desesperación para el lector, es el mayor encanto para mí.

Porque á veces el desorden, ó al menos el desorden aparente, es el verdadero orden de la naturaleza; así de la naturaleza inanimada, como de la naturaleza que se agita y vive.

Se ven batallones de soldados ir ordenadamente en filas, y en columnas, afectando formas geométricas más ó menos regulares; y van de este modo á la muerte, cumpliendo su deber, á no dudarlo, pero con el orden fatalista de ciertos deberes impuestos por la disciplina social.

Pero no se ven cruzar por el cielo bandadas de pájaros, ni formando batallones, ni regimientos, ni por filas de igual número, ni por líneas paralelas. Es que van á la vida, y la vida es el movimiento espontáneo.

O si afectan formas regulares en su marcha es en casos particularísimos, y sólo ciertas especies sometidas á cierta disciplina social, como antes decíamos.

Lo común es que los pájaros crucen por el espacio en todas direcciones, sin orden ni concierto, como cruzan por mi cerebro los recuerdos, pájaros espantados de sus celdillas grises, que son sus nidos, por la fuerza agitadora de mi voluntad.

Claro es que en la naturaleza todo desorden es aparente, y que lo más desordenado está sujeto á ley. Que si un pájaro vuela hacia la derecha y otro hacia la izquierda, algún motivo hay para que tomen direcciones opuestas. Que si al sacudir mi cerebro, para que salten recuerdos, como saltan los granos de una granada de su alvéolo, un recuerdo salta y otro se queda, por algo será también; pero cuando las causas de las cosas son muy complejas, y por su complejidad escapan á nuestro cálculo y á nuestra previsión, decimos que son hechos casuales y encubrimos nuestra ignorancia atribuyendo al azar, que es la última, en cierto modo, de las entidades escolásticas, lo que es resultado de leyes fatales ó de instintos más ó menos espontáneos, ó quizá de voluntades completamente libres pero no indiferentes. De todas maneras, hay que atenerse á la costumbre y adoptar el lenguaje común; y por

eso digo, que mis recuerdos acuden al papel desordenada y caprichosamente.

Ni sé lo que en el artículo anterior dije, ni sé lo que en éste diré: saldrá lo que saliere.

Recuerdo que en mi último viaje á Granada, que ha sido muy reciente, fui á parar al hotel de los Siete Suelos (no sé si son suelos ó pisos, pero la diferencia no es grande). Todo el mundo sabe que está situado en el centro de aquellos maravillosos jardines que rodean la Alhambra. Arboles frondosísimos dan sombra al Hotel, y á la caída de la tarde, ó, mejor dicho, al empezar la noche, oí un ruido extenso, prolongado y continuo, como si sobre el follaje estuviese cayendo un gran aguacero. Y sorprendiome esto muy mucho, porque el cielo había estado y estaba despejado del todo, con aquel divino azul del cielo granadino.

Me asomé á la ventana, procuré enterarme, y no había tal aguacero: es que millares de pájaros estaban revoloteando con vuelos cortos entre ramas y hojas, preparándose, como antes dije, para *la dormida*. El ruido fué cesando poco á poco; los animalillos iban colocándose á su gusto; y cuando todos ellos, ó sobre una rama, ó contra una hoja, ó en una horquilla, fueron encontrando su camita para aquella noche, el ruido cesó del todo.

Un momento después vinieron unos chicos, empezaron á tirar pedradas á los árboles, y empezó de nuevo el aguacero.

Yo también voy á mi modo á tirar pedradas para que despierten mis recuerdos y empiecen sus desordenados revoloteos. Con lo cual bien pudiera decir: «Agua va.»

*
* *

Parece cosa demostrada, que no se puede vivir sin comer, que con una escasa alimentación las energías son escasas,

sobre todo cuando el desgaste físico ó el trabajo moral del organismo es grande.

Salvo el oxígeno que por los pulmones penetra, no parece que el hombre haya sido creado para alimentarse directamente de la atmósfera, como en gran parte hacen los vegetales con el oxígeno, con el ácido carbónico, con el vapor de agua y con el ázoe, según afirman algunas teorías recientes.

Sin embargo, algo debe haber aquí que todavía se ignore, porque es lo cierto que yo, en Almería, me mantuve casi del aire, sin que mis fuerzas decayesen ni se agotasen mis energías, ni jamás me sintiera débil ó anheloso.

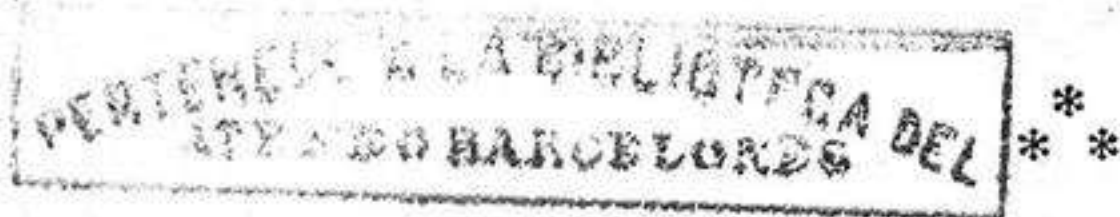
Yo almorzaba, y vaya todavía de literatura naturalista, un huevo frito y una mediana chuleta. Comía un plato de sopa y una pequeña cantidad de carne. Ni me desayunaba, ni merendaba tampoco, ni cenaba nunca, y no probaba el vino.

Vayan apuntando estos datos los fisiólogos y cuantos se ocupan de la dinámica de la máquina humana. Que sólo como datos, ó si se quiere como documentos humanos, los someto á su consideración, y los someto sencillos, descarnados, escuetos, sin adornos literarios de ninguna especie.

No sujeté á peso y medida la cantidad de mis alimentos; pero creo firmemente que no pasarían mucho de medio kilo ó kilo y medio en veinticuatro horas.

Pues á pesar de todo, como he dicho antes, mi salud era perfecta, el desgaste por el trabajo intelectual bastante grande, y aun ocasión tuve de probar mi resistencia física, que resultó enorme.

Téngase en cuenta que no hablo de fuerzas impulsivas, hablo de fuerzas resistentes, y de mi fuerza resistente allá va una prueba.



Ello fué, que tuve que hacer una visita al valle de Canjáyar para informar en una cuestión de aguas. Salí á caballo á

las seis de la mañana, creyendo que llegaría á tiempo de almorzar en el pueblo, y, por lo tanto, salí sin tomar desayuno: primer dato importante.

Como no conocía el camino, sirviómeme de guía un peón caminero, y así emprendimos al amanecer nuestra caminata por aquellas endiabladas y revueltas ramblas, en que nunca pude orientarme. Verdad es que muy pocas veces, dos ó tres á lo sumo, se me ofreció ocasión de visitarlas, porque nunca me alejaba á gran distancia de la capital. ¿Para qué? Mi servicio de carreteras era de una legua.

Marchábamos, como digo, yo á caballo, y á mi lado el peón caminero. Yo, distraído; él atento al camino: y cara me costó la distracción, y la atención de nada sirvióle.

Dos ó tres horas de marcha llevaríamos, cuando oí que me decía: «Siga el señor ingeniero *por ahí*, que yo voy á tomar un atajo y en seguida nos reuniremos.» Esto dijo; yo medio lo oí, y él se metió por entre unas rocas y desapareció de mi vista.

Conforme me había dicho, ó conforme yo había creído entender, seguí adelante á paso corto, es decir, que continué caminando por la rambla en que nos hallábamos al separarnos.

Marché y marché lo menos tres horas distraído con mis recuerdos, que recuerdos tenía también, aunque no tantos como ahora; pero en calidad y poco interés para el lector, allá se van unos con otros.

Iba yo pensando, como siempre, en Madrid, en las noches *del Real*, cuando sentados en las delanteras *del paraíso*, entreteníamos los entreactos mi profesor, D. Angel Riquelme, mi profesor también D. José Morer y yo, *resolviendo de memoria problemas de geometría*. ¡Qué entretenimiento tan original para un teatro de ópera seria!

Pues así era, y aquello sí que era *un verdadero paraíso* para mí: entre dos actos de una partitura cantada por la Frezolini, por la Alboni ó por Ronconi, unos cuantos problemas de geometría.

Un verdadero emparedado de matemáticas con tapas de ópera italiana, y perdóneme el lector lo atrevido de la imagen.

Es lo cierto que las tales noches parecíanme deliciosas: nadie lo creerá; pero estos recuerdos son para mí recuerdos perfumados con no sé qué misteriosa poesía, por más que reconozca espontáneamente, que perfumes del paraíso del Teatro Real han de ser sospechosos para gente prosaica de suyo ó materialista por costumbre.

Sí, lo repito: yo me he entretenido durante muchos años resolviendo problemas de geometría en el paraíso del Teatro Real con mi buen profesor, nunca olvidado, D. Angel Riquelme, y con mi queridísimo profesor de entonces, compañero después y amigo del alma siempre, D. José Morer.

D. José Morer. ¡Qué espíritu tan noble, qué amigo tan bueno y tan cariñoso para mí, qué inteligencia tan soberana!

No he conocido en España quien tuviera, ni con mucho, el talento matemático de D. José Morer. Si España fuera Francia, pongo por caso; si la atmósfera científica de nuestro país fuera otra; si existieran estímulos que no existen, y José Morer hubiera podido dedicarse de lleno al cultivo de las ciencias matemáticas puras, su nombre sería hoy conocido y respetado en toda Europa.

Su inteligencia era (y es) toda luz: lo que el veía, y veía mucho, veíalo con claridad deslumbradora, con precisión infalible, y sobre todo, con sencillez admirable.

No era una inteligencia difícil y trabajosa; era una inteligencia rápida y segura: en el centro más oscuro del problema fijaba su vista, y era como si clavase un rayo de luz: el problema quedaba resuelto.

Yo no olvidaré nunca sus lecciones de *geometría descriptiva y de sombras*, que para él eran luces; ni su curso de *perspectiva*; ni unas cuantas admirables lecciones de *cosmografía*, que en el segundo año de la carrera tuvo ocasión de explicarnos.

Entraba yo más á gusto en su clase que si hubiera ido al

estreno de un drama, porque el drama podría ser bueno ó malo, pero las lecciones de José Morer, en el orden científico, eran la hermosura y la perfección misma.

¡Qué le importaban á él las obras de texto, que eran francesas, porque el libro francés era el que entonces prevalecía! El explicaba las cosas como las comprendía: reduciéndolas á sus términos más sencillos, y al mismo tiempo más fecundos y más generales.

Con aprender una lección suya, se había dominado la mitad de la asignatura.

Pero es que su talento ha sido, y es, porque todavía vive para gloria del Cuerpo de Caminos y alegría de sus discípulos y amigos; su talento es, repito, verdaderamente universal.

Lo mismo reducía la música á fórmulas, ante las cuales se quedaba asombrado Barbieri; que aprendía él solo, ó casi sin maestro, en un invierno, mientras estuvo dirigiendo las obras del canal de Isabel II, á hablar y escribir el inglés; que resolvía en el paraíso del Teatro Real un difícilísimo problema de geometría; que creaba toda la distribución de aguas de Madrid, ó que por entretenimiento leía y abarcaba las leyes generales de la Economía política.

¡Qué desdicha la de nuestra España! Pasan y pasan hombres eminentes, sin que se enteren más que unos pocos amigos de sus altísimas facultades y de su genio creador.

Luego desaparecen, y el tiempo echa sus negros velos y sus crueles olvidos sobre inteligencias de primer orden, que debieran vivir en plena luz en las páginas más gloriosas de la historia patria.

Un solo defecto tiene D. José Morer: una modestia excesiva, no dar importancia á lo que hace, imaginar que lo que á él no le cuesta trabajo no vale la pena ni de ser escrito ni de ser conocido. Y es el caso que ni en la teoría ni en la práctica del ingeniero hay para él nada difícil.

¡Cuántas veces, durante mi carrera, he ido á consultarle sobre cuestiones de tal ó cual asignatura! Porque él las domi-

naba todas; y las dominaba sin esfuerzo, sin violencia, como la cosa más natural y más baladí, como el que ve una luz y la mira y sabe que es luz.

¡Y cuántas veces, entre conversaciones, sobre cualquier otro objeto ó tema, me explicaba cosas que luego repetía yo en clase con asombro del profesor y que me valían más de una nota de sobresaliente!

¡Oh, yo tengo buena memoria para todas estas cosas, sobre todo cuando á mi memoria la estimulan la admiración y el cariño! Todavía recuerdo que fui una tarde á su casa para consultarle sobre una lección de la clase de Stereotomía, y que él, con sus alegrías de siempre, me interrumpió diciéndome:

—Todo eso no vale nada. V. no ha oído á Ronconi: esta noche canta *Maria di Rohan*: es un asombro; no deje V. de ir.

Y me dió una localidad.

—Muchas gracias—insistí yo;—pero, ¿y la lección de mañana? ¿Y si me la pregunta el profesor?

—No se apure V.—me contestó;—yo se la explicaré en diez minutos.

Y en diez minutos me explicó toda la solución del problema general del corte de piedras por la teoría de las líneas de curvatura.

En diez minutos de conversación con mi querido maestro había sacado yo casi un curso entero, y además un asiento del teatro del Circo para oír á Ronconi.

Y así era siempre: inteligencia tan noble, tan poderosa, tan juguetona con las dificultades, no la he conocido.

No será esta la última vez que hable de mi queridísimo profesor, que tanta admiración y tanto respeto debe inspirar á quien le conozca, y sobre todo al que se honre llevando el título de Ingeniero de Caminos.

Sólo espíritus estrechos ó mezquinos, ó apretados por la zarpa de la envidia, pudieran negar la evidencia y salpicar de tinta negra lo que es todo luz.

*
* *

Pero iba perdiéndome en esta digresión, como iba perdido por la rambla; y como ahora me distraigo con estos recuerdos de aquellos recuerdos, así marchaba distraído recordando mis noches del Real en que, por manera que á muchos parecerá extraña, mezclaba mis aficiones líricas con mis aficiones geométricas.

Horas y horas pasaban sin que yo me diese cuenta del tiempo, y ya llevaba resueltos de memoria dos ó tres problemas, de aquellos que en el paraíso del clásico coliseo más nos ocupaban á mis profesores y á mí, cuando caí en la cuenta de que, no habiendo tropezado con mi guía, él ó yo nos habíamos extraviado, desde aquel momento en que, por determinación suya, tomamos caminos distintos.

Al fin me encontré con un labrador, que en dirección contraria venía, y le pregunté con la mayor naturalidad, aunque por dentro no dejaba de preocuparme la contestación que iba á darme:

—Dígame V., ¿falta mucho para Canjáyar?

El hombre me miró sorprendido, y me contestó con esta admiración:

—¡Pero si el camino que sigue V. no es camino para Canjáyar! Si va V. en dirección contraria.

—Ya lo sospechaba — le dije; — pero de todas maneras le ruego que me indique por dónde debo tomar para ponerme en buen camino, que yo, por más que miro, no veo cómo he de salir de esta rambla.

—Venga V. conmigo — me replicó; — pero le advierto que hay para dos ó tres horas de marcha.

Dí media vuelta al caballo y emprendí con mi nuevo guía una retirada no muy peligrosa, pero tampoco muy brillante.

Cuando llegamos al punto en que me había separado del peón caminero, me señaló el labriego una senda, que por una de las laderas de la rambla subía, que yo hasta entonces no había notado, y que era sin duda la que el peón caminero ha-

bía querido señalarme, cuando me dijo: «Siga V. *por ahí*, que yo le saldré al encuentro por un atajo.»

Le dí las gracias al enderezador de mis entuertos; enderecé ó torcí la marcha por la senda arriba, y, preguntando á unos y á otros, llegué á las tres de la tarde á una especie de casucha, con pretensiones de venta, en la que me estaba esperando hacia largo rato, ó por mejor decir hacia muchas horas, el peón caminero, en extremo alarmado por mi tardanza y muy temeroso de que yo le riñese.

No le reñí, que no hubiera sido justo; ¿qué culpa tenía el pobre hombre de mis distracciones, ni de mis recuerdos, ni de mis problemas de geometría?

El ya había comido en la venta y me invitó á que hiciera lo mismo, pero yo no quise.

Pensé que en aquel ventorro comería muy mal; que en la casa de Canjáyar, á que iba á parar, comería mucho mejor, porque era una de las principales del pueblo, y no quise estropear una buena comida por adelantarla unas cuantas horas que, después de todo, podían servir para dar nuevos estímulos á mi apetito.

—¿V. ha comido ya?—le dije al peón caminero.

—Sí, señor—me contestó él.

—Pues bueno, que le echen un pienso al caballo y seguiremos nuestro camino. Yo no tengo hambre.

Hambre sí tenía, porque desde el día antes á las ocho de la noche no había probado bocado; pero ya he explicado el cálculo sibarítico que tenía hecho para aguzar el apetito: unas cuantas horas más de marcha y la perspectiva de una buena comida, que resultó cena.

Así lo hicimos y media hora después seguimos nuestra jornada.

El pobre peón caminero estaba aturdido: dos veces perdió el camino y dos veces dijo que lo había vuelto á encontrar.

Yo entretanto iba entretenido con un nuevo problema, que

en el fondo venía á ser el que ha planteado la escuela inglesa, *sobre el cálculo del máximo placer*.

Yo no había estudiado todavía más que matemáticas y aquellas ciencias que con la ingeniería se relacionan. Ni sabía una palabra Economía política, ni de lo que hoy se llama Sociología, ni había leído á Bentham, ni había tenido ocasión de estudiar en la moral utilitaria, aquellos libros que pudiéramos llamar *del egoísmo matemático*. Y, sin embargo, mientras el peón caminero iba perdiendo y encontrando nuestro camino, mientras mi caballo marchaba lentamente y la tarde caía, yo forjaba con método matemático aún más perfecto que el de la escuela inglesa, y perdonésemme este rasgo de vanidad, toda una teoría egoísta, cuyo problema único era éste: combinar nuestros actos de modo, que resulte la máxima suma de placer en un período determinado de la vida, por ejemplo desde los veinte á los sesenta años.

El punto de partida no fué otro, que el que hace poco indicaba. Renunciar á la comida de la venta con la esperanza de una comida mejor, tras cuatro ó cinco horas de espera; comparar numéricamente la molestia, ó llamémosle *dolor presente, con el placer futuro*, y hecha la comparación escoger, la cifra más elevada para el goce, es decir, el *placer máximo*.

Afirmaba yo, que es un buen cálculo de egoísmo, renunciar á un placer del momento á cambio de un placer mucho mayor en tiempo venidero. Y comparaba los placeres á las letras de cambio y á los efectos de comercio, que en la actualidad representan *un valor* y que van aumentando este valor actual con la acumulación de intereses.

En los placeres físicos ó morales la *esperanza* representa el *interés*, y un buen cálculo egoísta ha de tener en cuenta, al hacer los balances, el valor de hoy, el valor de mañana y los intereses compuestos.

Yo no recuerdo todo lo que á este tenor fui fabricando; pero recuerdo sí, que tenía en mi cabeza una serie de axiomas, teoremas y corolarios ordenados en forma matemática y capa-

ces de servir de base á todo un libro, cuando á las seis de la tarde, dominando una montaña, dimos vista al valle de Canjáyar.

*
* *

El valle es delicioso y más delicioso parece cuando se domina desde gran altura y cuando se le ve alumbrado por los rayos del sol poniente.

El recuerdo que en mí dejó fué vivísimo, y los rasgos generales no se han borrado en mi memoria; sobre todo los rasgos geométricos.

Dos montañas muy altas y muy largas de color oscuro, ó que oscuro me parecía, por los contrastes de luz, formaban la caja del valle y en el fondo un río, un verdadero río de verdura: dicho esto sin alarde poético y sin pretensión de repetir una vez más imágenes vulgarísimas.

Todo el fondo del valle, de un extremo á otro, en todo lo que alcanzaba la vista y en toda su anchura, era verde, muy verde, como si corriesen por él olas de esmeralda líquida, precipitándose turbulentas de su origen á su fin, insinuándose por los valles transversales, subiendo por las cañadas y dibujando algo así como una línea de nivel, cual pudiera haberlo hecho una masa líquida.

Yo no podré decir, ni cuales eran los cultivos del valle, ni qué árboles frutales dominaban: mis recuerdos son de conjunto: las dos laderas, el fondo de un verde brillante y ondulado y la línea de nivel dibujada constantemente con caprichosas curvas.

Al día siguiente, cuando recorría el fondo del valle, fui casi de continuo bajo interminables emparrados, ó á través de bosques espesísimos de frutales, teniendo que salvar á cada paso los cien brazos de ríos y riachuelos, que bajo toldos verdes se deslizan.

Ya estábamos en lo alto de una de aquellas montañas; pero era preciso descender al valle, y mi guía, que resultó no serlo, se atortolaba cada vez más y no encontraba la bajada. La noche se iba echando encima, caminábamos por laderas imposibles, ya habíamos perdido toda senda, y no sé cómo, por milagro tal vez, entramos á las once de la noche en el pueblo.

*
* *

Y aquí enlazo la serie de mis ideas, después de haberla perdido más veces que perdí aquel día mi camino, con lo que al principio de este artículo afirmé respecto á mi resistencia inverosímil.

Veintisiete horas hacía que no tomaba alimento: de estas veintisiete horas, lo menos quince había estado á caballo; sin embargo, y juro que no es baladronada, que ya de nada podría servirme, porque aquellos tiempos están muy lejanos, ni sentía debilidad, ni experimentaba cansancio.

Tenía hambre: un hambre franca y sana, sostenida con la esperanza de una buena cena y acrecentada con todo el cálculo de intereses que fui haciendo por el camino.

Pero nada más: ni molestia, ni dolor, ni abatimiento. Lo que parece inverosímil, lo que yo no creería si otra persona me lo contase, lo que, sin embargo, era perfectamente exacto; porque al fin y al cabo ni tengo para qué engañarme á mí mismo, ni para qué engañar á mis lectores.

Y vaya V. á fiarse de las apariencias. Yo era delgado, muy delgado: mis fuerzas eran menos que medianas: el repuesto de grasa, nulo: la costumbre de fatigas físicas, nula también: ¿pues de dónde diablos procedía aquella resistencia? ¿Es que el aire libre del campo y de la montaña me estuvo suministrando durante diez y seis ó diez y siete horas, oxígeno, hidrógeno, car-

bono y ázoe, y que me estuve alimentando todo este tiempo como se alimentan los vegetales?

La ciencia podrá explicar este y otros fenómenos, andando el tiempo: hoy no veo manera de explicarlos.

*
* *

Mis cálculos de moral utilitaria, y Dios me perdone si profano esta palabra *moral*, resultaron exactísimos: la cena fué excelente: los dueños de la casa, personas finísimas, ni me obligaron á comer más de lo que mi apetito exigía, ni se empeñaron en que comiese queso y más queso, como aquella buena señora de los *tobendos*, de que hablaba en mi artículo anterior.

En suma, fué una cena deliciosa y de las que no olvidaré nunca.

Es que no hay cosa para acrecentar los capitales como el interés compuesto, ni hay nada para acrecentar el placer, como un buen interés compuesto sobre acumulación de esperanzas, al menos cuando la liquidación final se hace como exigen las reglas del cálculo.

Al día siguiente resolví la cuestión de aguas á que estaba llamado: una verdadera ridiculez: pasioncillas de pueblo: luchas de caciques.

Había que señalar para una acequia un trayecto de veinte ó treinta metros y el trayecto estaba de antemano marcado: era la intersección de un corte del terreno con el terreno inferior: algo así como el ángulo entrante de dos escalones. Aquella era la línea y no podía ser otra: las dos partes interesadas lo reconocieron lealmente.

—Pues por ahí:—dije yo, señalando la línea en cuestión—no hay que trazarla; está trazada: ni se necesitan jalones, ni

piquetes siquiera: por donde Vds. dicen: por ahí tienen que ir los veinte metros de canalizo.

Y para dar este informe ó para resolver en este juicio sumarísimo y verbal, me habían obligado á estar sin comer veintisiete horas y á cabalgar durante quince; á perderme tres ó cuatro veces; á exponernos el peón y yo á rodar muchas más; á resolver unos cuantos problemas de geometría, y á fabricar todo un tratado de moral utilitaria.

Aquel mismo día emprendí mi viaje de regreso y á la caída de la tarde volví á mi cuartel general.

*
* *

Cuartel general, cuartel de invierno y bien tranquilo: cuartel en tiempo de paz.

Como antes era, así continuó mi vida de ingeniero en Almería: descanso prolongado: monotonía indefinida: uniformidad absoluta. Un viaje á pocas leguas de la población para marcar un canalizo de veinte metros y que por añadidura estaba marcado de antemano, era un acontecimiento que hacía época en aquella mi existencia desteñida, pálida y soñolienta. Y andar perdido por las ramblas tres ó cuatro horas, era una conmovedora aventura, que todavía no se ha borrado de mi memoria.

Cuando un lago está tranquilo, muy tranquilo, cuando no lo riza ni una ola siquiera, cuando el sol lo aplana y parece que lo estiran por las cuatro puntas para que esté más terso, una piedra que se arroje en el centro y una pequeña ondulación que por el lago se extienda en línea circular hasta ir á morir en las orillas, es un acontecimiento importantísimo, y más se nota sobre la superficie del lago y con más distinta individualidad, que todo un oleaje tempestuoso.

Por eso sin duda los más pequeños accidentes de aquella

época de mi vida, se han quedado grabados en mi memoria con tan perfecta claridad. Ningún otro accidente los confunde, los borra, los enturbia ni con ellos se mezcla.

Son pequeñas olas solitarias, que lentamente avanzan, destacándose sobre un fondo de absoluta inmovilidad.

No sería así, si aquel período de mi existencia hubiese sido turbulento. En los grandes oleajes, cuando las olas se precipitan y se atropellan y se confunden, y todas son gigantes, y unas rompen en espuma, y otras son tan altas como las que les precedieron, y tan altas como las que vienen detrás, quedará memoria del conjunto tempestuoso, pero se borrarán los accidentes.

Y es lo cierto, que nada me sucedió en Almería digno de contarse por extraordinario; razón por la cual, y siguiendo la escuela moderna, lo voy contando todo y seguiré contando sucesos tan interesantes y aventuras tan extraordinarias, como las referidas hasta aquí.

Dicen que mis dramas son feroces, tempestuosos, que en ellos domina lo terrible y lo extraordinario.

Quizá sea cierto, pero si lo es, bien puede decirse, que es la natural compensación de aquel período de mi existencia, que voy refiriendo, en el cual salí escarmentado para siempre *de lo natural, de lo sencillo*, y de cuantas vulgaridades tejen la trama común de la vida.

¡Cuántas cosas insustanciales! ¡Y sin embargo no he olvidado ninguna!

Referí algunas, y voy á referir otras.

Por ejemplo, *un viaje por mar* á Cádiz y Sevilla, desde Almería. Y por fin, *unas tercianas* cogidas en aquellas ramblas semi-africanas ó que me cogieron á mí con tan buenas zarpas, que para hacer que me soltasen, fué preciso acudir al arsénico y fué preciso nada menos que la sublevación de O'Donnell y toda la revolución del 54.

En el bienio progresista, puede decirse que acaba el primer período de mi vida, de lo que pudiera llamar mi vida pri-

vada, y empieza á dibujarse lentamente, muy lentamente mi vida pública.

Mis aficiones al teatro se acentúan.

No escribí ningún drama, pero ya me asaltó el deseo de escribirlos; y como á todo deseo acompaña una esperanza, la de que alguna vez podría escribir para el teatro, comenzó á alborear en mi espíritu.

Pero no anticipemos los sucesos. Por ahora estamos en mi primer viaje á Cádiz y Sevilla y en mis primeras y únicas terciadas.

Como ven mis lectores, la materia para el próximo artículo no puede ser más interesante.

José ECHEGARAY.

CRONICA INTERNACIONAL

Los revolucionarios y la revolución en España.—Recuerdos queridos.—Meditaciones religiosas.—El Congreso católico de Lisboa y el Cardenal de Valencia.—Fenómenos sociales.—Tolstoi como pensador.—El gozo de vivir.—Los discípulos prácticos de Tolstoi.—Disolución de su comunidad.—Los problemas orientales.—El problema de Macedonia.—China y sus protectores.—Discurso de la reina Victoria.—Colisiones de despatchados contra la República francesa.—Los liberales y los conservadores británicos.—Conclusión.

I

Nos aturden mil voncigleros la cabeza con el grito de revolución, proclamada como salud única del pueblo, y pedida, sin tregua ni descanso, á toda costa y á toda prisa, para salvarnos y redimirnos. En verdad, no me asombra tal fenómeno. Hemos debido tantos bienes á las revoluciones violentas y experimentamos todos con tal verdad sus efectos, que no puede maravillarme la confusión, ó el trabuque por lo menos, del método antiguo de mejorar las sociedades siervas con el método contemporáneo de mejorar las sociedades libres. Mas pedir hoy la revolución, estando en posesión del derecho, parécese á la extravagancia de quien pidiera, en huerto lleno de frutales cargados de frutas, para comerse y saborear éstas, la semilla ó la raíz ó el injerto de donde proceden. ¿Tenéis confianza en los derechos individuales? Pre-

gunto yo á los revolucionarios. Si tenéis confianza, dejad á su virtud la obra del progreso. Ellos formularán el ideal progresivo en las altas cumbres de los espíritus superiores, y luego lo transfundirán al pueblo, concluyendo por convertirlo en vida y en realidad social. Pero si, por nuestra desgracia, os domina el pesimista y triste sentimiento de una irremediable desconfianza respecto del derecho, renunciad á llamaros, no ya demócratas, ni aun liberales, porque todo el toque de la libertad y de la democracia está en fiar el cumplimiento de los bienes posibles á la eficacia del apostolado pacífico y al ejercicio de la discusión libérrima. Mas no hay que creer á los revolucionarios de oficio. Para engañarnos á los demás con verdadero arte, comienzan por engañarse á sí mismos ellos con verdadera sinceridad. Dicen que desconfían de la libertad con los labios; pero, mal de su grado, confían en la libertad allá dentro del corazón. Y la prueba de su confianza está en que hablan mucho de la revolución y no hacen por la revolución hoy cosa ninguna. Guardo yo en mi memoria un caso, que traigo á colación en cuanto me doy de manos á boca con un revolucionario, porque caracteriza las revoluciones platónicas. Tenía yo un amigo, muy elocuente y sabio por cierto, que aseguraba por su honor encontrarse de acuerdo conmigo en la evolución, y á quien se le iban los ojos tras las revoluciones. Yo, que nunca he querido á mi lado correligionarios forzosos, y que creo deben fundarse los partidos para tener fuerza dinámica, y no mecánica tan sólo, en las grandes convicciones, lo echaba con suma cortesía de mi lado, diciéndole cómo le tocaba estar, no con los pacíficos apóstoles de la evolución lógica y serena, con los revolucionarios de pelo en pecho dados á comerse cada día un niño crudo y un cura coriáceo en cafés, ó redacciones, ó círculos. Con efecto, movido por sus impulsos y por mis advertencias, levantóse un día en el Congreso, y se declaró francamente revolucionario. «De la revolución vengo, exclamó; en la revolución me hallo, á la revolución voy.» Era una tarde calurosa del mes de Julio, cuando pronunciaba estas palabras de

fuego el ardiente orador. Y al acabar, dándole yo con efusión la enhorabuena por haberse apartado de mi partido, hícele la siguiente profecía, que se cumplió al pie de la letra, como hayan podido cumplirse las profecías de Daniel. «¿A que no se va V. á la revolución; á que se va V. á los baños?» Y en efecto, se fué á los baños. Allí encontraría el agua que apagó su fuego revolucionario, pues no lo he visto en revolución alguna. Para mí, los revolucionarios de ahora prefieren al progreso el combate, y á la idea progresiva la violencia guerrera, pareciéndose así á todos los políticos violentos y batalladores, desde los carlistas del Norte hasta los filibusteros de Cuba. Pero dejémoslos estar: á medida que crece la libertad en el mundo, mengua la revolución. Todo el trabajo de los universales progresos ha consistido en sustituir á una sociedad guerrera, como las sociedades antiguas, una sociedad industrial y mercantil, como las sociedades modernas. Y por lo mismo, las revoluciones verdaderas y fecundas, ó las hacen todos, ó no las hace nadie. Así, nunca se habló más de revolución que ahora, y nunca se hizo menos; sucediendo esto por la plenitud entera de derecho en que nos hallamos, la cual deja primero libertad al pensamiento y al propósito, y después á la inercia social para resistirlos y rechazarlos, el supremo bien de estrellarse, cuando son atípicos, contra el sentido inconsciente, pero soberano é incontrastable, de verdadera conservación, que tienen todos los pueblos del mundo. Ahora, los revolucionarios de la izquierda en España, ó hablan, ó escriben; pero nada en verdad hacen, porque nada pueden hacer: en cambio conspiran siempre los carlistas militantes, esos revolucionarios de la derecha, y se alzan en armas los separatistas cubanos, esos revolucionarios verdaderos y prácticos. Pero ¿qué me decís de una revolución cuyas únicas obras han sido estos días la tentativa en Valencia, y Tudela, y Castellón, y Segorbe de retraer á nuestros heroicos y mártires soldados del cumplimiento de un deber tan rudimentario como la prestación de sus servicios á la madre patria? Y hay algo más extraño que

todo esto: el proceder de aquéllos, dados á predicar la revolución de continuo, á roso y belloso, como única salud, y que luego, cuando las consecuencias de su predicación brotan, ya en intentonas graves, como las de Madrid el célebre 19 de Setiembre, ó ya en intentonas ligeras, como la hoy frustrada en Valencia, se declaran dolorosamente sorprendidos ellos mismos, y declaran adversarios de la revolución á los únicos que la cumplen y que la practican. Pasemos á otro asunto.

II

Se han celebrado en Barcelona los funerales del célebre Pitarra, de quien os tengo hablado en otras correspondencias. Profesé á *Pitarra* toda mi vida, con afectos de una inextinguible amistad, afectos de una constante admiración. Poeta nacido del pueblo, al pueblo consagró su inspiración inagotable y continua. Nadie tan catalán como Serafi en el amor á la región hermosísima, y nadie tan español en el amor á la patria común. Escribió las dos lenguas, la materna y la nacional, enseñoreándose de ambas. Al concederle nuestro primer instituto literario el premio guardado para el mejor drama representado el 88, Menéndez y Pelayo y yo pusimos tenaz empeño en que lo tuviera el admirado poeta, cuyo genio se nos aparecía con los destellos de un lucero brillando en los cielos de nuestros tiempos. El carácter lemosín de su compleción psíquica resalta en toda su grande obra literaria. Pitarra ostentaba mucho del estro épico con que han lucido los grandes poetas de la Provenza medioeval, junto á ese antiguo estro satírico que ha hecho reir á sus conciudadanos con risa inextinguible. Cuando tallaba composiciones dramáticas en esce-

nas evangélicas de nuestra religión, ó en hechos heroicos de nuestra Cataluña, ó en tradiciones sublimes de nuestra España, sus obras tomaban, por lo amplio del estilo y por lo alto de la entonación, caracteres épicos; mas cuando ponía en escena lo cómico, por la vida de todos tan frecuente, sus ironías, atávicas en él, herencia de su raza y familia, pegaban risas ruidosas á todo el mundo, las cuales hacían de la representación de sus obras ligeras una fiesta continua. Yo no conozco nadie que se le parezca tanto como Clavé, músico popular y poeta; regional en sus bellos idilios puestos sobre las orillas del Ter y del Llobregat, y al mismo tiempo nacional como nadie, cuando invita para que vayan á morir por la patria común en Africa, los descendientes de aquellos almogávares, que iluminaron la noche de los siglos medios con las centellas de sus espadas, cuyo corte saliera del contacto con los pedruscos catalanes; liberal y demócrata, y republicano convencidísimo, pero reconociendo y proclamando que la república debe huir del socialismo, siempre reaccionario, y de la revolución sistemática, opuesta del todo á la libertad y el derecho. Duerman en paz los dos grandiosos genios.

III

Pero al despedirse de tantos amigos para siempre, ¿no se queda uno más entregado á sí mismo y más solitario cada día? Y al encontrarse más solitario cada día, ¿no se repliega uno dentro de la conciencia, é interroga los misterios, extendidos, como una sombra gigantesca, en el espíritu y en el espacio? Buscamos la paz, y por todas partes la guerra estalla. Queremos afirmar y creer, cuando no hay punto en la vida que deje

de alzarse por sí mismo sobre una contradicción irreductible. Cada sol va engarzado en su respectiva sombra. El concierto de las esferas enmudece al silencio de lo infinito. Nuestro planeta, lleno de vida, va desposado por la inmensidad con luna envuelta en sudarios de muerte. Imposible afirmar la justicia, sin afirmar la idea contraria; é imposible comprender la hermosura, sin que, tras sus líneas armoniosas y su faz serenísima, reaparezca la fealdad haciendo una sarcástica mueca de befa ó menosprecio. La imaginación pone ninfas bellas en los cristales del arroyo ceñido por sus márgenes de violetas y luciérnagas, como pone desdentadas brujas horribles en los abismos de la noche y en los espantos de la superstición. El tálamo de todo placer y la mesa de toda orgía se levantan sobre losas de sepultura. Por tanto, no podemos mirar á nuestro Dios y su gloria en el cielo, sin que inmediatamente sintamos el infierno hervir bajo nuestras plantas con su maldito diablo. Así la muerte y el amor se juntan. Mientras la una mata, el otro crea. Y sin embargo, en el fondo son lo mismo. Y el velo de la desposada se asemeja más de lo que parece á la sábana del cadáver, y el nacimiento con sus lloros y con sus dolores á las postreras agonías del moribundo: que así misteriosamente se identifican los contrarios. Tono grave y agudo en la música, sombras y luz en la pintura, desafinidades y afinidades en la química, repulsiones y atracciones en la mecánica, muerte y amor en el mundo, producen y conciertan á la postre verdaderas y santas armonías. La síntesis entre los principios contradictorios de nuestra vida, muerte y amor, se halla en la inmortalidad. No puede, no, destruirse un solo átomo, sin que perezca todo el universo, y menos podrá destruirse la idea, más vividera que un átomo, y el espíritu, mayor todavía que el espacio, pues aquel esclarece á éste con sus pensamientos, más todavía que los soles con sus rayos. La prueba de otra vida se halla en el deseo de vivir eternamente, como la prueba de que supera el bien al mal se halla en que dura y perdura el universo, no obstante

los gases de muerte que emponzoñan toda vida y las fuerzas de exterminio que á todo ser combaten. Estemos seguros de hallar en la inmortalidad los seres queridos que nos ha robado la muerte.

IV

Todos estos pensamientos nos llevan como de la mano á contemplar uno de los mayores hechos trascurridos en estos días, la reunión del Congreso Católico de Lisboa. En este Congreso, que ha presidido el patriarca de Portugal y que ha honrado con su protección el cardenal de Valencia, se han controvertido los mayores problemas y se han sabiamente arbitrado fórmulas de armonía y concordia entre la religión y la ciencia, entre la Iglesia católica y los Estados modernos. Nuestro cardenal Sancha, vivo y nervioso; con su espíritu abierto á todas las ideas; el corazón embargado por intenso cariño á las clases jornaleras; de voluntad activa y en ejercicio siempre; caritativo sin ostentación y bueno sin esfuerzo; más sociólogo que místico y un organizador de primer orden; hacendista y sabio en la intuitiva economía congruente con su ministerio episcopal, pide á los ricos larguezas para los pobres y pide á los pobres respeto y veneración para los ricos, pareciéndose á esos grandes obispos americanos de nuestro tiempo, cuya labor honra tanto al siglo XIX, en que ningún progreso democrático le asusta y creencia ninguna se halla tan arraigada en su ánimo como la creencia de que la Iglesia no debe contentarse con la redención religiosa y la bienaventuranza celestial de los fieles en la otra vida, debe hacerlos felices en esta vida también, procurando el bienestar común y

el mejoramiento de las condiciones sociales, para que todos los ciudadanos entre sí mismos se reconcilien y todos contribuyan á la compenetración del Estado con la sociedad y al concierto de la obediencia indispensable con el derecho natural. Yo me alarmo mucho cuando veo tendencias socialistas en el gobierno y en la política, pues no pueden hacer estas instituciones milagros; y no me alarmo nada cuando veo tendencias socialistas en la religión y en la Iglesia, pues ambas instituciones son las vestales del ideal, y sólo ellas pueden hacer con su predicación de la caridad arriba, que los ricos socorran á los pobres, y con su predicación de la conformidad abajo, que los pobres amen á los ricos.

V

Hay fenómenos sociales de la mayor importancia que aparecen con una extraordinaria fuerza y se imponen sobre los más indóciles al yugo externo con una grande autoridad. Entre tales fenómenos creo de una enseñanza muy aprovechable la extensión y la importancia conseguidas por el socialismo cristiano en todas las iglesias católicas del mundo. Comenzó esta obra de transformación religiosa el Episcopado inglés, dispuesto y vigilantísimo frente á una fuerza tan formidable como la fuerza del episcopado anglicano. Recluidos dentro de los dogmas, no se hubieran sobrepuesto al temperamento religioso que las ideas heredadas y las edades transcurridas han dado al natal temperamento británico. Pero, descendiendo hasta el pueblo, mezclándose con su vida y admitiendo sus penas como propias, embargados tan sólo por la idea de llevar consuelos al dolor de los espíritus y remedios al hambre

de los cuerpos, han mucho camino andado y atraído al seno de su Iglesia innumerables almas. Al clero católico inglés sucedió en este colosal intento el clero católico americano. Mucho han disentido el obispo de San Pablo y el arzobispo de Nueva York en materias canónicas y disciplinarias; pero en la tendencia social no han discordado nada. Y quien mayormente ha contribuido á la erección y robustez de tal obra increíble han sido aquellos laicos y religiosos franceses, que han hecho por la reforma social un esfuerzo análogo al que hicieran en su tiempo Lacordaire y Montalembert por la reforma política. Yo no creo en el socialismo. Cada día más individualista y liberal, no comprendo el Estado-Providencia. Pero creo en que los sacerdotes, consagrados á predicar la caridad á los ricos, podrán más que nosotros y lograrán adelantos del bienestar social, que, nacidos de afectos particulares, contribuyan al bien y al progreso de la humana sociedad universal.

VI

No es cosa tan llana, como suele parecer, un ejercicio continuo del pensamiento á derechas. Quienes no piensan, tampoco yerran. Quienes cosa ninguna imaginan, jamás fantasean. Pero los que visitados á la continua por una inspiración afluyente, la cual diríase del cielo bajada, se dan mucho al pensamiento, contraen la utopía con suma facilidad y el error, convertidos estos en crónicas enfermedades, irremediables al transcurso del tiempo, cuando parecían comenzar por pasajeros achaques. No conozco ningún filósofo tan corroborador por sus obras de tamaña verdad, como aquél á quien pusieron los franceses de moda en sus preferencias forzosas por la

gran Rusia, como Tolstoi, cuyas obras, vertidas á las lenguas de Occidente ahora entre los aplausos de numerosos admiradores, provocan asombro por la magistral factura y repugnancia por los innumerables errores. Imposible desconocer las proporciones épicas de un relato histórico, tan maravilloso como *La Guerra*, y más imposible negar el interés despertado en todos los ánimos por novelas como *La Sonata de Kreutzer*. Al artista no hay que regatearle aquellos tributos de admiración demandados por la estricta justicia. Pero del filósofo y del pensador precisa decir que yerra, y yerra gravemente. Como los comunistas, por exceso de amor al bien, trae Tolstoi el mal sobre la tierra. Queriendo realizar el sermón de la Montaña en toda su pureza, engendra con toda su pravedad el pecado. Parécese á esos infelices aladillos seres, cuyo instinto conservador marra en términos que, para granjearse la luz y el calor, indispensables á su breve vida y á su diminuto cuerpo, se meten dentro de las llamas.

VII

Diga cuanto quiera el pesimista ruso, nada como vivir. Estos resplandores, en que nadamos; el aire vivificador; el suelo fecundo de frutos y flores; la sangre que circula por las venas y el éter que circula por los espacios; la ciencia cargada de ideas y el arte de inspiraciones henchido; el amor y la familia y la humanidad y la religión, como la Naturaleza, convidan á vivir, no sólo en este planeta medio, donde vamos embarcados por lo infinito y hacia la eternidad, en aquella otra metamorfosis aguardada tras la muerte, á que llamamos la vida eterna. Pero Tolstoi se ha empeñado en creer la vida un don

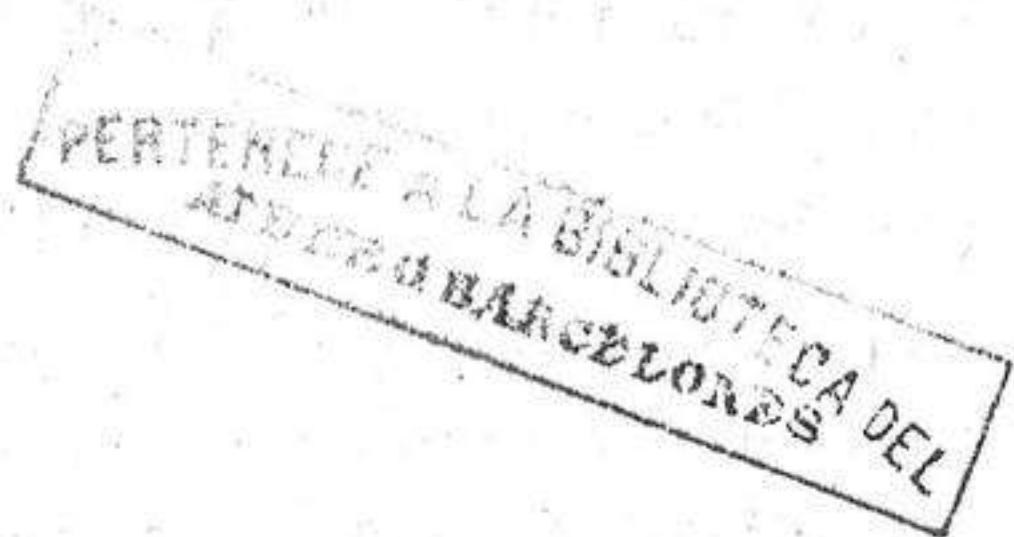
funesto y en predicar la nirvana, ó sea el suicidio universal, para lo que anatematiza el matrimonio, la unión amorosa de los dos sexos, que los humanos creemos generalmente la mayor felicidad posible, y condena la generación por creer él que perpetúa todo mal sobre la tierra, poblándola de seres venidos á esta irremediable desgracia y dolor que se llama vida. Una sociedad sin leyes, ni tribunales, ni gobierno, realizaría el ideal de Tolstoi, que no quiere coacción alguna para el ejercicio de la virtud humana y para el cumplimiento de la verdad evangélica; y un voto mutuo de castidad entre los sexos, atajando la reproducción de nuestra especie, apresuraría la hora del Juicio final, y, por tanto de la eterna bienandanza.

VIII

El mal y el error contagian á las gentes por tal manera que algunos moscovitas, deseosos de hacer la experiencia, fundaron una comunidad de hombres y mujeres, calcada sobre los pensamientos del extraño Tolstoi. Ningún gobierno en ella. Ese organismo del Estado hay que considerarlo como una superfetación monstruosa, producida por la debilidad de generaciones infantiles, que necesitan autoridad y fuerza externas para la interna coexistencia y correlación entre todos sus derechos. Nada tampoco de tribunales. Cuantos tienen propia conciencia, no han menester de ajenos magistrados: la supresión del gobierno se completa con la supresión del juez. Toda ley queda prohibida en la comunidad, á que no daremos el merecido nombre de manicomio. Basta con los códigos naturales y con aquellos aportados al nacer por cada espíritu individual, para que la vida marche como una seda. Pero lo que

precisa condenar ante todo y sobre todo es la egoísta familia, y su fundamento, el matrimonio. La perfección suprema se halla en las mutuas abstenciones de toda relación amorosa entre los sexos. Así la comunidad se lavará del sensual goce, y entrará como espíritu puro en la gloria eterna.

IX



Parece imposible que hubiera quien creyese posible poner por obra y en práctica tal número de disparates, opuestos á todas las leyes naturales y morales del mundo. En Rusia existe una propensión invencible á fundar sectas. Desde los origenistas que acostumbran á mutilarse para extirpar los instintos sensuales, por creerlos opuestos á su perfección, hasta los diabolizantes que traen al diablo del infierno entre ataques de penosa epilepsia, existen sectas numerosas capaces de las mayores extravagancias y adoradoras de las más descabelladas doctrinas. Hubo, pues, allí comunidad á lo Tolstoi. En vez de mormones americanos practicando la poligamia, ó de mujeres indias practicando la poliandria, reuníanse hombres tan forzosamente castos como nuestros frailes, y mujeres tan forzosamente castas como nuestras monjas. Sin gobierno, sin policía, sin magistratura, sin leyes, sin familia, sin amor, sin matrimonio, ¡cuán extraña la vida! ¡Qué sociedad tan absurda! ¡Qué seres humanos tan contrahechos por la utopía y tan opuestos á los hechos en el paraíso por Dios y extendidos luego por la tierra!

Así, era imposible que tal sociedad se fundara; y de fundarse, imposible que tal sociedad pudiera durar. Con efecto, se fundó y no duró. Siendo yo muchacho traté á varios comu-

nistas, aunque siempre me repugnaron sus creencias y sus sentimientos. Mas todos ellos predicaban la comunidad, y no ponían en práctica nunca lo predicado. Así, cansadísimos de teorizar, fundaron su convento comunista y decidieron que dirigiese cada cual sucesivamente la comida del día y comieran todos en común á gusto del director de cocina que les tocara en sucesión á diario. Tocóle por riguroso turno guisar á cierto comunista que gustaba mucho de plato tan sabroso como los huevos con tomate, y que puso un almuerzo, en verdad apetitoso, con absoluto predominio de su manjar preferido. Pero como á los demás no les gustaba de igual guisa, para ocurrir al contratiempo de comer contra su paladar y su estómago, disolvieron la sociedad y se marcharon cada cual por su lado. El paladar disolvió la comunidad de los camaradas españoles: el amor ha disuelto la comunidad de Tolstoi. Estos seres abstractos, que creían posible vencer los más imperiosos mandatos de la Naturaleza; estas mujeres y hombres, de tan resuelta castidad, se han visto y se han amado. Más vale así.

X

La utopía no puede nada contra la naturaleza. Pero confesemos que solamente á locos podía ocurrírseles una sociedad semejante. Así en las tierras orientales todos los asuntos se intrincan de un modo deplorable y todos toman á una el aspecto de pavorosos problemas. Degüellos de misioneros ingleses y alemanes en China, paseo del hijo de los emires afghanos por Inglaterra, crímenes de los fanáticos en Arabia, quejas de los armenios, repetidas por tornavoz tan resonante como la palabra de Gladstone, maniobras é intrigas del rey de Rumania

para ingresar sin peligro de su corona en los conciertos de la Triple Alianza; entrevistas del reyezuelo de Serbia con los jefes radicales en requerimiento de una reforma constitucional; arribo del príncipe Fernando á Sofia, y riñas de facciones con muertes sobre la tumba de Stambuloff, quien tiene así holocaustos humanos para su cadáver, como los ofrecidos por las luchas de gladiadores al despojo insepulto de cualquier César romano en sus funerales, reacción popular búlgara contra las sibilinas frases del metropolitano Clemente, pidiendo para satisfacer al Czar ó la triste abdicación del monarca reinante, ó el bautizo propinado al príncipe heredero contra la voluntad y la fe de sus padres; competencias cada día mayores de los transylvanos con los magyares, que no quieren sumarse dentro de una sola nacionalidad; congreso de pueblos esclavones amenazador á las otras razas en aquellos territorios; dificultades cada día mayores y más insuperables en Austria, para tener atados sus pueblos por el nudo personal de un emperador querido, y dificultades en el sultán para conservar una corona que le arranca de las sienes el espíritu moderno. Pero ninguna cuestión está preñada de tantos peligros, como la cuestión macedónica. Este viejo territorio, donde reuniera en la corte de Filipo el inmortal Aristóteles toda la ciencia helénica, y desde donde irradiara el helenismo por Asia, merced al genio sintético de Alejandro, suscita hoy tal número de rivalidades entre las potencias balcánicas y danubianas, ó próximas del Balkán y del Danubio, que tememos verla desatando sobre nuestras frentes la plaga espantosa de una guerra universal. Quiere á toda costa el imperio de Austria un puerto como Salónica; el principado búlgaro un predominio nacido de su vecindad primero y después de sus antiguas irrupciones; el reino serbio, la resurrección de gloriosa tutela, evocada con el recuerdo de los tiempos en que su imperio sustituía con ventajas al viejo imperio bizantino; el reino rumano, una parte ó el todo de su posesión por el sin número de gente moldo-válakas que abrigan sus montañas; mientras los griegos dicen que allí radica el

olimpo de sus dioses, los cuales fundaron á Grecia; y allí el pensamiento de una filosofía, cuyo soplo aún anima el espíritu de la Iglesia en Occidente y dora la tiara del Papa; y allí los títulos de su antiguo dominio en Oriente, ganado por la falange macedonia, que se regulaba de suyo al ritmo cadencioso de su geometría y al número pitagórico de su aritmética, llevando el genio ateniense y el verbo platónico en sus labios por toda la extensión del viejo mundo oriental.

XI

Lo cierto es que las faldas del Olimpo, cuyas pendientes miran al Norte, pululan de partidas; que las tribus de Thesalia, recién reunidas á Grecia tras el tratado de Berlín, tiran de los macedones, á quienes son vecinos, hacia el regazo de la común patria helénica; que la familia búlgara pugna por conseguir del gran turco un aumento de sus escuelas y de sus iglesias en Mece donia; que la muerte de Stambuloff se ideó y perpetró por macedones sublevados contra la resistencia del estadista consumadísimo á tales aventuras; que las maniobras de Rusia en Sofía se atribuyen al temor de que los conflictos de Macedonia susciten de nuevo la cuestión oriental, y suscitada la cuestión oriental, se quede, como en las guerras anteriores, detenida y refrenada delante del objeto de todas sus ansias, la Constantinopla de sus antiguos ensueños y la Santa Sofía de sus seculares supersticiones. Ninguna de las alteraciones que pueda sufrir Macedonia, nos alarmarían de no traer aparejada la guerra universal.

XII

Entre los asuntos que más han embargado el espíritu público estos días, resaltan los asuntos de China. Dígolo con toda franqueza : no me maravilla ver á los chinos envalentonarse contra los occidentales, hasta el extremo de perseguirlos y acosarlos como fieras por todas partes. Cuando estaban los chinos con agua materialmente al cuello, hemos ido nosotros á tenderles una mano de socorro ; y asidos á ella, se han salvado, tras lo cual campan por sus respetos y hacen su santísima voluntad. Estaban los japoneses muy cerca de su capital política y de su capital religiosa, próximos á dar cuenta del inmenso imperio que mancha el planeta entero con sus sombras y amenaza con sus huestes á la civilización universal, cuando se interpuso con inoportunidad Europa y salvó á China. Todos habíamos convenido en que, ante la terrible lucha de un imperio animado por el espíritu moderno y un imperio animado por el espíritu de castas, de rutina, de intolerancia, la elección de los pueblos europeos no podía estar en suspenso un minuto. Y cuando se hallaban á la vista de Mukden los japoneses y en requerimiento de Pekin, sojuzgada ya Corea y Mandchuria, les ataja el paso un veto de Rusia, mantenido por Francia y Alemania, no protestado por Inglaterra é Italia. En pocas afirmaciones nos sentíamos tan identificados los espíritus europeos y americanos, como en esta incontestable afirmación de que, puestos en lucha y conflicto un imperio de progreso y un imperio de reacción, estaban las preferencias y las inclinaciones nuestras por el imperio de progreso. Pero contra esta grande afirmación se ha procedido ; y sin lógica de

ningún género, el pueblo francés, al mandato de un czar como el de Rusia, sostenido por emperador como el de Alemania, se ha interpuesto en el camino de los vencedores y les ha hecho retroceder, desirviendo así, no solamente los intereses generales de la humana cultura, sus propios y peculiarísimos intereses. Pues qué, ¿se olvidan por los gobiernos de Francia con tanta facilidad los barcos piratas y los pabellones negros, tan odiados y maldecidos en sus guerras del Tonkín? ¿Se olvidan de que los combates con los chinos repercutieron en sus Cámaras con repercusiones muy semejantes á las que determinaron un día en otra guerra más nefasta la rota del imperio napoleónico? Y cuando se hallaba Francia en la súbita inesperada fortuna de que, sin sacrificar ella ni un hombre, ni un franco, pueblo redivivo al soplo de su espíritu y amaestrado con su ejemplo, el Japón le diese cuenta de su hereditario enemigo, salva torpemente á éste y detiene con retardos uno de los días más atendidos por la humanidad, el día de la desaparición del Celeste Imperio. Y no sólo cierra el camino por donde un pueblo amigo combate con valor á un emperador enemigo, protege á éste y le sale fiador de los empréstitos contratados para su defensa, entregando á Rusia las aduanas chinas, que pueden extender su territorio desde las riberas del Mar Báltico, sin ninguna clase de interrupciones materiales, hasta las riberas del Mar Amarillo. Nada humilla y subyuga el ánimo de la gente bárbara como un acto de voluntad en los europeos pujante; y nada las ensoberbece como un acto de humillación vergonzoso y débil. Cuando vieron que los cristianos les acorrían, que los cristianos les apartaban de la cerviz el pie de sus contrarios, que los cristianos les ofrecían dinero, creyeron, nunca escarmentados en su propia cabeza ni advertidos por la derrota, creyeron que los cristianos les tenían miedo, y arremetieron con los más odiosos para ellos, con los sacerdotes y las Hermanas de la Caridad, inmólandolos en una de esas matanzas, las cuales sólo pueden concebirse allá en la barbarie de Oriente. Presta escalofríos

de terror y hieles de rabia el relato que nos transmiten de estos crímenes colectivos los diarios europeos. Los predicadores ingleses, que oponen el ideal cristiano á una religión materialista, en que falta la idea de Dios y se adora la muerte; aquellas Hermanas de la Caridad, quienes, sin preguntar por la religión y la raza de los que socorren, se sacrifican por todos; hasta los niños inocentes acaban de ser inmolados por la barbarie china en un horroroso degüello. Y ¿cuándo sucede todo esto? Pues todo esto sucede cuando se declara dogma de política internacional en los consejos europeos la integridad del imperio chino dentro de su continente; cuando se urge con intimaciones continuas al Japón para que abandone los territorios conquistados á fuerza de armas y á mares de sangre; cuando se levanta un empréstito por los banqueros rusos en favor de China para pago de su rescate, y salen fiadores de tal empréstito los banqueros franceses; cuando Francia se conforma con que los japoneses abandonen la Mandchuria, importante sólo á Rusia, y tomen Formosa, importante á ella misma; cuando acaba de recibir el Celeste Imperio de los pueblos cristianos un auxilio al cual no tenía derecho, y tras el cual muestra su gratitud degollando á sus bienhechores, á los que activamente hanle socorrido, á los que han callado, consintiendo lo hecho en nombre de la religión materialista, salvada tan á ciegas, porque profesan las víctimas una religión á cuyas inspiraciones deben los infames verdugos tantos beneficios.

XIII

Todos esperábamos con fundamento el discurso de la reina Victoria, creyendo que, al veredicto pronunciado por los comicios, la política de Inglaterra en el extremo Oriente había

de tomar tonos enérgicos y había de proponer decisivas resoluciones. Pero no; el nuevo gobierno persevera en la política del gobierno antiguo, sin solución alguna de continuidad, como decimos ahora. De igual manera que los wighs no cumplieron los compromisos muy solemnes tomados por ellos sin presión externa de nadie respecto al abandono del Nilo, no cumplen los torys el compromiso tomado por ellos sin presión externa de nadie con la crítica hecha muy acerbamente del proceder frío seguido por sus predecesores en el combate gigantesco entre China y Japón. Si algún pueblo parece tener compromisos morales con el pueblo japonés, en verdad es Inglaterra. Los japoneses han copiado sus instituciones; han ido á sus escuelas; han puesto por obra los adelantos de sus ciencias; han regido sus armadas por enseñanzas inglesas; han mostrado resuelto empeño en que pudiera llamarse con título justificadísimo el Japón la Inglaterra de Oriente. Y cuando el Imperio de la libertad y del Parlamento en Asia con furor arremete al Imperio de la reacción y lo vence, Inglaterra permite que Rusia impida sin escrúpulo al vencedor incontestado recoger el fruto incontestable de su victoria. Ningún asomo en el gobierno inglés nuevo de rectificación del antiguo plan intercontinental de sus predecesores. Dejará que salga el Japón de sus conquistas antes de haber su tesoro percibido el correspondiente rescate; dejará que se apodere de las aduanas chinas Rusia, sobretexo del empréstito no desembolsado por ella; dejará que diga ésta cómo puede bajar desde Siberia sin obstáculo hasta Pekin, cual desde las mesetas tártaras y mongolas dilatadas hasta las puertas mismas del Afghanistan, podrá bajar, cuando se le antoje, burlando las cordilleras del Himalaya, en las tierras de los indios, hasta las bocas del Ganges. Hay verdadera continuación de la política wigh en la política tory respecto de los asuntos extranjeros. Y nada prueba tanto que la hay como las palabras puestas por Salisbury en labios de la reina, pues parecen tomadas de los labios de Gladstone respecto del problema oriental europeo, respecto

del problema de Armenia. Sabido es que los torys creyeron siempre un dogma inglés la integridad del imperio turco y los wyhs un dogma liberal y democrático la emancipación del pueblo cristiano sometido al sultán. Así definía Disraeli los torys diciendo que auteponían los intereses británicos á los intereses humanos, mientras el partido wigh los intereses humanos á los intereses británicos. Así Gladstone fué siempre un abogado de los esclavones opresos contra sus opresores los turcos. Sus palabras hicieron más por Bulgaria que los fusiles del czar Alejandro II. Pues bien; ahora, inició Gladstone otra cruzada religiosa en favor de los armenios cristianos contra los kurdos musulmanes. Y hala llevado con tal empuje, que ha decidido en favor de Armenia cristiana y en contra de Armenia turca con extraordinario suceso á los gobiernos europeos. Hace ya muchos días intimaron éstos al Diván una pronta ejecución de las reformas prometidas en contra de los kurdos y á favor de los armenios. Inútilmente alegó el Sultán que las persecuciones sufridas por éstos se agrandan adrede ahora en los comités armenios de París y Londres; inútilmente dijo que ochocientos mil cristianos diluidos por su mal entre varios millones de musulmanes dentro del extenso territorio que domina el monte Ararat, no podían tener con facilidad el auxilio y la protección de los poderes centrales; Gladstone acaba de expresar con su maravillosa elocuencia el deseo de que partan de Londres nuevas intimaciones al Sultán, y la reina Victoria responde al gran orador desde su trono altísimo, y en el discurso de la corona, que ha mandado esas intimaciones y espera la respuesta con impaciencia. Sigue, pues, en todo lo extranjero el partido conservador la política de los liberales. ¿Qué más? Aquel partido se distinguió siempre por su devoción á la reina y á la corte. Pasaba, desde los tiempos de su glorioso jefe, lord Wellington, como dogma de política interior suya, que la dignidad de generalísimo en el ejército inglés debía pertenecer á un príncipe de la familia real. Pues como los liberales propusieron romper esta conservadora tradición,

al poner el nieto de Jorge IV, el duque de Cambridge, generalísimo hasta hoy, entre los inválidos, han cumplido sus proyectos los conservadores y no lo han reemplazado con príncipe ó infante alguno, como diríamos nosotros, lo han reemplazado con un general irlandés que venció en Egipto. Así van acabándose los poderes históricos.

XIV

Hemos antepuesto las cuestiones todas de la política universal á los hechos del Occidente y del centro europeos. Mas así lo quiere la disposición dada por mí á esta narración de los capitalísimos sucesos europeos en la última quincena. Siempre que narro el conjunto de los hechos, veo la supremacía en despertar el interés general que tiene Francia. Estudiémosla, pues; y notemos el fenómeno de la facilidad con que suelen componerse fuertes coaliciones contra la República, y después de compuestas, la facilidad con que suelen estrellarse contra la robustez de institución tan arraigada ya en el suelo francés y tan unida tanto con su complexión de ahora como con su historia futura. Muy arraigadas están las convicciones republicanas nuestras, cuando han resistido al ensayo triste de la república primera en España y á la coalición de todos los republicanos españoles contra nuestra insustituible política; mas, por muy republicano que seáis, nunca podéis sustraeros al pensamiento de que la república no ha podido tras veinticinco años de vida establecer en Francia lo más necesario al pueblo francés, trabajador y rico: la estabilidad de su gobierno dentro del espacio y del tiempo que le conceden las leyes constitucionales y las costumbres públicas. Ningún presidente

ha podido arribar al término legal de su mandato. No hablemos de Thiers que nunca tuvo plazo con anticipación señalado, cual mero presidente del poder ejecutivo que fuera en los primeros días de la república; pero Mac-Mahon, á pesar de su inercia y de su lealtad, no pudo cumplir el septenado, como Grevy, á pesar de pertenecer al partido republicano en cuerpo y alma, por lo cual este partido lo reeligió, no pudo llegar al término de su mandato en la reelección, y tuvo que caer bajo un voto irreflexivo de la Cámara. Después desgracias fatales, como las que acabaron á deshora con Carnot, y resoluciones poco meditadas como las que precedieron al triste suicidio de Perier, nos han dado una presidencia, que dura y es casi popular, porque tiene carácter de anónima. Pero la inestabilidad del poder supremo se os aparece como una verdadera estabilidad comparándola con la duración del poder ministerial. No puede ya contarse con los dedos el número de ministros que han pasado por las cumbres del poder en Francia. No pueden decirse de coro y de corrido sus presidentes del Consejo. Y hay dos cosas, por las cuales nunca pasará el pueblo francés, fundamentalmente conservador, por la inestabilidad arriba del gobierno y por la extensión abajo del socialismo. Sin embargo, suelen componérselas sus estadistas en tales términos, que no fundaron gobierno alguno durable y no pusieron las distinciones suficientes entre las instituciones republicanas y las tendencias comunistas. ¿Qué resultado nos da todo esto? Uno muy triste. El que los enemigos formidables de la república funden coaliciones contra esta institución, y encuentren apoyo grandísimo en fracciones y gentes que se llaman republicanas á boca llena. ¿Cuándo Boulanger hubiera contado con la fuerza que tuvo contra la república, de muerte amenazada por él durante su apogeo personal, si no hubiera tenido tantas fracciones republicanas á su devoción y servicio? Pues bien; existe hoy en la izquierda de los republicanos una tendencia, que se denomina la tendencia revisionista, mal contenta de la Constitución que ha conseguido más larga

vida entre todas las constituciones francesas. Y en esta tendencia se apoyan los enemigos de la república para intentar coaliciones formidables contra la institución capital de nuestro credo político y de nuestras preferencias personales. «Hagamos, dicen, una coalición revisionista. Revisando la Constitución, aunque sea para más ampliarla en sentido republicano, le quitamos fuerza y salud con su falta de permanencia; y quitándole fuerza y salud, le quitamos estabilidad hasta conseguir el disgusto de un pueblo, acostumbrado á la paz interior y necesitadísimo de ella para la economía y el trabajo, que tanto privan en su ánimo. Y luego, abierto el período constituyente, se pone todo en un intrincado litigio, durante cuyas incidencias podemos nosotros litigar por nuestras causas respectivas; por el imperio, por la monarquía, por la dictadura, entendiéndonos así desde los rojos cereza más subidos, hasta los blancos de España más célebres en la negación capital, que á todos nos une y suma en el horror á la vigente constitución republicana.» Tal raciocinio presenta una fuerza incontrastable. Con efecto, puede formarse otra coalición de negaciones como la coalición bulangerista. Y esta coalición de negaciones puede contar con una parte considerable del partido republicano, con las numerosas huestes revisionistas. Y estas huestes revisionistas, no sólo tienen una representación en la mayoría del Parlamento, tiénela en ministros del gobierno, por manera que los enemigos de la plaza formidable, que sitia, y asedia, y asalta la reacción activa, cuentan dentro de la plaza misma, sitiada, y asediada, y asaltada, cómplices inconscientes de su plan formidable. Quien desconoce todo esto, desconoce la evidencia. Y pregunto yo; ¿cuánto perderían los enemigos de la república, si no tuviera el principio revisionista representación en el ministerio francés? Mas, para conseguir tal ventaja, necesitaríase acabar con la política de concentración republicana; y la política de concentración republicana es toda la presidencia de Faure y todo el gobierno de Ribot. No les arriendo la ganancia.

XV

Imposible desconocer que ningún pueblo ha llegado en el gobierno de sí mismo á la perfección de los ingleses. Por unas elecciones libérrimas la nación expresa con toda lisura su pensamiento soberano; y la corona, por modo irremisible, lo escucha y obedece, nombrando aquel gobierno designado por la voluntad pública. Nada de fracciones disgregadas allí, nada de presidencias del Consejo múltiples, nada de inestabilidad ministerial, nada de presidentes del Congreso adscritos á una política sectaria, nada de crisis continuas, nada de disensiones diarias, como en Francia y en España; todos cuantos quieren el progreso acostumbran á inscribirse dentro del partido liberal, y todos cuantos quieren la estabilidad, dentro del partido conservador; durando así los gobiernos, sin debilitarse, desde unas elecciones generales á otras elecciones generales, porque á la continua intervienen los comicios en su nombramiento y en su dirección. Los conservadores tienen el mismo presidente que los liberales en la Cámara; y las sendas presidencias de los dos partidos están de tal modo hechas por la opinión y designadas á la corona, que no puede nunca ésta determinarse por su propia voluntad ó arbitrio, y debe servir el trono de trovador ó eco á las palabras imperiosas del pueblo soberano, sin aplazamientos, sin reservas, sin trabuqueos, sin excusa. Cuando se sigue con atención el movimiento electoral, nótese cómo lo mueven determinaciones universales, causas primeras de un orden elevado y superior, ajenas á los intereses egoístas de un partido. No se comprendería en Inglaterra que los electores y los elegibles mirasen hacia el ministerio de la Gobernación,

como en España, ni que se dejasen las elecciones sin un programa venido de arriba y sin una enseña que sirviese de norte á los combatientes, movidos por una idea superior y no abandonados á la casualidad anárquica, sin programa previo, ni bandera ninguna, como en Francia sucede. Se sabe por qué han caído los liberales. Han caído porque perdieron su verbo al perder á Gladstone; han caído porque, tanto Inglaterra como Escocia, repugnan el gobierno autonómico de los irlandeses; han caído porque dentro del mismo partido irlandés no había la cohesión indispensable para los combates políticos y necesitaban los parnellistas desquitarse del entuerto hecho por los liberales á Parnell; han caído porque los socialistas se han pasado á los conservadores, como ayudaron en las elecciones belgas á los católicos del gobierno contra los liberales de la oposición; han caído, porque todos los taberneros del reino se han juramentado para sublevarse contra los que habían propuesto las leyes antialcohólicas de templanza y sobriedad; han caído porque á los taberneros se han juntado los obispos, adversarios de la separación del Estado y de la Iglesia en Gales; han caído, porque, contra el método inglés, que divide y separa las cuestiones, poniéndolas en serie, y buscando la razón oportuna de resolverlas, ellos las presentaron en muy grande número y en muy confuso montón; han caído, porque también contra el método inglés, ofrecían al pueblo un programa imposible de cumplir sin una revisión constitucional y los ingleses repugnan estas revisiones y creen que si una reforma no pasa por el tamiz de sus lores y de sus monarcas, es por que no tiene la suficiente razón, y no se ha presentado con la debida oportunidad, cuando allí se puede prometer cada partido todo cuanto quiera de la voluntad nacional y obtenerlo con una tenaz paciencia y con un resuelto trabajo. He aquí por qué los liberales se fueron y vinieron los conservadores. Mas en cuanto los liberales aprovechen las faltas de sus contrarios, y ofrezcan un programa factible, que sea oportuno, se irán los conservadores, echados por la voluntad pública y vendrán

de nuevo los liberales. Obispos, taberneros, devotos de Parnell, comunistas despechados, la parte desgajada con Chamberlain y Hartingthon del partido liberal y juntos hoy con los torys, han podido formar una maravillosa coalición de negaciones; mas no pueden, aunque lo digan frailes franciscos, formar una coalición de afirmaciones. Ahora mismo, cuando Chamberlain y Balfour se sientan á la cabeza del banco ministerial y dejan al Canciller en el último sitio, ¿no muestran que tiene dos cabezas el partido liberal, como Jano, y que estas dos cabeza miran á Oriente la una y á Occidente la otra? Balfour es quien ha escrito ahora, poco antes de subir al gobierno, un libro fundamentando las creencias religiosas, para servir al espíritu anglicano, alma del alma de los conservadores; y Chamberlain quien ayudó al jefe de los liberales sajones en aquella campaña magnífica, mejor dicho en aquel apostolado evangélico, aboliendo el culto anglicano de oficio en Irlanda, la cual abolición jamás le perdonará el antiguo anglicanismo tory, tan intransigente y soberbio como nuestros íntegros, y tan decidido, cual éstos, á romper toda transacción y tratar como enemigos implacables á los liberales, sea cualquiera la forma que revistan y la bandera que tremolen. Hermanos Balfour y Chamberlain, pero hermanos eran también Caín y Abel, hermanos Eteocles y Polinice, hermanos D. Pedro el Cruel y D. Enrique de Trastámara. Yo no creo que puede durar mucho tiempo la fraternidad de dos conciencias opuestas, de dos historias enemigas, de dos contradicciones irreducibles.

EMILIO CASTELAR.

CRÓNICA LITERARIA

GOYA, por D. Zeferino Araujo Sánchez.—Un libro sobre el P. Sarmiento.
—Las *Doloras* de Campoamor juzgadas por un crítico francés.

Se comprende toda la dificultad de la historia biográfica, y en general de la historia, viendo cómo se fantasea sobre el carácter y los hechos de personajes contemporáneos ó casi contemporáneos, y de qué diferente modo se los representan los escritores que de ellos tratan.

La abundancia de fuentes escritas, de que se dispone en la mayoría de los casos, desde la propagación de la imprenta; la facilidad de completarlas, cuando se trata de tiempos cercanos, con fuentes orales como el testimonio de los que presenciaron los sucesos ó el de los testigos de inmediata referencia, que recibieron de aquéllos las noticias antes de que una larga transmisión sucesiva las desvirtuara; el cuidado con que se coleccionan y conservan los autógrafos, la correspondencia y todos los papeles curiosos, son circunstancias que deberían facilitar extraordinariamente la misión del biógrafo y la de todo historiador.

Mas con ser esto así, la discordancia en la interpretación de los sucesos y en el juicio que los actores principales de ellos merecen, indican cuán difícil es llegar al descubrimiento de la verdad, hasta en aquello que ante nuestros ojos pasa. La

parte material de los hechos, su consumación concreta, suele darse á conocer con claridad suficiente, pero en cambio su parte íntima, las causas á que obedecieron, las circunstancias recónditas que colaboraron en su producción, los móviles que impulsaron á sus autores, suelen permanecer secretos ó dudosos.

De ahí esa observación que tan frecuentemente se formula en contra de la certeza de la historia, diciendo que si hoy, con la abundancia de medios de información que poseemos, es difícil hallar dos narraciones contextes del suceso público más insignificante y fácil de apreciar, no debe de merecer gran crédito lo que nos cuentan de épocas lejanas y de pueblos y hombres tan diferentes de nosotros como los que vivieron hace siglos, historiadores que se cuidaban menos de la exactitud que los actuales, y que tomaban en gran parte sus datos de tradiciones, probablemente falseadas en el curso del tiempo, ó de testimonios interesados y sospechosos, ó bien investigadores que, al cabo de centenares y aun millares de años, tratan de reconstruir, con los monumentos de lo pasado, lo que ocurrió en edades tan remotas.

No creo que deba admitirse este escepticismo histórico, más que en la medida en que es aplicable la duda á todas las demás ciencias, las cuales no pasan (exceptuando quizá las que operan sobre abstracciones, como la Lógica y las Matemáticas puras) de ser explicaciones ó interpretaciones aproximadas de su objeto, por grandes y seguros que parezcan los medios de comprobación de que disponen. Por otra parte, acaso se exagera la mayor facilidad de la historia contemporánea respecto de la de tiempos remotos. Ofrece esta cuestión materia para un estudio comparado, que podría resultar interesante é instructivo.

No sólo la pasión, tanto más viva cuanto más cercanos se hallan los sucesos que pueden excitarla, dificulta la labor crítica del historiador que trata de hechos y personajes de su tiempo. La misma extraordinaria abundancia de las fuentes

puede ser un elemento de confusión, y la imposibilidad ó improbabilidad extremas de llegar á conocerlas todas, un motivo para que la representación que de los hechos ó los hombres se forme el investigador sea parcial ó incompleta. A distancia se ven mejor las cosas, si no en sus pormenores, en su relación con el conjunto. El tiempo y el continuado estudio depuran las fuentes. Unase á esto la mayor complejidad de la vida y de los caracteres en los tiempos presentes; la distinción cada vez más profunda entre la verdad convencional y aparente y la verdad real... y verdadera; los hábitos de reserva y disimulo fomentados por los peligros que ofrecen los grandes medios de publicidad, antes desconocidos y hoy habituales en todo el mundo civilizado, y se podrá sostener, sin incurrir en una paradoja extravagante, que no es más fácil conocer la vida de Napoleón III, v. gr., que la de Julio César.

*
* *

Inspirame estas consideraciones el excelente estudio sobre Goya, de D. Zeferino Araujo y Sánchez, estudio que vió la luz en LA ESPAÑA MODERNA y que ahora acaba de reaparecer en un elegante volumen.

No sólo los escritores franceses (como Ch. de Iriarte y Laurent Matheron), tan propensos á ver las cosas de España con los ojos de la fantasía, sino autores nacionales, han hecho del pintor de cámara de Carlos IV un personaje novelesco, propio para excitar imaginaciones románticas y para confirmar la idea que de nosotros suelen tener nuestros vecinos ultrapirenaicos, juzgándonos en parte por lo que fuimos y en parte por los datos de una erudición de opereta cómica y de narraciones de viajeros impresionistas.

Se nos ha presentado á Goya como cortejo feliz de duquesas amanoladas; le hemos visto (en los libros á que aludo) ga-

nándose la vida como torero en sus tiempos de penuria, violando monjas y cometiendo otros desafueros dignos de D. Juan Tenorio; satirizando en sus grabados á los más altos personajes de su tiempo, sin perdonar ni á los mismos reyes que le favorecían con distinciones y larguezas; propagando por medio del arte las ideas radicales que David le comunicara, amenazando airado á lord Wellington porque el famoso general inglés se permitió poner algún reparo al retrato que le estaba haciendo el irascible pintor. El patriotismo ardiente de Goya ha pasado también por cosa indudable, y en la famosa colección de estampas de la guerra se ha querido ver la manifestación del sentimiento que se respiraba entonces en el ambiente de España.

De este Goya galán y aventurero, taurómaco y patriota, cultivador de la sátira personal y propagandista de las ideas liberales, queda muy poco en el concienzudo estudio que ha dedicado al pintor aragonés el Sr. Araujo Sánchez. Los amores del autor de *Los Caprichos* con la duquesa de Alba y la condesa de Benavente, sobre no estar probados, son poco verosímiles. La aventura con el duque de Wellington es una fábula increíble. Lejos de haber practicado Goya el arte de Costillares, parece que participó de la opinión contraria á las corridas de toros, que profesaban muchas personas ilustradas de su tiempo. De su patriotismo da idea el hecho de que continuara siendo pintor de cámara de José I, como lo había sido de Carlos IV y lo fué después de Fernando VII. En la colección de estampas de *Los Desastres de la guerra* no se hallará el entusiasmo á que se prestaba la épica lucha de la independencia, sino el horror que debía inspirar la guerra, considerada como azote del género humano y no como materia estética, á un espíritu inclinado á la filosofía escéptica y filántrópica que habían puesto en boga los enciclopedistas. Sobrado atento á su medro personal para comprometerlo con imprudentes ligerezas, Goya ni satirizó á la corte ni hizo jamás sátira de personas. Su correspondencia demuestra lo

mucho que le halagaban los agasajos de los reyes y de los poderosos. Tampoco trató de propagar las ideas nuevas venidas de allende los Pirineos. Era demasiado escéptico y utilitario para sacrificarse por causa alguna; se dejó llevar de la tendencia crítica de su espíritu, aprovechando la libertad práctica que daba entonces á España el desmayo de las instituciones tradicionales, que, ajenas del peligro que las amenazaba, y sin advertir las señales de su inminente ruina, no se habían apercebido aún á la defensa con aquel furor que produjo las sangrientas reacciones del reinado de Fernando VII.

La vida de Goya no tuvo, en fin, rasgos particulares que la hicieran notable, salvo el de su inspiración y su maestría en el arte de la pintura. Fué, en suma, la de muchos españoles de su tiempo.

¿Con cuál de estos dos Goyas nos quedaremos? ¿Con el Goya de la leyenda ó con el que nos presenta el Sr. Araujo? No he hecho estudios especiales que me permitan decidir en uno ú otro sentido la cuestión. De estos dos retratos, el primero seduce por el colorido y por la representación novelesca del personaje; el segundo atrae por su apariencia de verdad. Los argumentos y observaciones del Sr. Araujo inclinan fuertemente el ánimo á asentir á sus juicios. El detenido estudio y el sólido conocimiento del asunto que su libro revela, aconsejan tomarle por guía.

Por otra parte, quizá no haya tanta contradicción como á primera vista parece entre los dos Goyas. Quizá consista principalmente la diferencia en la cantidad, en ese tránsito de lo posible á lo real, que opera con tanta facilidad la fantasía, para la cual no existen los obstáculos con que tiene que luchar la acción. La imaginación popular no se resigna á que los grandes hombres, y en particular los artistas, hagan la vida de la generalidad de los mortales y sean en su existencia privada lo que las demás personas de su tiempo. Tiende á hacer de ellos una especie de caballeros andantes; quiere que

sean excepcionales en todo, que formen una raza separada y distinta.

La leyenda tiene su explicación. El carácter arrebatado y violento de Goya daba pie para que se le atribuyesen grandes atrevimientos. No solían distinguirse por el recato y honestidad de sus costumbres las damas de la corte de Carlos IV, y Goya, que alternaba con la aristocracia y era solicitado como retratista de moda, pudo pasar fácilmente por galán afortunado de alguna de ellas. Sus sátiras contra la Inquisición y contra los frailes y su manifiesto volterianismo, daban una base para suponerle campeón entusiasta de las ideas liberales, á la manera que se entendían en su época. El patriotismo estaba en la atmósfera en los días de la guerra de la Independencia; ¿qué mucho que se hiciera de Goya un patriota, aunque sólo fuese por ese afán de que los grandes hombres resulten completos en todo? En los documentos y en las obras de arte se encuentra, con un poco de imaginación, cuanto se quiere hallar. Nada más fácil que descubrir alusiones secretas y significaciones ocultas. Se buscó entre los contemporáneos la sátira contra María Luisa y Godoy, y se encontró sin dificultad en las estampas de Goya.

Puede que algún lector pregunte: ¿Y qué importa todo eso para la obra artística de Goya? ¿Valdrán más ó menos sus cuadros y sus estampas porque enamorara ó dejara de enamorar duquesas, porque satirizase ó no á la esposa de Carlos IV y al valido, porque fuese patriota, afrancesado ó indiferente? Todo importa. A la curiosidad y al deseo de saber se debe gran parte de los conocimientos y de las investigaciones eruditas. El campo de la actividad mental se restringiría enormemente si hubiera de reducirse á los objetos de utilidad material é inmediata. A esto hay que añadir que si por la obra se juzga del autor, por el autor se explica la obra, que, abstraída de la personalidad que la produjo, no puede aparecer ante el observador ó el crítico con la clara luz que da el conocimiento de las opiniones y el carácter del artista,

de las enseñanzas que recibió, de los modelos que se propuso, de sus costumbres y su vida toda. De ahí que, á medida que han ido perfeccionándose y generalizándose los estudios sobre el arte, ha aumentado también el esmero y el detenimiento de las investigaciones biográficas acerca de los grandes artistas.

El libro del Sr. Araujo merece leerse y conservarse en la biblioteca. Tiene el atractivo de la amenidad, necesario en estos estudios, si han de dirigirse al público grande y no á un corto número de aficionados, capaces de leer todo un volumen, á veces indigesto, para hallar una sola noticia nueva. Juzga muy acertadamente el estilo pictórico de Goya; y las notas para formar el catálogo de los cuadros y grabados del célebre pintor, con los cuales termina, constituyen, por lo completas, un trabajo que por sí solo sería importante.

*
* *

Mucho menos conocido que Goya, es, sin duda, el P. Sarmiento. Digo menos conocido, refiriéndome al conocimiento vulgar de las gentes que no han hecho estudios literarios. El sabio benedictino, aunque ocupa un lugar distinguido en la historia de nuestras letras y de nuestra cultura en general, está hoy bastante olvidado. A sacarle de este injusto olvido contribuirá, si se difunde como merece, el excelente libro que con el título : *El Gran gallego (Fr. Martín Sarmiento)*, ha publicado el docto magistral de Lugo D. Antolín López Peláez.

La del P. Sarmiento es una de las figuras más interesantes que ofrece nuestra literatura didáctica del siglo XVIII. Quizá ha contribuido á eclipsarle un tanto la circunstancia de pertenecer á una época en que brilló un polígrafo de la talla de Feijóo, su maestro y amigo, á quien defendió briosamente, contestando á los impugnadores del *Teatro Crítico*. Polígrafo también el P. Sarmiento, trató de las más varias materias en

sus numerosos escritos, de los cuales tienen especial interés para el conocimiento de nuestra literatura las *Memorias para la historia de la poesía y de los poetas españoles*.

Aún permanecen inéditas muchas, y aun puede decirse que casi todas las producciones de Sarmiento, que con igual diligencia se consagró á dilucidar cuestiones pertenecientes á las ciencias naturales que asuntos literarios, históricos y filológicos. No diré yo que sea imperdonable esta omisión, pero sí es lamentable, pues la publicación de tales escritos sería un dato más para apreciar nuestra cultura en el siglo pasado, y en ellos se hallarían muchas observaciones curiosas y no pocos juicios sagaces y discretos, que, si se difundieran por medio de la imprenta, recabarían para su autor toda la importancia que debe imparcialmente concedérsele.

El P. Sarmiento fué ante todo un erudito; un hombre muy estudioso, de mucha lectura y de claro y feliz ingenio. La vida monástica era muy propia para favorecer estas aptitudes y aficiones. Se ha repetido mucho, en particular desde la época de la Enciclopedia, que los conventos eran una institución contraria á la naturaleza humana y al interés social. Esta aserción de pensadores excesivamente naturalistas y animados de viva pasión anticristiana, sería, sin duda, cierta si el hombre no fuese más que uno de tantos mamíferos, un poco más elevado que los demás del grupo zoológico á que pertenece. Pero atendiendo á la vida intelectual y no meramente á la física, más contraria parece á la naturaleza humana la existencia del obrero que desempeña perpetuamente el papel de bestia de fatiga, ó á quien la división del trabajo convierte en autómatas condenados á ejecutar perpetuamente la misma operación mecánica que la del fraile, á quien no estaban vedados los placeres del espíritu.

Hasta en una época como la actual, en que el sentimiento religioso está muy entibiado y decaído, se comprende fácilmente, á no hallarse predispuesto en contra, la atracción que debía de ejercer la vida conventual.

No hablemos de los santos que hallaban en ella la anhelada renuncia al mundo y el suspirado camino de la perfección mística. No hablemos tampoco de los frailes corrompidos, que no renunciaban á nada con los votos y sí adquirían las ventajas inherentes á su estado. Tomemos el término medio de virtud: los que no eran malos ni santos, pero sí hombres intelectuales y estudiosos. A éstos les ofrecía el convento, á cambio de las ventajas del siglo, que les vedaba, compensaciones temporales, que valían tanto como lo que el religioso dejaba al entrar en la orden.

Sin contar las recompensas eternas y las gracias divinas prometidas á los que renunciaban á las seducciones del mundo, el retiro y la tranquilidad de la vida monástica y hasta la consideración social que la rodeaba, eran motivos para que se la abrazase sin repugnancia y hasta con júbilo. Proporcionaba el ocio necesario al pensador—no la holganza mística que es uno de los lugares comunes más visitados por las publicaciones impías, sino la exención de los cuidados materiales de la vida y de la familia, que consumen tantas energías intelectuales, oscuramente gastadas en la conquista del pan cotidiano.

Ese ocio, cuya necesidad comprendió tan bien Schopenhauer en sus *Parerga*, apenas lo disfrutaban hoy más que los ricos, que por lo general lo entienden y lo emplean de otro modo. La mayor parte de los escritores y los artistas vense obligados á relegar á segundo término su vocación, á hacer de su actividad intelectual un medio de ganarse la vida, un artículo de comercio sujeto á las exigencias del mercado y á los caprichos de la demanda. Así marchitan la flor de su inspiración y malgastan lo mejor de sus facultades, sin que les quede tiempo ni vigor para las grandes creaciones, para intentar la ascensión á la gloria verdadera, que no es el pasajero aplauso ni la popularidad del momento.

El mercantilismo de la vida moderna sube hasta la región pura del pensamiento. y le degrada al convertirle en instrumento de producción económica. El aumento de las necesida-

des, la molicie y la afeminación crecientes, hacen cada día más difícil el estoicismo que se necesita para profesar desinteresadamente el culto de la verdad y de la belleza.

El convento levantaba una muralla contra la mayor parte de los estímulos y de los sentimientos que agitan y acibaran la vida de los hombres. No en vano se le pintó como un refugio contra las asechanzas del león que ruge y da vueltas alrededor del alma preparándose á devorarla, símbolo que, tomado en un sentido humano, podría aplicarse á las pasiones en vez de aplicarle al diablo, aunque de éste no puede decirse ya que está muy desacreditado—como decían los impíos del siglo XVIII—desde que se han puesto de moda el satanismo y la magia negra.

La doctrina de la Iglesia sobre los enemigos del alma encierra una filosofía profunda, no sólo moral, sino de higiene y disciplina de la inteligencia. El mundo—las ambiciones y los compromisos que crea el trato social,—el demonio (que para un incrédulo puede significar las malas pasiones, el odio, la envidia, la soberbia, el afán de venganza), y la carne—las necesidades imperiosas de la nutrición y los impulsos indomables del instinto sexual, con todos los conflictos que al determinarse producen,—son, en efecto, los obstáculos mayores que se oponen á la salud y al florecimiento del espíritu, al reinado triunfal de la verdad, de la belleza y del bien en el hombre.

El apartamiento del mundo los alejaba. La vida monástica restringía mucho el campo de la ambición y condenaba las pasiones. Sin proscribir el trato con las gentes, emancipaba de la obligación de someterse á esa parte superficial y frívola que consume tanto tiempo y ejerce tan vergonzosa influencia en el destino de los hombres, encumbrando á los que poseen el arte de «cultivar sus relaciones» ó tienen el mérito de saber hacer mejor que otros el lazo de su corbata.

El carácter del P. Sarmiento se amoldaba perfectamente a estado que abrazó. Desarrolló su espíritu en el medio que más convenía á sus gustos, y es seguro que dió de sí cuanto podía

dar. Miembro de una orden que conservaba la tradición del saber, la tranquilidad y el silencio del claustro le permitieron dar gustoso y útil empleo á la curiosidad universal de su espíritu, que por todos los objetos se interesaba y en todos veía algo digno de atención y estudio.

Era Sarmiento—tal como nos le pinta el Sr. López Peláez en la excelente semblanza que de él hace, y tal como se retrató á sí propio en sus escritos, en algunos de los cuales habla de su carácter y se defiende de ciertos cargos que le dirigían—hombre de genio brusco, retraído, y un tanto estrafalario. Enemigo de etiquetas y cortesías, y poco aficionado al trato social, no contestaba muchas veces las cartas que le dirigían, ni se cuidaba de pagar con puntualidad las visitas recibidas; pero rara vez negó el concurso de sus luces á quien le consultaba sobre algún punto literario ó científico. Muchos de los papeles que dejó escritos, y que contienen interesantes monografías, son contestaciones á consultas de esta clase. De su escasa ó ninguna ambición da testimonio el hecho de haber renunciado la Abadía mitrada de Ripoll. Aficionadísimo á los libros, logró reunir una considerable biblioteca, á pesar de que eran muy escasos los recursos materiales de que disponía. Su fecundidad literaria fué grande: en una nota redactada por el P. Sarmiento en los últimos años de su vida, se consigna que había escrito cinco mil pliegos de papel marquilla. Para calcular lo que esto representa hay que advertir que su letra era muy menuda. Dice el Sr. Lopez Peláez que las *Memorias para la historia de la poesía y de los poetas españoles*, volumen de 429 páginas en 8.º mayor, las escribió Sarmiento en cincuenta pliegos de su letra usual y corriente. De manera que el total de pliegos antes citado formaría una biblioteca de cien volúmenes de aquel tamaño.

La época en que vivió el P. Sarmiento fué relativamente propicia para espíritus investigadores como el suyo. Habíase templado ya la antigua intolerancia. La afición que excitaban las ciencias profanas era cada vez mayor. España hizo enton-

ces un esfuerzo, que se inicia con el establecimiento de la casa de Borbón y llega á su apogeo en el reinado de Carlos III, para entrar en la corriente de los demás pueblos de Europa, para *secularizarse* un tanto, y para lograr, como de hecho lo consiguió, un renacimiento, que desgraciadamente fué efímero. En cambio la perfección literaria del siglo de oro se había perdido, y el gusto, cuya decadencia venía de más lejos, había acabado de pervertirse. Estos dos aspectos de su época se reflejan en el P. Sarmiento. En cuanto al estilo, y en general en cuanto á la forma, sus escritos dejan mucho que desear, pero no puede negársele espíritu científico, dotes de observación, juicio independiente en muchas cuestiones, y en todas deseo de descubrir la verdad, sentido crítico notable y sinceridad bastante para rectificar sus propios errores, cuando pudo advertirlos.

Bien merecía un publicista español de estas condiciones que se le dedicara un libro tan erudito é interesante como el del Sr. López Peláez. Se ve que el señor magistral de Lugo ha estudiado con amor y diligencia no escasos la figura de Fray Martín Sarmiento. El capítulo consagrado á la familia y patria del docto benedictino resuelve la cuestión con tan excelente crítica como abundante copia de datos, y cierra—por lo menos mientras no aparezcan nuevos documentos, cosa poco probable— la controversia sobre cuál fué el pueblo de nacimiento del sabio discípulo de Feijóo. Es consolador—digámoslo de pasada—el ver estas competencias entre las villas y ciudades que pretenden ser patria de los grandes hombres. No estamos tan lejos como parece de los tiempos en que las siete conocidas ciudades griegas se disputaban el honor de que Homero—que tal vez no existió—hubiese visto la luz en una de ellas.

Los siguientes capítulos: *Vida pública del P. Sarmiento*; *Carácter y vida privada del P. Sarmiento*; *Cómo escribía el P. Sarmiento*, retratan admirablemente al ilustre benedictino, presentando al lector con gran relieve y no escaso colorido la figura del estudioso fraile. Los tres últimos (*Sarmiento y Galii-*

cia; *El P. Sarmiento y la lengua gallega*; *Sarmiento y Pontevedra*) demuestran el gran amor que sentía por la que, con razón, consideraba su patria, y en particular por la ciudad donde pasó sus primeros años, y lo mucho que aquella región le debe por la copiosa contribución que aportó al estudio de su lengua, de su literatura y de sus producciones naturales.

Parecerá tal vez excesivo que tres de los siete capítulos de esta obra estén consagrados á las relaciones de Sarmiento con Galicia, tanto de estudios como de afectos, mas ha de haberse en cuenta que el libro del Sr. López Peláez forma parte de una biblioteca regional (la *Biblioteca gallega*), y que hasta su título indica el propósito de considerar á Fr. Martín como el gran gallego, como la lumbrera intelectual de aquella tierra. Y era tal el amor de Sarmiento hacia Galicia y la dedicó tanta parte de su tiempo y de sus estudios, que quizá no haya el exceso que á primera vista se cree advertir, en la atención que presta á este punto el señor magistral de Lugo.

Si algún reparo hubiera de poner á la obra del Sr. López Peláez, pondría uno que fácilmente puede subsanar el autor. La omisión de un estudio detenido de las obras del P. Sarmiento, aunque es de advertir que en el prólogo de su libro dice el Sr. Peláez que se propone estudiar la vida y no las obras del sabio benedictino. Un nuevo libro acerca de los escritos que produjo la fecunda pluma de aquel polígrafo completaría el interesante volumen de que vengo hablando, y nadie mejor que el Sr. López Peláez, que tan profundamente conoce cuanto á Sarmiento se refiere, podría desempeñar esta tarea.

Acaso sea discutible, por último, si Fr. Martín Sarmiento es efectivamente el gran gallego, como quiere el Sr. López Peláez, ó sólo *un* gran gallego. Pero las exageraciones posibles del entusiasmo son bien disculpables en una época que no anda sobrada de este sentimiento...

*
* *

De algún tiempo á esta parte nos *leen* más en Francia, ó por lo menos dedican más atención de la que antes dedicaban de ordinario, á la literatura española de nuestros días. Arvede Barine—una escritora muy distinguida—ha publicado no ha mucho en el folletín literario del *Journal des Débats* una serie de artículos acerca del *Teatro español contemporáneo*, en la que ha examinado las últimas producciones de los Sres. Echegaray, Pérez Galdós, Guimerá y no recuerdo si del Sr. Feliú y Codina. M. T. de Wyzeira dedicaba recientemente á las revistas españolas uno de los artículos sobre revistas extranjeras que publica en la de *Ambos Mundos*. Del celebrado libro *Dolores*, del Sr. Balart, habló con mucho encomio la prensa francesa. El estudio de la Sra. Pardo Bazán sobre el movimiento literario en España, estudio que apareció en la *Revue des Revues*, ha sido leído allí con mucho interés á juzgar, por las referencias que de él han hecho varias publicaciones. Arvede Barine cita frecuentemente en sus artículos sobre el teatro español contemporáneo el excelente resumen de nuestra compatriota, muy propio en verdad, para llamar la atención sobre nuestra actual producción literaria y para incitar á su estudio.

Ultimamente ha llegado á mis manos un folleto titulado *Un poète philosophe espagnol.—Etude sur les Dolores de Ramón de Campoamor, par Pierre Ville, professeur de Rethorique au Lycée de Nevers, Agregé des Lettres*. El Sr. Ville debe de conocer bien nuestro idioma, pues al hablar de las ediciones de Campoamor, dice de pasada que en la del *Protestantismo* de Balmes, publicada por cierta casa francesa (en español), halló 1.500 erratas en 800 páginas. Las pocas palabras castellanas que aparecen en el folleto están impresas con corrección impecable, sin que se eche de menos ni la tilde de una ñ. El autor traduce con facilidad algunos fragmentos de diferentes Dolores, y da la preferencia, al comparar las ediciones, á una impresa recientemente en España, todo lo cual demuestra que su conocimiento del castellano le permite apre-

ciar, no sólo el pensamiento filosófico de las poesías de Campoamor, sino hasta las bellezas de la forma, aunque á juzgar por cierto pasaje de su opúsculo, su oído, poco familiarizado con nuestra métrica, confunde el octosílabo con el eptasilabo, y el endecasílabo con el decasílabo.

Al Sr. Ville le encantan las *Doloras* de Campoamor, pero al mismo tiempo le alarman y le inquietan. Le parece el poeta un filósofo muy atrevido que se deja resbalar de muy buena gana por los peligrosos derrumbaderos del escepticismo pirrónico y del Nirvana de los budhistas. No creo hacer un juicio temerario al suponer que este señor catedrático del Liceo de Nevers es ultramontano ó no anda muy lejos de serlo, y aun me atrevería á añadir que no ve con claridad la diferencia entre la España del siglo XVII y la España de hoy, por lo cual se figura que la poesía del Sr. Campoamor es muy poco española, y que el autor es una verdadera excepción entre sus compatriotas.

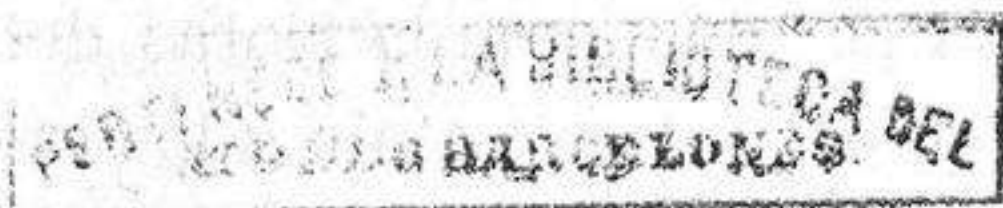
Dejando correr un poco á la fantasía, he llegado á figurarme cómo *debió* de descubrir las *Doloras* de Campoamor M. Ville. Debo declarar antes, para descargo de mi conciencia, que no pretendo dar á esta *rêverie* el menor carácter histórico, y que es muy probable, por no decir seguro, que el crítico francés haya venido á conocer las *Doloras* por muy diferente camino. Pero, en fin, he aquí lo que yo me figuro, lo que me parecería lógico que hubiera ocurrido, y ya se sabe que la historia casi nunca es lógica. Un día, revolviendo en un puesto de libros de algún *bouquiniste* de los *quais* del Sena, ó en alguna librería de Nevers, que allí habrá también libros viejos, topó con un volumen español en cuya portada se leía DOLORAS. — « ¿Doloras? — dijo para sí — será Dolores. Esta debe de ser alguna edición de la casa G... », y compró el libro y lo llevo á su casa, pensando que contendría alguna bella historia de amor de una *andalouse au sein bruni*, cuyo nombre servía sin duda de título al romancesco relato. Su sorpresa fué grande cuando vió que las *Doloras* no eran ninguna Dolores, y

que los españoles, á quienes nos creía viviendo en el ambiente social de los tiempos de la casa de Austria, sin concebir para nuestros poetas otros modelos que San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, ni otra novedad posible que la de versificar la Biblia en metros varios, como el Sr. Carulla, nos permitíamos el lujo de tener un poeta filósofo, que discurría como Schopenhauer y dudaba como Pirron, vistiendo con hermosos versos sus ideas demoledoras. Luego que hubo hecho hallazgo tan peregrino, se apresuró á hablar de sus compatriotas del exquisito poeta que había descubierto, y á prevenir á los españoles contra la peligrosa sirena que podía extraviarles con sus cantos de oro.

Perdóneme el Sr. Ville esta broma, y crea que la amable y amena filosofía del autor de las *Doloras* no nos asusta ni nos descristianiza. No quiera sujetar á rígidos preceptos á esa brillante mariposa que se llama poesía, y que cumple su misión deleitándonos al desplegar ante nuestros ojos los delicados matices de sus pintadas alas y los ligeros escarceos de su vuelo entre las flores de la imaginación. Deje la severa finalidad para la ciencia, que, como la abeja, elabora la miel de las enseñanzas consoladoras y la cera de donde ha de brotar la luz de la verdad.

E. GOMEZ DE BAQUERO.

LA PRENSA INTERNACIONAL



1

Los médicos en la antigüedad.

Un libro de grandísimo interés, muy ingenioso y particularmente instructivo, es la historia de los *Médicos griegos en Roma*, de Mauricio Albert. Revélase en ella la mano de un sabio modesto y concienzudo, á la vez que un hombre de talento en extremo apasionado de los griegos.

No es el autor de los que se dejan imponer por el renombre abrumador del pueblo romano y se olvidan de la antigua Grecia: se ve que la ama como á la madre de las artes y del arte más humano de todos, la medicina. Bien que nos presente aquellos griegos de Roma tal cual fueron, con sus vicios originarios, tan insinuantes, aduladores y hábiles para ingerirse en el favor de los poderosos, hácenos asimismo comprender su incontestable superioridad desde el punto de vista de la inteligencia y de la humanidad. Eran en verdad humildes y flexibles en su principio tales hijos de Esculapio, los vencidos de ayer; pero esto mismo fué un bien entonces para los romanos: sin su maña para insinuarse dondequiera, sin el encanto de su palabra florida y copiosa, sin la simpatía personal que inspiraban, no era fácil que los hubiesen tolerado en Roma

desde los tiempos primeros de la República, cuando estaba decretada la expulsión de Italia de todos los griegos. También es cierto que hubieron de sufrir humillaciones infinitas y de contentarse con ejercer la medicina en las más deplorables condiciones; causa verdadera pena verlos durante tanto tiempo; esclavos ó libertos, prestándose á los caprichos de cuantos los llamaban, y aun haciéndose á veces cómplices de sus crímenes; pero es igualmente indudable que, aun sufriendo con tal rigidez en apariencia la ley del vencedor, en el fondo eran los amos; se tenía fe en su mérito, se los amaba, necesitábase de ellos, en una palabra. Fué una hermosa victoria del espíritu sobre el derecho que representaba la fuerza: la Grecia, en la personalidad de sus médicos, conquistó realmente á sus conquistadores.

Así lo había comprendido Catón, romano de vieja cepa, y de ahí su odio inveterado á los advenedizos. ¡Qué de razones tenía para execrarlos! Por lo pronto, eran griegos, es decir, en su opinión afeminados y corrompidos; además, enemigos de raza. Después venían á destruir una de las costumbres mejor establecidas, á saber: el derecho de todo romano á cuidarse por sí mismo y á cuidar á los suyos; cosa que era para Catón más que un derecho (del cual usaba y abusaba por su parte); era una tradición, casi un dogma. Y decíanse, no sin razón: «Una vez arraigados en Italia estos médicos seductores y que curan, todo el mundo acudirá á ellos y su poder se hará grande... Es, por tanto, el combatirlos una obra patriótica y moral.» Y al propio tiempo escribía á su hijo: «Te prohibo servirte de los médicos.»

Es un tipo delicioso el viejo Catón con su medicamento *basado en la col*, pero á la vez muy repulsivo por su avaricia, su dureza, su tiranía doméstica y su extrema suciedad que le inspiraba la siguiente máxima: «Frotaos la piel en buen hora; pero lavaos lo menos posible.» Nada más divertido que los extractos del libro *De re rustica* que leemos en el de M. Albert. Vemos que la col cura todas las enfermedades,

externas como interiores, y las mismas luxaciones. Así, en vez del método de Kocher, el médico vienés, reducía éstas aplicando «un espeso caldo de berza mezclado con harina de cebada para que el remedio sea más emoliente y menos vejigatorio. El miembro dislocado vuelve inmediatamente á su cavidad»...

Así, pues, en la economía catoniana sirve la col para todo: es, no sólo «el mejor de los alimentos.» (¡Catón le considera como más fácil de digerir!), sino que se emplea también como vomitivo, purgante, aperitivo, reconstituyente, depurativo, etc. etc., en fin, una completa panacea. Compréndese cómo recibiría á estos extranjeros que le iban á suplantar, creyéndose el único poseedor del secreto de la higiene y de la medicina.

Mas por mucho que hiciese para evitarlo, se establecieron en Roma bien pronto los médicos griegos, y á fuerza de paciencia, de habilidad y perseverancia, é igualmente de agrado personal, y de ciencia se hicieron indispensables.

Abunda la obra en menudos hechos inéditos, en detalles íntimos, en observaciones ingeniosas (por ejemplo, sobre los arúspices, que fueron probablemente los primeros cirujanos; sobre el origen de la tonsura eclesiástica, que es verosímil se remonte á la trepanación practicada á los epilépticos, atacados del *mal sagrado*, etc. etc.), y demuestra que el autor ha estudiado á fondo su asunto, todas cuyas fases nos presenta con la mayor viveza. Por esto, después de haber ofrecido á nuestra vista una serie entera de grandes médicos, justamente queridos y admirados como Asclepiades, el higienista de moda, Antonio Musa, Dioscórides, el primer médico militar, y Galeno, el médico por excelencia, sabio, artista y literato, amigo de Marco Aurelio, nos presenta también los charlatanes y los ridículos. Está en primer término aquel Thessalos que alardeaba de enseñar la medicina en seis meses, y recomendaba *para toda clase de enfermedades* «la dieta y una abundante sangría» y que hacía le siguiesen, á manera de re-

clamo por la calle y hasta el lecho del enfermo, sus numerosos y turbulentos discípulos, *los asnos de Thessalos*, como los llamaban irónicamente. Venía luego Filón de Tarso, que hablaba por metáforas y redactaba sus recetas á modo de enigmas, propinando, v. gr., á sus clientes *el producto de las hijas del toro de Atenas*, aludiendo á la miel, ó bien una dosis del *asesino del hijo de Menecio*, por no decir de euforbio. Había también médicos de carácter áspero, como aquél á quien decía un pobre agonizante: «Luego ¿me voy á morir?» y le contestaba brutalmente: «¡Vaya una desgracia! También murió Patroclo que valía más que tú.»

Figuraban por último, los *metodistas*, caracterizados por los medios enérgicos con que combatían la más pequeña enfermedad, condenando, v. gr., al paciente de un simple dolor de cabeza á dieta prolongada, fricciones, cataplasmas, vejigatorios, ventosas y multitud de drogas; y que «cuando el mal se exasperaba, hacían ellos lo mismo», dice el autor donosamente. Después de todos éstos, todavía tenemos los *médicos gladiadores*, que, habiéndose lanzado descaradamente á la medicina sin saber una sola palabra, reconocían á lo mejor su incapacidad y «echadas sus cuentas, preferían matar diariamente en la arena á los adversarios que se defienden á tener que asesinar de vez en cuando, en su propio lecho, á enfermos que se entregaban resignados»; y asimismo los *médicos saca muertos*, que, habiendo perdido sus clientes, se consuelan enterrando los de sus colegas con lo cual se figuran tener también algo de médicos.

No acabaríamos si hubiesen de citarse todos los pasajes interesantes por diversos conceptos, bien por su erudición (como el capítulo sobre Celso, algo difícil de entender para profanos como nosotros, el de los *Pneumatistas*, y tantos otros), bien por la gracia y talento con que trata el autor las cuestiones. Léase, por ejemplo, la narración de un proceso criminal en tiempo de Sila y los escandalosos amores de Livia, nuera del emperador Tiberio, con su médico Eudemo, ó los de Mesali-

na con el suyo Vecio Valente, ó bien los de Agripina con el suyo, Jenefonte, nombre poco adecuado para un envenenador.

Y aunque parezca ésta una excesiva cantidad de médicos ridículos ó criminales, hay que tener en cuenta que, aparte ciertas eminentes personalidades, como los Asclepiades y los Galenos, los médicos verdaderos han quedado en la sombra, al modo de los pueblos felices que no tienen historia, cual modestos héroes que se contentan con haber cumplido su desinteresada labor, sus tareas continuas, en el silencio, lejos del brillo de las cortes.

De estos últimos hubo muchos según consta de las cartas de sus clientes, mejor dicho, de sus amigos. Cicerón no se consolaba de haber perdido su médico, amigo excelente, adorado por él é irreemplazable. Así vivían desde entonces los médicos verdaderamente dignos de este nombre, queridos respetados y admirados, pasando en silencio al lado de los viles mercenarios y cómplices de las Agripinas: he aquí lo que escribía acerca de ellos el filósofo estoico Séneca, en su *Tratado de los beneficios*: «Viven entre nosotros dos clases de hombres muy amados y muy considerados: el médico y profesor... Compramos á los médicos un beneficio inapreciable, la vida y la salud. ¡Cuántos servicios nos prestan, con qué paciencia valor y afectos nos asisten!...» Luego, trazando el retrato de su propio médico, decía:

«Este no es solamente un médico, es un amigo. Por bien que le pague sus honorarios, siempre quedará siendo mi acreedor; la deuda del corazón permanece en pie...»

Y agrega elocuentemente Mauricio Albert: «Los más respetables entre los romanos del tiempo del imperio parece que han sido aquellos cuya ciencia, llena de adhesión, ayudaba á los hombres á vivir, y aquellos cuya noble doctrina los preparaba á bien morir. A Séneca toca la satisfacción de haber demostrado que unos y otros, médicos del cuerpo y médicos del alma, eran capaces de comprenderse, de estimarse y de amarse.»

Quizá no ha sido superfluo citar esta página llena de emoción, y probar que en todo tiempo los médicos verdaderamente tales fueron almas elevadas, corazones llenos de afecto, bienhechores de la humanidad. ¿Será preciso recordar que eso mismo sucede hoy también, y más que nunca? Nos ruboriza el pensar que ciertos colegas en la profesión de las letras parecen haber olvidado, en este último período, una verdad tan evidente como si sobre ellos hubiese soplado no sabemos qué mal viento. Y damos aquí las gracias á M. Albert por haber puesto en su punto las cosas mediante su sano y fortificante estudio.

En cualquier caso, dejémosles obrar. ¿Qué importa, después de todo? La calumnia no tiene más que un tiempo dado, y, como dice una hermosa máxima persa, *La verdad es grande; ella prevalecerá.*

II

Novelas históricas.

Renegado, por Agustín Filón. — *El Mímico Batilo*, por Juan Bertheroy. — *Corazón de rey*, por Carlos Foley. — *El Hermano Pelagio*, por madame J. Dieulafoy.

El género de la novela histórica sería enteramente de nuestro gusto si no fuesen, por desgracia, todas ellas ó demasiado ó muy poco históricas.

Las primeras, las demasiado históricas, tienen hartó motivo para ser fastidiosas; en ellas figura la novela sólo como un pretexto: el autor se ocupa principalmente en hacer que el lector presencie la vida y costumbres de una época pasada. Tipos de esta especie de novela son, á nuestro juicio,

la *Crónica del tiempo de Carlos IX* y *Salambó*, hermosos libros á no dudarlo; mas hemos de confesar que, así y todo, difíciles de leer. Por pequeña que sea en ellas la parte de fábula, todavía es demasiada para que durante todo el libro se nos haga un tanto sospechosa la exactitud histórica de las más concienzudas descripciones. Esto sin contar que de nada sirve la verdad de la pintura si no la acompaña una verdad igual en el análisis de los pensamientos y de los sentimientos, cosa poco menos que irrealizable cuando hay que inventar almas de antaño con todos sus elementos; de suerte que, por escasa que sea la parte de invención, nunca pueden hacernos el efecto de historias en absoluto. Y en cambio rara vez dejan de aburrirnos, pues no es posible que excite nuestro interés ni la intriga, á la cual vemos bien que apenas da importancia el autor mismo, ni la exornación, que jamás pasará de ser cosa accesoria y á la cual se concede excesivo valor para un asunto tan exiguo. Para que nos interesen novelas de este género, hay que agregar algo más que descripciones exactas y fieles relatos; hay que emplear un bello estilo y transformar la novela histórica en una especie de poema lleno de música y de imágenes. Así lo ha hecho Mme. Judith Gautier en los admirables libros *El Dragón imperial*, *La Hermana del sol* é *Iskender*. Pero ya por sí solo es bastante un bello estilo para interesarnos siempre, aun sin que sean menester tantas investigaciones y erudición. La *Leyenda de los siglos* y los *Poemas bárbaros* valen más que *Salambó* para evocar ante nosotros edades que desaparecieron, pues la poesía tiene el privilegio de dar á cuanto toca como una vida de encanto.

*
* *

Preferimos por nuestra parte á las novelas demasiado históricas las que no lo son en tanto grado: éstas son al menos

verdaderas novelas, escritas antes bien para agradar que para instruir, y en las cuales la historia no es más que un pretexto. No se preocupa en ellas el autor de resucitar épocas pasadas sino de dar sencillamente á sus invenciones un cuadro que les preste valor; propónese hacer más verosímiles, con menos coste, aventuras novelescas ó trágicas que le sería difícil conciliar con la idea que formamos de nuestra actual sociedad. De esta suerte entendida la novela histórica, es una forma decorosa de la novela de aventuras, y así no es extraño que vuelva á conquistar el favor del publico. Este, en el fondo, ha sentido adoración por ella, siendo en nuestro siglo las más leídas las novelas históricas así en Alemania é Inglaterra como en Italia y Francia. Si en ésta última parece haber caído en descrédito el género hace una veintena de años, es precisamente por haberse pretendido sustituir la antigua novela histórica con otra nueva, con una novela erudita é histórica de verdad, *realista* si así puede decirse, lo cual en último término á nadie podía gustar. Pero ha bastado que los novelistas vuelvan al método antiguo para hallar de nuevo lectores. ¡Es, en efecto, tan agradable poder seguir una intriga, interesarse en sus diversas aventuras, sin tener que acusarse de tener el gusto vulgar y de hallar grata la misma lectura que su portero ó su lavandera!

Abrigamos, por desgracia, el fundado recelo de que en esta segunda forma haya de fatigar muy pronto al lector la novela histórica. Llega un momento en que se cansa uno de ver mezclados nombres cébres y sucesos históricos con otros sucesos y nombres que sabemos son de pura fantasía. Por pequeña que en estas novelas sea la parte que ocupa la historia es todavía demasiado grande para impedirnos tomar la fábula tan en serio como fuera preciso.

*
* *

Sirva de ejemplo para nuestra tesis una novela histórica de Agustín Filón, *Renegado*. No hay para qué hacer saber á nuestros lectores cuán habil, ingenioso y lleno de encantos es este escritor. Ni entre nosotros existe tampoco quien más á fondo conozca y nos haga conocer las costumbres inglesas, tanto de nuestro tiempo como del pasado. La pintura que vemos en el *Renegado* es tan variada como llena de vida; se percibe en ella toda la verdad que es posible percibir. Mas por ser precisamente todo esto, deploramos que en ella haya mezclado M. Filón incidentes de imaginación, y que en vez de relatararnos una historia real, haya preferido interesarnos en aventuras ficticias; en efecto, figuras que nos eran ya familiares: Isabel, María Estuardo y el mártir católico Ballard, las ha mezclado con las de su narración; y el interés que por ellas sentimos, nuestro deseo de verlas más de cerca, los diversos sentimientos que en nosotros despierta su relato, todo nos impide conmovernos como se debería en las novelescas aventuras del infortunado Claudio Danby. Como admirable trozo de historia, recomiéndase sobre todo la primera parte de la novela. Ni Walter Scott, ni Kingsley, ni Bulwer nos han producido tan viva impresión tocante á la Inglaterra de tiempos pasados.

*
* *

No menos cabe recelar que la historia perjudique á la novela, y reciprocamente, en el *Mimico Batilo*, nuevo libro de Juan Bertheroy. Son Augusto y Mecenas figuras demasiado grandes para que nos resignemos fácilmente á verlas en segundo término. Pero este autor entiende la historia un poco al modo de Mme. Judith Gautier: para él es la historia en primer lugar un pretexto para emplear elevadas imágenes y frases de armoniosa pureza. Muéstranse con más desembarazo todavía sus cualidades de poeta en las narraciones en que

tiene que preocuparse menos del papel de historiador; conmueve infinitamente más que el retrato de los agravios entre Batilo y su amo y rival Pílates, un gran poema en prosa que con el nombre de *Albunea* une el autor á la obra. *Albunea* es apenas una narración, pero las nobles imágenes y las frases armoniosas se eslabonan en períodos llenos, matizados y sonoros, animados á veces de un verdadero aliento romano.

*
* *

En *Corazón de rey* ha evitado Carlos Foley con gran habilidad el defecto ordinario de la novela histórica. No ha tomado de la historia más que un solo cuadro; y aun ocurriendo en una pequeña ciudad del Oeste en tiempo de las guerras vendeanas, no deja por eso de ser su relato una sencilla novela de pasión, en que no intervienen los grandes hombres ni los acontecimientos notables de la historia; todo su asunto se reduce al amor de la gentil Ivette por el oficial republicano Gilberto, y al de Florisa, tía de aquélla, por el jefe vendeano *Corazón de rey*; no hay que buscar en él consideraciones generales ni una evocación del pasado, pero se admiran en cambio mil y mil detalles de exquisita intimidad, bellos caracteres y escenas de amor, ya dulces y placenteras, ya también trágicas. Desde luego ya es de suyo M. Foley uno de los novelistas jóvenes de más aventajadas dotes y de los que más asiduamente trabajan en variar y perfeccionar su manera. La *Carrera del matrimonio* y *Arriesga-todo*, otras dos novelas suyas, llevan también el sello de su originalísimo talento, audaz y discreto á la vez, en el cual se mezcla un poco de ironía á un alto grado de emoción.

*
* *

No sabríamos decir de golpe si es novela histórica *El Hermano Pelagio*, de Mme. Dieulafoy, ó más bien cuál es exactamente la parte de historia de la de leyenda y de invención en el bello relato de la vida, aventuras y muerte edificante de Santa Margarita. Nunca hasta hoy había escrito la autora una novela en que se diese menos espacio á la historia y mayor á la emoción y á la poesía. Tiene su libro verdaderamente algo del encanto cándido y puro de las antiguas leyendas; no es posible expresar qué agradable perfume de dulzura, de ingenuidad y verdad exhala esta hermosa santa de Languedoc, que vistió el hábito en un convento de benedictinos y tuvo que librar tan crueles batallas contra los sarracenos y contra su propio corazón.

Tal es este hermoso libro, uno de los que con más gusto pueden recomendarse para las lecturas de vacaciones. Habíamos siempre abrigado la idea de que se podría escribir bellas obras con sólo tomar una por una las historias de la *Leyenda dorada*, y sacar de ellas el debido partido. Pues bien; este es el trabajo que acaba de realizar tan felizmente Mme. Dieulafoy; eran menester, además de la buena voluntad, otras dos facultades que también posee la escritora en cuestión: la de comprender á fondo los tiempos antiguos y el gusto de la poesía.

TEODORO DE WYZEWA.

III

Francia supersticiosa.

Francia gusta de presumir de civilización refinada, y reivindica el primer lugar entre las naciones que han roto para siempre y por completo con los prejuicios y las supersticiones del pasado. Hay en esto evidente exageración, y, á poco que quiera tomarse el trabajo de reflexionarlo, se verá que ningún sacerdote griego ó augur romano, al estudiar las entrañas del buey degollado ó las mollejas de los sacros pollos, fué tan lejos en la vía del absurdo como van más de cuatro franceses que viven en Francia en el presente año de gracia.

Para convencerse de esta verdad, no es preciso salir de las grandes ciudades é ir á las provincias más atrasadas en busca de esta supervivencia de rancias preocupaciones. En París mismo son incontables las personas que se estremecen de horror al pensar que puedan sentarse trece á la mesa. Y á tal punto llegan las cosas, que ninguna señora, cualquiera que sea su temple de alma, se atreverá á fijar en esta cifra fatídica el número de convidados, segura de que uno ó varios de ellos dejarían de aceptar el convite.

El viernes inspira el mismo terror (1). En ese día, los ingresos de las empresas de transportes comunes (ferrocarriles, diligencias, buques) bajan del 25 al 30 por 100; hay seguridad de hallar asiento en el teatro: en la Opera son menores los in-

(1) En España es el martes el día nefasto.—(N. DEL T.)

gresos del viernes que los de los lunes y miércoles, en un 12 por 100.

En todas las clases sociales, sin distinción, existe también en París el miedo á los cuchillos puestos en cruz sobre el mantel, á la sal vertida, al tenedor en ángulo recto con la cuchara. al pan colocado con la superficie inferior hacia arriba; y personas de lo más escéptico, que nunca ponen los pies en la iglesia, trazan escrupulosamente una cruz en el pan con la punta del cuchillo, antes de empezar á cortarlo. Pasar por encima de una escoba caída en el suelo es la última de las imprudencias.

En París existen ciertas industrias cuya prosperidad expresa el carácter supersticioso de la población. Consúltense los periódicos de buen tono, que casi exclusivamente tienen por suscritores personas ricas: asombra el fabuloso número de somnámbulas, echadoras de cartas, adivinatoras y profetisas por medio de los posos del café ó la clara de huevo, que insertan en la plana de anuncios. En el pueblo y la clase media poco acomodada, se recurre á la somnámbula siempre que median asuntos de amor ó de dinero. Las somnámbulas de feria que dicen la buena ventura por diez céntimos, inspiran escasa confianza: es evidentísimo que no pueden exigirse serias revelaciones por una perra grande. Pero las somnámbulas establecidas en casa de lujo, con sala de espera y criado de librea, que operan con el concurso de un médico y se hacen pagar un centén por consulta, esas son objeto de la consideración más respetuosa.

Conócense los procedimientos empleados por estas pitonisas modernas: simulan el sueño magnético, para provocar el cual prodiga el médico asistente sus pases más cargados de fluido; después, cogen la mano del consultante, si éste interroga por su cuenta, ó un objeto propio de la persona acerca de la cual se van á pedir informes. Entonces, cuando el médico pronuncia la frase sacramental de *ya está dormida*, empiezan las preguntas. Si tienden á precisarse y á salir de generalidades, la somnámbula no da pie con bola. Por supuesto, en

la mayoría de los casos se limita á predecir á las jóvenes en estado de merecer que serán amadas por un príncipe ó un embajador, á las madres de familia la felicidad de sus hijos, y á las demás personas el buen éxito en sus empresas, el cariño de sus parientes y una gran herencia en breve plazo.

La echadora de cartas no es menos respetada que la somnámula. Invariablemente dice ser discípula de la señorita Lenormand, la cartomántica histórica, que contaba entre su clientela más asidua á la reina María Antonieta y á la princesa de Lamballe. Por lo común, sólo el vecindario próximo á esa adivinadora es quien la visita; pero á veces también acuden á ella desde todos los extremos de París, y hasta remite por el correo sus fallos á provincias. Por elevado que sea el precio de sus oráculos, nunca ha hecho retroceder á nadie ante el pago: mujer hacendosa y económica hay que castiga con el mayor rigor su presupuesto de gastos, y no vacilará en pagar cinco duros por la consulta á la echadora de cartas.

Digamos cuatro palabras acerca de este arte ignorado y del método que se emplea. Se echan las cartas con barajas comunes de cincuenta y dos naipes y sobre todo de treinta y dos nada más, ó con una baraja especial cuyos naipes se llaman *tarots*. Los cuatro palos, oros (*carreau*), copas (*cœur*), espadas (*pique*) y bastos (*trèfle*), tienen significados generales diferentes. El palo de oros no es favorable, el de espadas aún es más funesto; el de bastos es más consolador, y sólo el de copas es plenamente favorable. Pero, en el mismo palo, cada naipe tiene una significación particular. Por ejemplo: el rey de copas representa un hombre de buena voluntad, el caballo de copas (*dame de cœur*) es una mujer amable, la sota (*valet*) es un militar simpático, el diez promete una sorpresa, el nueve una reconciliación y el siete presagia un buen casamiento. En el palo de oros, el rey es un hombre que trata de hacer daño, el caballo una rubia murmuradora, la sota un portador de malas nuevas, el as una carta, el diez una boda inesperada, el nueve un retraso en recibir dinero, el ocho una sorpresa des-

agradable; sólo es favorable el siete, que anuncia buena suerte en la lotería ó en la Bolsa. Con las espadas entramos en lo temible: el rey es un hombre de justicia, el caballo una viuda que engaña á V., la sota un amigo que le vende; el as anuncia una gran desgracia, el diez encarcelamiento, el nueve un gran apuro, el ocho una mala noticia, el siete riñas y disputas. Con los bastos recibe el corazón un poco de bálsamo; el rey es un hombre justo y dispuesto para hacer un favor, el caballo una mujer amante pero celosa, la sota un mensajero de boda, el as una ganancia segura, el diez buen éxito en los negocios, el nueve triunfos en amores, el ocho grandes esperanzas y el siete debilidades del corazón.

Para hacer hablar al oráculo, la cartomántica hace que el consultante saque con la mano izquierda doce naipes de la baraja completa; después los pone en fila, observando si la persona que consulta está representada en las cartas que han salido. Para esto, conviene saber que los célibes rubios están representados por la sota de copas, y los morenos por la sota de bastos; los casados rubios lo están por el rey de copas, y los morenos por el rey de bastos; las casadas rubias por el caballo de copas, y las morenas por el caballo de bastos. Cuando las doce cartas sacadas no contienen la representación de la persona para quien se las interroga, será preciso volver á empezar hasta conseguir ese resultado.

Extendidas así las cartas encima de la mesa, se cuentan siete á partir de la que personifica al consultante, otra vez siete desde esta segunda, y así sucesivamente hasta la última. Luego se barajan y se dividen en cuatro paquetes de tres cartas cada uno: el primero es para la persona que interroga, el segundo para su casa, el tercero para lo que ha de suceder, y el cuarto para su sorpresa; en este último conviene buscar el pensamiento secreto y definitivo del oráculo.

La cosa no puede ser más sencilla, según se ve; por eso gran número de personas, casi exclusivamente mujeres, desdennan recurrir á la cartomántica, y ellas mismas se echan las

cartas. Es imposible imaginar la influencia que este pueril recreo ejerce, no sólo en las ideas, sino hasta en los actos de ciertas gentes. Las cartas dictan la conducta que debe observarse en más de cuatro ocasiones, y acerca de ello podemos citar la frase típica de una vieja, que fué juzgada por haber pegado brutalmente á una de sus vecinas: «Las cartas me han dicho que seré condenada y que me llevarán á la cárcel; pero han añadido que no sería para mucho tiempo, y que hice bien en obrar como obré.»

Con seguridad, los jugadores son los más supersticiosos de todos cuantos tratan de arrancar al porvenir sus secretos. Los mismos que en la vida corriente dan pruebas de la más completa independencia de espíritu, así que se sientan á la mesa de juego son víctimas sinceras de las más grotescas preocupaciones y creencias. Una moneda horadada es un amuleto excelente. También es muy bueno pasar la mano por la espalda á un jorobado, antes de afrontar las luchas del tapede verde; y todos los parisienses recordarán á cierto mandadero llamado de apodo Bobosse, quien, durante veinte años, estuvo por la noche á la puerta de los casinos, ofreciendo á los jugadores la joroba para que la tocasen. De este modo obtenía cuantiosos ingresos, ganando de ciento á doscientas pesetas diarias. Pero el pobre Bobosse concluyó miserablemente: en el mes de Mayo de 1883 encontrósele ahorcado en su aposento de Montmartre; en vez de atenerse á su lucrativo papel de fetiche, jugaba también y perdía. Así se evaporaron sus ganancias en las chir-latas, y al morir no dejó más herencia que la cuerda que le sirvió para ahorcarse.

Verdad es que esta herencia no carecía de valor, pues la cuerda de un ahorcado es un amuleto de primera clase. Por la suya, recogida por el comisario de policía del barrio de Clignancourt, se ofrecieron las sumas de dinero más extravagantes, pues no cabe duda que debía de gozar de un poder extraordinario: ¡cuerda de ahorcado, y el ahorcado nada menos que un fetiche!

Citemos de paso el temor supersticioso, bastante difundido, á las personas que hacen «mal de ojo». Esta superstición ha sido importada de Italia, donde florece á sus anchas. Aún son numerosos hoy los *jettatori* parisienses, temibles para los creyentes; entre los ya difuntos, parece ser que el más *dañino* era el maestro Offenbach.

Si salimos de París y vamos á provincias, ensánchase nuestro campo de experimentación y llegan á nosotros en enjambre las creencias más extrañas y hasta incomprensibles. En seguida de pasar la línea de las fortificaciones, en los alrededores próximos á París, las hallamos interesantísimas entre los hortelanos. La incubación de los huevos de gallina, que en esa región es un manantial de grandes ganancias, ha dado, por su parte, origen á muchas supersticiones. Todas las arrendatarias de la comarca, aseguran que á una gallina no se le debe dejar que empolle un número impar de huevos, porque no sacaría ninguno. Pero si ese número impar fuese el 13, produciríase un fenómeno espantoso: el décimotercio huevo (?) sería «un huevo de culebra»; lo cual quiere decir que contiene una sierpecilla que saldría antes que los pollos y los iría devorando uno tras otro, conforme rompiesen el cascarón.

Añadamos que haciendo las tempestades que «se malogre» la incubación, ha habido que preocuparse de hallar un remedio para ese peligro. El remedio es de lo más sencillo, y nos garantizan su eficacia: basta poner una herradura en el nido; la tempestad no podrá ya nada contra los huevos, y la incubación tendrá feliz éxito.

El Vexin francés, una de las partes más ricas, más fértiles y más ilustradas de Francia, nos aporta una superstición muy divertida. El pueblecillo de Pressagny-l'Orgueilleux, á pocos kilómetros de Vernon (Eure), posee una iglesia puesta bajo la advocación de San Adjutor, y hay en ella una estatua colosal del santo, hecha de yeso. A mediados del siglo XVIII, difundióse el rumor de que ese yeso, hecho polvo, curaba los cólicos de los niños. Desde entonces, tal prisa se han dado las

mujeres de los contornos á raspar la estatua, que ambos brazos han desaparecido ya y amenazan ruina las piernas. Esta superstición se encuentra, bajo una forma idéntica, en cierto número de pueblos franceses, y principalmente en la Mayenne. En Saint-Céneri, de esa provincia, hay un peñasco de granito, considerado por unos como el propio lecho del Santo, y por otros como un *menhir* druidico. Los peregrinos acuden allí desde muy lejos para raspar esa piedra y hacer que sus hijos traguen el polvo de ella. En Saint-Léonard-des-Bois, de la misma provincia, existe una piedra semejante; pero, en este caso, sólo goza de propiedades curativas el musgo que la cubre.

En toda esa región, en Normandía y en Bretaña, se atribuye virtud para curar las enfermedades á una especie de piedra llamada bezoaria, que dicen hallarse dentro de la cabeza del sapo. En el Centro, por el contrario, la piedra que contiene la cabeza del sapo no puede curar ninguna enfermedad, en atención á que es pura y simplemente un *diamante azul*.

Bretaña es la tierra clásica de las supersticiones de todas clases. En ese antiguo solar druidico cada piedra tiene su historia, sus virtudes, sus peligros. El campesino retrasado que regresa á su casa á la luz de la luna, ve á los duendes y fantasmas bailar en el páramo, y oye á las ánimas de los difuntos lamentarse dolorosamente en los árboles del bosque. Por eso las creencias más locas (á menudo también las más poéticas) abundan literalmente en las provincias de Morbihan, Finisterre y costas del Norte. Chateaubriand refiere una bonita leyenda, de aspecto pagano, que se ha perpetuado supersticiosamente hasta nuestros días.

Un feroz y cruel señor de Montfort-del-Men (Ille-et-Vilaine) tenía encerrada en su castillo á una joven muy hermosa, la cual pidió á San Nicolás que la salvase, y consiguió huir; pero los criados del señor pusiéronse á perseguirla. A punto de ser alcanzada, buscaba auxilio por todas partes: sólo habia allí ánades hembras en una charca. La joven puso á esos ani-

males por testigos de su inocencia, y el santo la dió fuerzas para librarse de sus perseguidores; pero murió dentro del año.

El 9 de Mayo siguiente, en la festividad de San Nicolás, un ánade hembra silvestre se presentó en la iglesia, acompañada por sus polluelos, dió vueltas alrededor de la estatua del santo y regresó á la charca, después de dejar como ofrenda una de sus crías.

Esa es la leyenda. Pero los habitantes de Montfort afirman que desde trescientos años acá no ha dejado de presentarse *la misma ánade* con su pollada; no se la ve más que una vez al año, porque desaparece en seguida, sin haberse conseguido averiguar dónde se oculta.

San Lorenzo del Pouldour (Finisterre) recibe cada año la visita de numerosos peregrinos procedentes de todos los puntos de la Baja Bretaña. Después de restregarse las manos y la cara contra los pies de la imagen, los peregrinos se quedan en cueros vivos y se zambullen en la fuente. El efecto que de esas abluciones se espera es el de curar el reumatismo; pero en realidad matan á medio centenar de personas cada año. Por eso los peregrinos circunspectos se bañan por apoderamiento: por unas cuantas monedas, cualquiera de los numerosos mendigos que están alrededor consiente en darse el baño frío.

Dirinon (Finisterre) posee una roca, en la cual existe una oquedad que, dicese, sirvió de cuna á San Divy: esa excavación tiene maravillosas propiedades. Los niños que tienen una raya azul entre ceja y ceja fallecerían sin remedio, á no existir esa bienhechora oquedad; pero basta echarlos en ella un ratito, para asegurarles una longevidad razonable.

El recuerdo del héroe Rolando, que se encuentra hasta en ese país, ha dado margen á una curiosa creencia. En Dom-pierre-du-Chemin (Ille-et-Vilaine) hay una *pedra goteadora*, es decir, por donde rezuma un tenue chorrito de agua que cae gota á gota. Los habitantes de la comarca ven en ello «las

lágrimas de la viuda de Rolando», y afirman que la conclusión de ese llanto anunciará el día del juicio final. El bonito pueblecillo de Matignon, en las costas del Norte, posee una imagen de San Huberto, á la cual llevan todos los perros rabiosos de la comarca. Por desgracia, la imagen no tiene el poder de curarlos, ni aun el de hacerlos inofensivos: limitase á guardarlos y no permitir que se alejen.

Al *menhir* de Kerloas (Finisterre) se le atribuyen extrañas propiedades. En dos caras opuestas, y á la altura de un metro, tiene una prominencia redonda, de unos 33 centímetros de diámetro. «A veces—dice el Sr. de Fréminville—se ve, al acercarse la noche, dirigirse una pareja de recién casados al pie de ese *menhir*, quedarse en cueros y frotarse contra esas protuberancias, la mujer en una de ellas y el hombre en otra. Después de esta ceremonia, efectuada con la fe más profunda y la seriedad más imperturbable, ambos esposos regresan alegres á su hogar, seguro el marido de tener hijos varones, y la mujer satisfecha de que podrá toda su vida gobernar á su antojo á su marido.»

Pudiéramos multiplicar hasta lo infinito los ejemplos de esta especie. En efecto, según el parecer de los labriegos bretones, la fecundidad de las mujeres está sometida á múltiples influencias que importa hacer favorables. Por eso no tienen número las prácticas á que se entregan las jóvenes esposas ávidas de asegurarse una progenitura. Pero esas prácticas tienen un carácter tan primitivo y recuerdan tanto el culto del Priapo griego, que no podemos decir aquí nada más acerca del asunto.

Para el campesino francés, lo más importante de todo y lo que más le embarga el ánimo es el afán por «los bienes de la tierra». Por eso abundan las supersticiones en esta materia especial. Algunas se han cristalizado en proverbios, á menudo ridículos y erróneos, á veces hasta contradictorios, aun cuando no por eso dejan de ser artículos de fe para la masa de los agricultores. Son conocidas las consecuencias de que lleva en el día de San Medardo, y la feliz corrección que puede

hacer de ellas San Bernabé. Si ha llovido en el día de San Medardo (8 de Junio), lloverá sin interrupción durante cuarenta días (la cifra del Diluvio); á menos que San Bernabé (11 de Junio) no repare con un sol espléndido las amenazas de San Medardo. Pasemos revista á algunas de las más extrañas de esas supersticiones.

En el mes de Mayo se celebra la romería de San Herbot. Durante tres días, todos los bueyes de Cornouailles son conducidos á la capilla y presentados al Santo, porque esa visita los librará durante el año de todo riesgo de enfermedad contagiosa. En otro tiempo, los bueyes tenían que dar tres vueltas alrededor de la capilla para adquirir esa inmunidad. Hoy están dispensados de darlas, mediante la ofrenda de algunos pelos del rabo. Esto parece pueril; pero se comprenderá cómo no es inútil esta ofrenda, al saber que esas crines, vendidas en beneficio de la iglesia, dejan al año una ganancia de mil quinientas á mil ochocientas pesetas. Después de una epidemia bovina, esa suma se eleva fácilmente al duplo.

Por supuesto, San Herbot solo no bastaría para proteger á todos los bueyes de la Baja Bretaña; le ayuda en esa tarea San Cornély, que ha llegado á ser patrono de Carnac. El procedimiento es aquí un poco diferente y mucho más lucrativo. Los habitantes de esa región ofrecen á San Cornély vacas que la iglesia vende en provecho de ella y que alcanzan precios muy altos, como animales sagrados. La fábrica vende también las sogas que han servido para conducir esas vacas; páganse á precio de oro, pues tienen la virtud de mantener indemnes de toda epizootia á los animales que las llevan puestas. A los dos anteriores se agrega San Nicodemus; pero extiende su tutelar influencia hasta los hombres, claro es que en ciertas condiciones. Junto á su capilla, entre Pontivy y Band, existe una fuente en la cual hacen sus abluciones los habitantes para preservarse de las enfermedades epidémicas. Mas para que el agua tenga todas sus virtudes, necesitase que varias semanas antes de la fiesta del santo se dejen crecer la

barba, y se la afeiten por la mañana de ese gran día en el banco de piedra que rodea á la fuente.

No insistiremos acerca de la creencia en los sortilegios y maleficios, que no es exclusiva de Francia y se halla en todos los pueblos de Europa, con diferencias levisimas casi siempre. Lo mismo acontece con la terapéutica empírica (hierbas cogidas en un cementerio, á media noche, con luna llena) y con los curanderos quirúrgicos, por lo común albéitares de pueblo, que operan á los enfermos y suelen dejarlos estropeados. Aparte de eso, hay á veces en tales supersticiones algún fundamento visible de verdad; esos taumaturgos campesinos tratan con habilidad manual ciertas torceduras accidentales de un pie, ciertas dislocaciones de las más sencillas. Pero véase un tratamiento para la curación de las verrugas que entra de lleno en nuestro cuadro. Es propio de la provincia de Aveyron.

Ante todo, el hombre que tiene verrugas debe contarlas con cuidado y sin omitir ninguna, pues de lo contrario lo echaría todo á perder. Cuando está seguro de su número, debe proveerse de otros tantos garbanzos, meterlos en un taleguillo de lienzo y dejar éste en una encrucijada de caminos que se corten en ángulo recto. Mientras el saquito sigue intacto, el hombre conserva las verrugas; pero en cuanto un transeunte lo recoge y lo abre, al punto desaparecen como por ensalmo las verrugas, para transferirse al cuerpo del imprudente y fijarse en puntos análogos á los que ocupaban en el de su primitivo poseedor.

En la Rouergue hay otra superstición conmovedora. Cuando fallece un propietario de colmenas, hay que poner en cada una de éstas un pedazo de gasa negra, en señal de luto; sin eso, las abejas se morirían ó se irían á formar enjambre en otra parte.

El Mediodía de Francia, y sobre todo el Sudeste y el Levante, son infinitamente más refractarios á las supersticiones. Apenas si allí se descubre la creencia (muy difundida por todas

partes) de que nunca se debe hacer daño á las cigüeñas y á las golondrinas, porque dan buena suerte á las casas donde suelen acudir. Sin embargo, señalaré otra superstición muy extraña, en el sentido de ser la única de su especie en Francia, y que se ha sostenido hasta nuestros días en el Lyonesado.

Según los habitantes, cada casa posee su genio familiar, que se designa con el nombre de *sirviente*. El *sirviente* vela por los pequeños quehaceres de la casa, impide que se apague la lumbre, desenreda el cáñamo en la rueca de la hilandera, expulsa á las ratas que van á comerse el trigo del amo ó la ración de avena de las caballerías, guarda los huevos contra los ataques de las garduñas y de las zorras y hasta consigue que en los grandes calores no se agrie la leche. Este es el protector de la granja, el dueño de la casa. Pero tiene otra cualidad, la de ser visible. Encarnado en un gato negro ó en una gallina negra, aparece á la vista de todos, se deja halagar, acariciar, alimentar, y además goza del privilegio de la inmortalidad. En efecto, nunca se le ve morir. El día menos pensado desaparece sin dejar ni rastro ni reliquia: durante ese tiempo, todo se lo lleva la trampa en la alquería. Después aparece de pronto otro, en forma de gato negro ó de gallina negra, recobra las funciones abandonadas, y todo vuelve á entrar en caja.

Mucho habría que decir aún acerca de las supersticiones de Francia. Sólo hemos apuntado las más características, y de las cuales proceden más ó menos todas las demás. En último extremo, con ellas basta para demostrar que aún tiene Francia que hacer mucho para destruir por completo el yugo de sus postreras supersticiones.

IV

El rescate de la gloria.

La muerte de Sofia Kovalevsky, la célebre profesora de matemáticas superiores en la Universidad de Stockolmo, ha dado margen á una multitud de memorias y estudios consagrados á esa mujer ingeniosa y notable, tanto por su ciencia, como por su carácter enigmático y extraño. El tipo de este ilustre sabio con faldas, acaba de tentar también á la señora Arvède Barine, quien, aprovechando materiales entregados á la posteridad, primero por la misma señora Kovalevsky, en una especie de autobiografía publicada por el *Viestnik Ievropy* (1890), y luego en sus *Recuerdos*, por la señora Leffler, duquesa de Cajanello, la novelista sueca recién fallecida, nos traza un hechicero retrato de la señora Kovalevsky, una exquisita perla psicológica, que se lee como una novela y que nos apasiona como un verdadero problema moral. Aprovecharemos ese estudio (*Revue des Deux-Mondes*, 15 de Mayo) para traer á la memoria de nuestros lectores la imagen de aquella mujer extraordinaria, cuya vida no hizo sino ilustrar la tan conmovedora frase de la señora de Staël: «Para una mujer, la gloria no es más que el espléndido luto de la felicidad.» Porque, como decía la señora Kovalevsky, tuvo en su vida todo, gloria, homenajes, la admiración del mundo; y no careció sino de lo que le era indispensable.

«Cualquiera otra criatura humana, decía Sofía, habrá recibido la parte de felicidad que para mí deseé y con la cual soñé siempre.»

Desde su infancia le tocó á Sofía mal lote en la vida. Nació en mala ocasión. Su padre, el general Krukovsky, había

vuelto á casa después de grandes pérdidas al juego, cuando Sofía hizo su entrada en el mundo, en Moscow, en 1850. «La *barinia* (su madre) ni siquiera quiso mirarla», como no se cansaba de repetirla después su *niania* (nodriza):

«Los Krukovsky eran de regia estirpe: descendían de Matías Corvino, rey de Hungría. Educaron á sus hijos, un varón y dos hembras, con arreglo á la rancia tradición aristocrática, es decir, desde muy arriba y desde muy lejos... El padre se mostraba á sus hijos en ocasiones raras y solemnes, con su uniforme lleno de entorchados de oro... Dejábase admirar como un idolo ó como el buey gordo... Sofía era plebeya de sentimientos. Nunca pudo comprender el concepto aristocrático de la familia, y oprimíasele siempre el corazón al pensar en su infancia falta de caricias...

Los tres niños dormían en un aposento ahogado, con la *niania* y una pobre criada... No los llevaban á paseo. Nunca se abrían las ventanas. Jugaban, comían, vivían allí con un montón de comadres á quienes la *niania* obsequiaba con te y café... «Preciso es convenir, dice Sofía en sus *Recuerdos*, que no ocupaban mucho tiempo nuestro aseo y embellecimiento personales...» Este magnífico régimen dió los frutos que eran de esperar. La falta de aire y de ejercicio, los miedos y las pesadillas produjeron en la futura émula de Eulero una enfermedad nerviosa que llegó hasta las convulsiones. Por fortuna para las matemáticas, su padre se retiró del servicio en 1856 y fuese á vivir en sus posesiones de Palibino, en la provincia de Vitebsk... Allí advirtió que la educación de sus hijos iba de mala manera... Enfurecióse por ello... Fué despedida la institutriz francesa, la *niania* quedó relegada al cuarto de la plancha y costura, y ocupó el lugar de ambas un aya inglesa.

Aquí comienza la nueva fase de la vida de Sofía. La inglesa, aunque educada en Rusia, había conservado intactas las virtudes de su raza, la energía y la constancia, y puso todo su empeño en hacer de las hijas del general ruso unas «*misses inglesas modelo*».

Toda la servidumbre doméstica conjurada no pudo impedir la invasión del jabón, de los *tubs* y del aire en la casa. La niña Sofía parecía regenerada; pero habíase vuelto casi una extraña para sus padres, porque temiendo la inglesa malas influencias, la aislaba cada vez más.

Palibino era una residencia extraviada y al resguardo de las nuevas ideas que invadían á Rusia por aquel entonces. Y, sin embargo, á la sazón pasaban cosas extrañas en el país de los Czares. He aquí cómo lo cuenta en sus *Recuerdos* la misma Sofía Kovaleusky:

«En el período comprendido entre 1840 y 1870, todas las clases inteligentes de la sociedad rusa no se ocuparon sino de una sola cosa: la discordia doméstica entre viejos y jóvenes. ¿Cuál es la familia noble acerca de quien no se oyó hacer siempre la misma pregunta y contestar no menos invariablemente: «¿Están reñidos los padres con los hijos?» Y los disentimientos nunca eran causados por cuestiones materiales. Producíanlos siempre, sin excepción, cuestiones puramente teóricas y de un carácter abstracto. «No eran de un mismo parecer.» Nada más; y bastaba eso para que los hijos abandonasen á sus padres, para que los padres renegasen de los hijos.

»Entre éstos, en particular entre las jóvenes solteras, reinaba una verdadera epidemia consistente en huir de la casa paterna. En nuestra inmediata vecindad todo iba bien aún, gracias á Dios; pero comenzaba á oirse decir que, más lejos, la hija de tal ó cual propietario se había escapado de su casa para ir á estudiar al extranjero, ó para afiliarse entre los nihilistas en San Petersburgo...»

La ruptura entre «padres é hijos», tan bien descrita en la novela de Turgueneff que lleva ese título (1), tenía motivos más hondos. Con el advenimiento de Alejandro II al trono, había comenzado la época de las grandes reformas. Sin embargo, el emperador creyó poder llevar á cabo su obra valiéndose de

(1) Hay una excelente traducción española de esta preciosa novela.

los hombres del pasado. Pero como éstos hacían todo lo posible por poner obstáculos á sus vastos proyectos, resultó de ahí sin igual desconcierto, un tira y afloja, un baturrillo de libertad y arbitrariedades, de actos débiles y de actos en extremo severos. Cosas hasta entonces tenidas como normales, habíanse vuelto de pronto intolerables; surgían á diario nuevos proyectos, y la población estaba cada vez más enervada de resultados de eso. De teoría en teoría, de discusión en discusión, había sobrevenido un formal disentimiento entre padres é hijos.

¿Qué pasaba en la familia de Sofía? Ana, su hermana mayor, era la mujer slava de las novelas cosmopolitas: impresionable y caprichosa, seductora y versátil. Era la gracia misma, muy blanca y muy rubia, con ojos verdosos y lánguidos, que echaban llamas á cada frase entusiasta. A la edad de quince años leyó muchas novelas, y pasaba días enteros en una especie de torre abandonada, bordando y soñando. A los diez y seis años volvióse pensadora, leyendo una novela de Bulwer; lloraba entonces por la suerte de la humanidad, que no sabe lo que la espera, y adquirió un aire triste y dulce que inspiraba gran respeto á su madre y á su hermana. A los diez y siete años quiso hacerse actriz, y quedóse inconsolable porque su padre la negaba el consentimiento.

El hijo del cura de la parroquia (*pope*), Alexis Philipovitch, atacado por el contagio de las nuevas ideas, se encargó de enseñárselas á la joven: él fué también quien dió á Ana libros y folletos incendiarios. Bajo la influencia de nuevas ideas, habíase vuelto agresiva, y se las tenía tías con su padre, con palabras irritadas. El padre y la hija concluyeron por no hablarse ya. Y no se limitó á eso la decepción del pobre general. Pero escuchemos más bien á la señora Barine:

«Aniutcha (diminutivo de Ana) tenía entonces diez y ocho años. Su padre sorprendió una carta dirigida á ella, y estuvo á pique de caer desmayado, lleno de vergüenza y desesperación. Supo, á la vez, que su hija sostenía correspondencia secreta con un «licenciado de presidio», Fedor Dostoievsky, el

autor de *Crimen y castigo*; que escribía cuentos para el periódico de Dostoievsky, y que la pagaban sus manuscritos. Todo completo: la deshonra de la familia era un hecho consumado. Ese descubrimiento se hizo en una tarde, luego de la hora de comer. El general, herido en el alma, encerróse en su despacho. Aquel día había un gran baile en Palibino; pero el dueño de la casa no se presentó en él. Su mujer y su hija escapábanse de vez en cuando del salón para ir á escuchar á su puerta. Nada se oía dentro; y así concluyó el día, así pasaron la velada y la noche. Cuando se hubo alejado el último carruaje, el general Krukovsky mandó llamar á su hija mayor, prorrumpió en vehementes cargos y la predijo un fin ignominioso, después de lo cual parece haber quedado sin bríos ni fuerzas para luchar más. A partir de esta catástrofe, siempre se le ve doblegarse y ceder. Había estado ciego, pero era muy digno de lástima. En torno suyo, bajo su propio techo, hundíanse todas las ideas, todos los sentimientos, todas las preocupaciones que estaba acostumbrado á querer y á respetar, de los cuales había vivido siempre; y su propia sangre, su bella Aniutcha, de la cual estaba tan orgulloso, era quien destruía esa herencia sagrada bajo el imperio de un furor incomprendible. Su hija era periodista y demagoga; había para agobiar á un hombre para quien eran sinónimas las palabras honor y corrección.

»Pero su segunda hija también preparaba sorpresas al general. A la edad de diez y siete años, Sofía hubiera parecido una persona de cuidado á padres más ó menos perspicaces. Su cuerpecillo flaco y su corta cabellera dábanle el aire de una chicuela de catorce años. Pero en ese rostro infantil ardían dos ojos negros, cuya enérgica mirada era impropia de sus años y hasta de su sexo... Tímida y temerosa, temblaba ante la idea de producir un disgusto; hasta el momento en que formaba la resolución de querer esto ó lo otro, y una vez tomada no retrocedía nunca. Esos deseos eran tan intensos (dice la duquesa de Cajanello), que tomaban siempre en ella el carác-

ter de verdaderas pasiones. En resumen: una naturaleza impulsiva, rebelde á la disciplina.»

Hacia el año 1867, toda la familia se fué á Petersburgo. La juventud rusa estaba entonces en plena insurrección, y la capital era el centro más levantisco. La mujer rusa pedía libertad para ella, y hacía valer sus derechos á instruirse. A falta de establecimientos nacionales de instrucción, las jóvenes solteras pedían el poder de irse al extranjero. Por supuesto, el movimiento femenino ruso de hace un cuarto de siglo fué de lo más generoso. Las jovencitas no exigieron más que ensanchar el círculo de su abnegación y el derecho de servir á su pueblo. Los padres trataban todos esos proyectos de «majaderías ó de pretextos para correr aventuras». No podían ni querían decidirse á exponer á sus hijas á los riesgos de una residencia en el extranjero, entre gente moza y en cuartitos amueblados. Entonces crearon las muchachas la institución de los «matrimonios fingidos».

Buscábase á un joven de las nuevas ideas, se le introducía en la familia y se casaban con él, sin más ni más. Pero eso no era si no una boda de convención: las jóvenes parejas se limitaban al culto de la amistad, renunciando de antemano á hacer intervenir en sus relaciones el amor físico y brutal. El matrimonio ficticio hizose muy popular entre la juventud entusiasta rusa. Según la señora Kovalevsky, se contaron por centenares las jóvenes que recurrieron á ese medio para librarse de su familia é ir solas por el mundo en busca de su ensueño humanitario ó de una conquista científica.

Cuando menos lo pensaba, Sofía y Ana pidieron permiso á su padre para ir á estudiar en el extranjero. Puede imaginarse el asombro y la indignación del veterano general. Ambas hermanas celebraron consejo de guerra con una amiga llamada Inna, y decidióse recurrir á un casamiento fingido. Pasaron revista á los jóvenes que pudieran convenir para marido en chanza, y echaron el ojo á un joven profesor de universidad á quien apenas conocían. En el acto fueron las

tres locas á pedirle su blanca mano para una de ellas. El profesor recibió á sus visitantes, quienes, en el mayor apuro, al principio no se atrevieron á explicar el motivo de su presencia; pero Ana armóse de todo su valor y expuso el objeto de la visita. El joven tuvo el buen gusto de responder que no quería prestarse á esa combinación, y se despidieron como buenos amigos. Resolvieron entonces dirigirse á un joven estudiante, Vladimiro Kovalevsky, el cual aceptó. Pero en vez de elegir á Ana ó á Inna, pidió en casamiento (ficticio) á la pequeña Sofía. Mala señal era esto, porque el matrimonio fingido no debe tener preferencias. Además, ¿cómo decidir al general á que concediese la mano de Sofía á Vladimiro?

Después de negarse en redondo el general, hubo que recurrir á un efecto de teatro. Sofía eligió un día en que sus padres daban un gran banquete, para desaparecer á la caída de la tarde. Dejó encima de una mesa la clásica esquila, que fué entregada á su padre delante de todos los convidados: «Papá, perdóname; estoy en casa de Vladimiro; te suplico que no te opongas á mi boda con él.» Salió el general y regresó á los postres con Sofía y su prometido Vladimiro. Casáronlos, y partieron para Alemania en 1868. La joven pareja se estableció en Heidelberg: el caballero estudiaba geología; la señora, matemáticas. Bien pronto fueron objeto del asombro de todos los profesores las pasmosas facultades de Sofía. Su marido se había dejado tranquilamente reducir á la esclavitud. El era quien se ocupaba de la casa, quien hacía los recados y comisiones, compraba los vestidos de la señora y discutía la hechura de ellos con la modista. Una estudiante rusa, convertida también á los casamientos ficticios, vivía con ellos y les daba certificados de buena conducta, chocantes hasta más no poder. He aquí uno de ellos tal como lo copia en sus *Recuerdos* la señora Kovalevsky:

«Su joven marido (el de Sofía) la amaba con un cariño ideal en absoluto, sin la menor mezcla de sensualismo. Ella parecía sentir por él una ternura de la misma naturaleza.

Uno y otra tenían el aire de permanecer aún extraños á esa pasión enfermiza, á la cual suele darse por lo común el nombre de amor.»

Sofía y Vladimiro jugaban á maridito y mujercita, como unos niños que eran. La llegada de Ana y de Inna, que fueron á reunirse con ellos, lo echó á perder todo. En primer término, Vladimiro tuvo que coger los bártulos é irse con la música á otra parte, para dejar sitio á las recién venidas. Pero cometió la imprudencia de no manifestar gran pena por ello, y Sofía se lo echó en cara... «Con tal de que tenga libros y té, decía ella con amargura, está del todo satisfecho.» Iba á casa de Vladimiro y allí pasaba todo el día. Vladimiro acabó por comprender que el oficio de marido de mentirijillas no era una canonjía. Cedía por tener paz, lo mismito que en un matrimonio de veras; y entonces tenía que vérselas con Ana y con Inna, quienes le echaban duramente en cara su conducta.

«Desde el momento, decían éstas, que es un matrimonio ficticio, no conviene que Kovalevsky dé un carácter demasiado íntimo á sus relaciones con Sofía.»

Si Vladimiro hubiese sido psicólogo, hubiera comprendido la conducta de Sofía y quizá se hubieran arreglado las cosas. Pero no era más que paleontólogo y no eran de su incumbencia los seres vivos, como hace notar la Sra. Arvède Barine. Exhausto de fuerzas, concluyó Vladimiro por huir á Jena; yendo de vez en cuando á visitar á Sofía, que no le era del todo indiferente. La situación de ésta iba haciéndose cada vez más falsa y complicada. Sufría al verse sin guía y sin apoyo, condenada como estaba á inaugurar el reinado de la mujer independiente y marimacho, cuando eran visibles su timidez y su incapacidad práctica.

Ya la tenemos fija en Berlín en 1870, pidiendo á la ciencia que adormeciese su hastío; donde concluyó por abdicar sus prevenciones contra las mujeres marisabidillas. Pero ¡ah! la sed de vivir, que sentía cada vez más y que no se apaga con

las soluciones matemáticas, por ingeniosas que sean, no cesaba de minar su existencia.

Entre tanto, su hermana Ana vivía en París, donde entró en relaciones con el Sr. I..., miembro de la *Commune*. El sitio de París los sorprendió en pleno idilio amoroso. Apenas quedó abierto el bloqueo, acudió allí Sofia con su fiel Vladimiro; y, pocos días después, el general Krukovsky quedó informado de que era indispensable que cierto comunero llegase á ser su yerno, y que ese yerno estaba en vísperas de ser fusilado. Voló el general, salvó al comunero y regresó con toda la familia á Rusia.

«En 1874, hacia el otoño (dice la Sra. Barine), la familia Krukovsky pudo hallarse de nuevo reunida en Palibino y hacer el balance de los diez años últimos, desde el punto y hora en que el nuevo espíritu sopló en la venerable mansión señorial y barrió el pasado. Consagraron allí las largas veladas de invierno á las tertulias en torno del *samovar*, y halláronse ante resultados tan absurdos que era cosa de reir ó de llorar. Ana, convertida plebeyamente en la Sra. I..., confesaba estar aburrida ya de sensaciones raras y de emociones violentas. Había tenido más de las que quiso, y á la sazón era una mujer muy hastiada, curada del gusto por las «tempestades tumultuosas.» Para colmo de humillación, era presa de «esa pasión baja y enfermiza que suele llamarse por lo común amor.» Estaba chiflada por su marido y atrozmente celosa de él. Entre tanto, éste, arrellanado en una gran butaca, y no menos hastiado, escuchaba las conversaciones con una expresión sarcástica. Los dos han muerto jóvenes.

»Sofia regresaba de Alemania colmada de gloria científica. Sin embargo, no entró como triunfante en el hogar de sus abuelos, sino como un ave azotada por la tempestad. Ya no podía más, ni de cuerpo, ni de alma. Estaba harta de ciencia, y desilusionada. Mientras que la fama de su gloria iba á despertar la ambición en los corazones femeninos, el objeto de tantas envidias pasaba los días jugando á los naipes, leyendo novelas y tratando de no pensar.

»La muerte del anciano general puso término á la reunión de la familia en Palibino. Dispersáronse todos, y se reavivó dolorosamente en Sofía la angustia del aislamiento. Se propuso rehacer su vida, y no consiguió más que convertir la comedia en drama.»

Invitó al Sr. Kovalevsky á trocar el matrimonio rato por el matrimonio consumado. Consintió Vladimiro; el ensayo fué leal por ambas partes, pero fracasó por completo. Ni aun el nacimiento de un hijo pudo disipar aquella atmósfera falsa que rodeaba á sus relaciones, al cabo de tantos años; y después de catástrofes, escenas fuertes y recriminaciones, la señora Kovalevsky fué á sepultar sus perdidas esperanzas bajo el cielo alemán. Entre tanto, volvióse loco Vladimiro, caminando rápidamente hacia el terrible desenlace del suicidio. Sofía estuvo enferma de gravedad por la emoción y por los remordimientos; y así que se hubo curado, pidió á la ciencia el supremo consuelo.

En 1883 publicó un trabajo acerca de la refracción de la luz en los medios cristalinos. Llamada á Stockolmo en calidad de *docent*, arrebató al auditorio con el ardor de su fe científica. En 1886 la Academia de Ciencias de París le otorga por unanimidad el gran premio en ciencias matemáticas, por un trabajo que daba muestras, no sólo de un saber extenso y profundo, sino que también de un gran espíritu inventivo.

Había llegado á ser la heroína del día, y brillaba su reputación como un astro de primera magnitud: iban á quedar colmados su ambición y su amor propio, como matemática y como mujer.

Seguía siendo el capricho en persona, muy alegre ó muy triste, según los instantes; ávida de cambios, de agitaciones, de escenas dramáticas, de placeres ó de dolores refinados, odiaba «las virtudes plebeyas», es decir, los cuidados de su casa y de su hijo, y en general todos los sentimientos y hábitos de la vida metódica. Las personas de virtudes plebeyas producíanle el efecto de «carecer de diablo»; y decía que «sin

«diablo no hay verdadera armonía en este mundo.» El «diablo» suyo era legado de cierta bisabuela Tsígana. Su habitación parecía siempre un campamento de bohemios. Veíase obligada á recurrir á todo el mundo para ponerse de acuerdo con las modas é instituciones de los pueblos sedentarios. Pero, siendo en apariencia feliz y atractiva, llevaba un infierno en lo hondo de su alma.

«Los trabajos científicos (dice en sus *Recuerdos*) no dan alegría ni hacen adelantar á la humanidad. Es una locura malgastar en ellos la juventud; es una verdadera desdicha tener el don de ciencia, en particular para una mujer... ¡Todo en la vida me parece tan incoloro, tan desprovisto de interés!... ¿Por qué no me ama nadie? Yo podría dar al hombre amado más que otras muchas mujeres. ¿Por qué aman á las más insignificantes, y sólo á mí no me ama nadie?»

Quiso escribir una novela para representarse allí entre los vencidos de la vida, puesto que á pesar de sus triunfos había sido vencida en la lucha por la felicidad.

Hizo luego una tentativa á la desesperada para satisfacer las necesidades de su corazón, pero tuvo un cruel fracaso. En 1888 enamoróse de un ruso que la admiraba profundamente, pero como se admira á un miembro del Instituto; sus homenajes se dirigían sencillamente á la gran matemática. ¡Pobre Sofia! ¡Cuánto no hizo para que olvidara á la sabihonda que ante sí tenía! Vivieron en la región de las tormentas, en continuas escenas de pasión.

Quería él que renunciase á todo para ser su mujer, y *nada más* que su mujer; y ella no podía ni quería resolverse á romper su vida, á renunciar á su actividad y á su posición.

Cuando en 1888 premiaron en París una *Memoria* suya, escribió Sofia al Sr. Leffler:

«Llueven de todas partes cartas de felicitación, y por una extraña ironía de la suerte, nunca me he sentido más infeliz que en este momento. Soy tan desgraciada como un perro. Por supuesto, creo que los perros, por fortuna para ellos, no

pueden ser tan desdichados como las personas, y sobre todo como las mujeres. No tengo apetito ni sueño, y mi sistema nervioso hállase en un estado horrible.»

Cuando volvió á Stockholm era una vieja arrugada y marchita; comenzó á adelgazar y á toser. Así fué tirando hasta el mes de Febrero de 1891; y falleció á la edad de cuarenta y un años, de una enfermedad extraña y sin remedio.

El gran novelista noruego Jonás Lie fué acaso el único que adivinó el estado de ánimo de aquella á quien todos envidiaban. La compara á una niña á quien la vida ha colmado de todos los dones y que no cesa de alargar las manos hacia una naranja que no piensan en darle. Esa naranja era el hogar doméstico y los goces íntimos de la mujer «nada más que mujer».

«La historia de Sofia Kovalevsky, dice con elocuencia la Sra. Barine, se dirige sobre todo á esa multitud de jóvenes que se exponen hoy á perder la naranja y que mañana estarán inconsolables por esa pérdida...»

Traducido de *Revue des Revues*, por el

LDO. PERO PEREZ.

OBRAS NUEVAS

- Adradas (C. L.)—Medicina y cirugía populares. En 8.º, XII 335 páginas.—5 pesetas.
- Album literario artistico, conmemorativo de la inauguración oficial de los Asilos de Santa Cristina. En folio, 68 páginas á dos columnas.—6 pesetas.
- Almudévar y Castillo (V.)—La Administración española al alcance de los niños. En 8.º, 175 páginas.—1 peseta.
- Arbolí (S.)—La Eucaristia y la Inmaculada. En 4.º, XIII-287 páginas.—4 pesetas.
- Arniches (C.) y Lucio (C.)—Las Amapolas, zarzuela cómica en un acto y en prosa. En 8.º, 44 páginas.—1 peseta.
- Ayuso (E.) y Labra (M. de).—Campanero y sacristán, zarzuela cómica en un acto y en prosa. En 8.º, 39 páginas.—1 peseta.
- Barcones (E. M.)—Estudios para una nosología filipina. En 8.º, 447 páginas.—5 pesetas.
- Baró (T.)—Lo poema del cor. En 4.º, 319 páginas.—4 pesetas.
- Una visita á la villa de Bilbao (guía del viajero). En 12.º, 35 páginas y un mapa.—1 peseta.
- Cadalso (F.)—La pena de deportación y la colonización por penados. En 4.º, 69 páginas.—1,50 pesetas.
- Cocat (L.) y Criado (H.)—Perder los estribos, juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.º, 28 páginas.—1 peseta.
- Dato Muruais (F.)—Romances y cantares. En 12.º, 127 páginas.—1,50 pesetas.
- Eguilaz Yanguas (D. L.)—Reseña histórica de la conquista del reino de Granada por los Reyes Católicos, según los cronistas árabes. En 4.º, XII-79 páginas.—3 pesetas.
- García Alvarez (E.) y Paso (A.)—La Candelada, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, en prosa. En 8.º, 34 páginas.—1 peseta.
- El Señor Pérez, pasillo cómico en un acto y en prosa. En 8.º, 35 páginas.—1 peseta.
- González Fiori (J.)—La justicia y D. Venancio González. En 4.º, 223 páginas.—2,50 pesetas.
- Guevara (A. de).—Libro que trata de los inventores del arte de marear y de los trabajos de la galera. En 8.º, CLXIII-84 páginas.—2,50 pesetas.
- Jordán de Urries (J.)—Memorias del marqués de Ayerbe sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay y el principio de la guerra de la Independencia. En 8.º, 805 páginas y retrato del autor. 5 pesetas.
- Lancis (L.)—Guía general de Guipúzcoa, histórico-geográfico-descriptiva, comercial é industrial. En 8.º, 332 páginas.—2 pesetas.
- León y Domínguez (J. M.)—Corona poética precedida de la reseña de las solemnes fiestas celebradas en la Santa Iglesia Catedral

- de Cádiz, los días 26, 27 y 28 de Abril de 1895, en honor de su insigne hijo el bienaventurado Fr. José María León y Domínguez, canónigo de la misma Santa Iglesia. En 4.º, 72 páginas.—2 pesetas.
- Liern (R. M.)—El Teatro en el bolsillo (colección de tipos teatrales). En 12.º, 316 páginas.—2 pesetas.
- Marina y Muñoz (J.)—La Legitima vidual en el novísimo derecho de Castilla. En 8.º, 96 páginas.—2 pesetas.
- Martí-Miquel (J.)—El Ramo de pensamientos. Poesías de ilustres poetas extranjeros puestas en rima castellana. En 4.º, 317 páginas.—5 pesetas.
- Martínez Barrionuevo (M.)—Juane-la. En 12.º, 120 páginas.—2 pesetas.
- Méndez Plaza (S.)—El Notariado moderno, cuestiones previas. En 4.º, xiv-139 páginas.—4 pesetas.
- Merino (G.)—Academia de Hipnotismo, juguete cómico-lírico en un acto. En 8.º, 32 páginas.—1 peseta.
- Merino Limendoux y Rojas.—Cepa-Club, extravagancia cómico-lírica en un acto y cinco cuadros, en verso y prosa. En 8.º, 35 páginas.—1 peseta.
- Merino y Sánchez (R.)—Contribución al sueño fisiológico. En 4.º, 52 páginas.—1 peseta.
- Morera y Galicia (M.)—Poesías. En 12.º, xv-203 páginas, retrato del autor.—3 pesetas.
- Murcia Santamaria (F.)—Estudios penitenciarios. En 4.º, 227 páginas.—3,50 pesetas.
- Navarro (C.)—Nadar en seco, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, en prosa. En 8.º, 40 páginas.—1 peseta.
- Cruz laureada, zarzuela en un acto y en verso. En 8.º, 30 páginas.—1 peseta.
- La Mendiga, cuadro lírico-dramático en un acto y en verso. En 8.º, 33 páginas.—1 peseta.
- Navarro y Gonzalvo (E.)—La Merienda, sainete lírico en un acto y en verso. En 8.º, 34 páginas.—1 peseta.
- Navascués (F. de).—¡La próxima guerra! Estudios político-militares sobre la Europa contemporánea y reorganización del Estado militar de España. En 8.º, 570 páginas.—7 pesetas.
- Olivart (Marqués de).—Colección de los tratados, convenios y documentos internacionales celebrados por nuestros gobiernos con los Estados extranjeros desde el reinado de Doña Isabel II hasta nuestros días, acompañados de notas histórico-críticas sobre su negociación y cumplimientos, y cotejados con los textos originales. *Gobiernos constituidos (1868-74)*. Tomo VI de la colección completa. En 4.º mayor, ix-384 páginas.—10 pesetas.
- Palomero (A.)—Versos políticos. En 8.º, xv-205 páginas.—3,50 pesetas.
- Pardo Bazán (E.)—Obras completas. Tomo XIII. Novelas ejemplares. (Los tres arcos de Cirilo.—Un drama.—Mujer.) En 8.º, 372 páginas.—3,50 pesetas.
- Pérez Escrich (E.)—Narraciones literarias. En 8.º, 303 páginas.—2,50 pesetas.
- Piernas Hurtado (J.)—Introducción al estudio de la ciencia económica. En 8.º, 110 páginas.—2 pesetas.
- Pirala (A.)—Santuarios guipuzcoanos. En 12.º, 117 páginas.—2 pesetas.
- Pujals (V. C.)—Arte de engendrar varón ó hembra á voluntad; instrucciones para tener los hijos del sexo que se quiera y dotados de belleza, fuerzas y talento. En 8.º, 40 páginas.—1 peseta.
- Rey (R. V. del).—El Españolito, episodio lírico en un acto y dos cuadros y en verso. En 8.º, 36 páginas.—1 peseta.
- Sánchez de Fuentes (E.)—Poesías. En 4.º, xxxii-371 páginas.—6 pesetas.
- Santa-Cilia (J. de).—La Coronela Lanzarote (segunda parte del cabo Juan Miseria). En 12.º, 111 páginas.—1 peseta.
- Sanz Sopena (P.)—Ordenanzas municipales; obra utilísima é indis-

- pensable al comercio y vecinos de Madrid. En 12.º, 54 páginas.—0,50 pesetas.
- Sepúlveda (R.)—Sol y sombra (prosa y verso). En 12.º, 191 páginas.—0,50 pesetas.
- Solórzano (J. A.)—Prosa y verso. En 4.º, 111-160 páginas.—3 pesetas.
- Soravilla (J.) y Casi (M.)—La Fiesta de la jota, zarzuela en un acto y tres cuadros. En 8.º, 39 páginas.—1 peseta.
- Sumner Maine (H.)—Las Instituciones primitivas, por sir H. Sumner Maine, de la Universidad de Cambridge. En 4.º, 359 páginas.—6 pesetas.—Biblioteca de jurisprudencia, filosofía é historia.
- Torata (C. de).—Contestación al artículo bibliográfico publicado por D. Ricardo Palma, director de la Biblioteca Nacional de Lima.—Sobre el tomo I. Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú, por el conde de la Torata, coronel retirado de artillería. En 4.º mayor, 25 páginas.—No se ha puesto á la venta.
- Tenreiro (L.)—Del Estado I. Tendencias socialistas. En 4.º, 68 páginas.—1,50 pesetas.
- Turguenef (J.)—La Guillotina. En 8.º, 295 páginas.—3 pesetas.
- Valdés (J.)—Refutación que hace el mariscal de campo D. Jerónimo Valdés del manifiesto que el teniente general D. Joaquín de la Pezuela imprimió en 1821 á su regreso del Perú. Tomo II. En 4.º mayor, 521 páginas y dos mapas.—No se ha puesto á la venta.
- Valle-Inclán (R. del).—Femeninas (seis historias amorosas). En 8.º, xxii-228 páginas.—2,50 pesetas.
- Vinardell Roig (A.)—El partido republicano en España; impresiones políticas. En 4.º, 67 páginas.—1 peseta.
- Wals y Merino (M.)—La Dolores, ópera española del maestro Bretón; juicio crítico. En 8.º, 32 páginas.—0,50 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Pedro Mari</i> (conclusión), por Arturo Campión.....	5
<i>Treinta años después</i> , por Antonio Sánchez Pérez.....	29
<i>Estado actual de la mujer en España</i> , por Doña Concepción Arenal.....	62
<i>El Apostolado de la imprenta en España durante el primer siglo de su invención</i> (conclusión), por Juan Pérez de Guzmán.....	91
- - <i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	109
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	126
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	152
<i>La Prensa internacional</i> , por el Licenciado Pero Pérez.....	168
<i>Obras nuevas</i>	203

DERECHO POLÍTICO FILOSOFICO

POR

LUIS GUMPTOWICZ

Profesor de ciencias políticas en la Universidad de Gratz (Austria).

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS POR

PEDRO DORADO MONTERO

Profesor en la Universidad de Salamanca.

Precio: **diez pesetas.**

LA JUSTICIA

POR

H. SPENCER

Un volumen grande, **siete pesetas.**

LAS INSTITUCIONES ECLESIASTICAS

POR

HERBERT SPENCER

Un volumen, **seis pesetas.**

LA MORAL DE LOS DIVERSOS PUEBLOS

Y

LA MORAL PERSONAL

POR

H. SPENCER

Un volumen grande, **siete pesetas.**

DERECHO PENAL

POR

A. MERKEL

ESTUDIO PRELIMINAR, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JERONIMO VIDA

CATEDRÁTICO DE DERECHO EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

LA VOCACIÓN DE NUESTRO SIGLO PARA EL DERECHO

POR

J. G. DE SAVIGNY

Traducción de A. Posada.

EL PROCEDIMIENTO PENAL

Y SU

DESARROLLO CIENTÍFICO

POR

F. MANDUCA

TRADUCCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS

POR

ANGEL PINTOS Y PINTOS

Profesor de Derecho en la Universidad de Santiago.

CUESTIONES JURÍDICAS

POR

R. VON IHERING

Traducción de A. Posada.